

“Movimientos piqueteros: espacio, discurso y articulación de la  
subjetividad colectiva”

Fernando Aníbal Castillo

Tesis de Licenciatura en Comunicación Social

Director: Alejandro Kaufman

Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales

Universidad Nacional de Jujuy

San Salvador de Jujuy

2007

A Miguel Ruiz, mi abuelo.

## **Agradecimientos**

Agradezco a todos aquellos que colaboraron en la realización de esta investigación: Alejandra García Vargas, Gabriela Karasik, Flora Losada, Ismael Alarcón, Pedro Di Pietro, Pablo Soza, Pablo Alabarces, Maricel Rodríguez Blanco, Ana Teresa Martínez, Roberto Bulacio, Marcelo Lagos, Ana Teruel, Lucas Párraga, Mónica Raiberti, Mariana Speroni, Salomé Boto, Liliana Bergesio, Víctor Arancibia, Ramón Burgos y muchos otros.

A mis familias; a mis viejos, Ricardo y Miriam. A mis abuelos. A Mariela y Tomás.

Finalmente, a Alejandro Kaufman, director de este proyecto.

Esta investigación no habría sido posible sin la cooperación de Irma, Guillermo, Natalia, Rita, Ramiro, Sonia, María, Dante y Claudia.

**ÍNDICE**

PRÓLOGO .....	4
INTRODUCCIÓN .....	9
CAPÍTULO 1	
DE LA EMERGENCIA Y LA ORGANICIDAD	
1. Introducción a los movimientos piqueteros.....	16
2. Observaciones sobre política .....	22
3. Acerca de las condiciones de posibilidad del movimiento piquetero .....	34
a. Las grietas del Estado y la apertura de las posibilidades.....	34
b. De la ruptura a la herida .....	38
c. La desestructuración del colectivo obrero .....	40
d. Hacia la invención de la resistencia .....	42
4. Sobre espacio y diferencia.....	47
a. La fragmentación política .....	47
b. Notas introductorias a la organicidad piquetera .....	49
c. Entre la diferencia y la disjunción.....	54
5. De la delegación y la división del trabajo .....	57
CAPÍTULO 2	
ESPACIO, DISCURSO Y ESTRATEGIAS ARTICULATORIAS	
6. Prácticas y producción de la subjetividad .....	62
a. Operaciones discursivas.....	52
b. El trabajo como correlato relacional .....	65
7. La movilización y el piquete como procesos de construcción identitaria.....	70
a. Entre la movilización y los cortes .....	70
b. Cuerpos y represión policial .....	73
8. Las disposiciones y las articulaciones espaciales .....	75
a. Juegos de espacio y discurso.....	75
b. Movilizaciones.....	75
c. El piquete y la toma de la plaza .....	78

d. Consejos y asambleas.....	78
e. Sobre la estructura física y la mirada .....	79
9. Cierres y aperturas parciales.....	81
a. Canciones.....	82
b. Banderas .....	86
c. El vestido y los cuerpos .....	89
10. Memoria, narración y argumentación .....	91
a. Anotaciones sobre historia, clase y sujeto colectivo .....	91
b. Rearticulación de los elementos del pasado: el caso del peronismo.....	96

### CAPÍTULO 3

#### USOS Y LECTURAS

11. Táctica y poder.....	99
12. Espacio, relatos y creencias .....	103
13. Relatos periféricos.....	107
14. Consideraciones sobre el consumo .....	110
15. Microprogramas.....	113
a. Movimientos .....	113
b. Políticas de la simulación .....	114
16. Algunas conclusiones parciales .....	116
 BIBLIOGRAFÍA .....	 120

## **PRÓLOGO**

El presente trabajo propone un abordaje crítico sobre los aspectos orgánicos de los movimientos sociales que se han desarrollado en la Argentina durante los últimos años de la década pasada y los primeros de la actual, tomando como eje el problema específico de los movimientos piqueteros en la provincia de Jujuy. El conjunto de los escenarios analizados puede agruparse alrededor de dos situaciones territoriales bien definidas: por un lado, el repertorio de las estrategias económicas y políticas implementadas en este país encuadradas dentro del linaje neoliberal –con características concretas en las diferentes provincias–, a las cuales se han enfrentado repertorios de acciones de protesta en diversos puntos de la Argentina. Por otro lado, las prácticas locales específicas, tanto acerca de lo económico y lo político como en lo que a las protestas concierne. En este sentido se toma particularmente como objeto de estudio la situación económica y política de principio de década y las prácticas en torno a los movimientos piqueteros que se desarrollaron en relación a este entorno entre 2002 y 2003 en la ciudad de San Salvador de Jujuy y su conurbano.

La elección de los movimientos piqueteros como objeto de investigación se fundó a partir de una serie de hipótesis y conjeturas en relación a su emergencia y su intervención en los conflictos sociales. Los antagonismos que prorrumpan aparecieron como algo evidente en el marco de las tensiones en la Argentina en aquel momento. Sin embargo, qué había hecho posible a los nuevos movimiento sociales y cuáles eran los rumbos que podrían desplegar supuso preguntas que deberían sortear algunas aseveraciones dadas de antemano, incluso aquellas que se habían aferrado a los fundamentos más fuertes: la desocupación y la pobreza. Las preguntas y respuestas que en este trabajo se plantean no invalidan aquellas situaciones ciertamente dolorosas, pero antes que cerrarlas como causas unívocas de las prácticas políticas las toma como un campo abierto de posibilidades. El trabajo se estructura entonces no en la descripción y análisis de un proceso ineluctable y lineal que habría llevado de la pauperización y el desempleo a la organización de la protesta, sino en base a cuestionamientos y dudas sobre lo inevitable en la correlación entre condiciones económicas y las prácticas políticas.

En una primera instancia este trabajo tomó como referente el conjunto de las narraciones y argumentaciones sobre los movimientos piqueteros, agrupadas en colecciones de datos periodísticos y aproximaciones académicas. Este primer corpus de información hizo posible la construcción de un escenario en el cual ciertas condiciones,

como la desocupación, la pobreza, el agotamiento de algunas instancias de representación –como los partidos políticos y los sindicatos reconocidos–, hicieron posible el advenimiento de nuevos mecanismos de protesta y novedosas formas de política y socialización, como los movimientos piqueteros. Este primer estadio del trabajo se fundó tomando como eje articulador la partición de la formación social en grupos en conflicto. Sin embargo el trabajo llevó a cabo un pasaje del estudio de las relaciones entre sectores hegemónicos y subalternos a la revisión de los dispositivos orgánicos de los movimientos piqueteros. Este pasaje se fundó en el presupuesto de que el análisis de las prácticas piqueteras concretas –aunque en relación con el escenario complejo del aparato capitalista– permitiría inferir cómo se fue desarrollando el proceso de producción del sujeto colectivo piquetero.

En un segundo momento entonces se dio paso a una labor de investigación participante, que no debe confundirse plenamente ni con militancia ni con trabajo de campo. Se trató de una situación desarrollada a través de varios meses, entre 2002 y 2003, que posibilitaba una aproximación particular, sostenida por un lado sobre la cercanía física y política y, por otro, en el distanciamiento crítico. Constó de una práctica vivida que se entrelazaba con las experiencias piqueteras a través de la reflexión y la crítica.

La transición hacia esta participación hizo posible un movimiento de perspectiva: si las selecciones de artículos periodísticos y académicos permitieron leer el conflicto social, la intervención favoreció revelar que la acción política piquetera se asentaba asimismo en ciertos desacuerdos orgánicos. Es decir, aun si funcionase en base a una dinámica emancipatoria, el movimiento piquetero siguió parcialmente reglas; sólo parcialmente porque algunos de los que participábamos en ese juego no pudimos acomodarnos a éstas. Esto es, de la misma manera que la formación de los movimientos piqueteros se desarrolló como una posibilidad heterogénea en relación a un orden social, económico, político y cultural, subyacieron juegos políticos en el interior de estos movimientos que impedían que estos nuevos espacios de organizar lo colectivo se desarrollasen en torno a un orden. Éste es el fundamento del presente trabajo: abordar desde una perspectiva analítico-reflexiva aquellos desacuerdos en los cuales se han basado las experiencias piqueteras.

Este trabajo se construye entonces formulando una serie de disyunciones que pueden agruparse en las dos dimensiones de un proceso antagónico doble: en las relaciones entre los sectores hegemónicos y los movimientos piqueteros; y en las

correlaciones entre los militantes y los dirigentes. Tanto la protesta como las demandas que ésta ha sostenido, el conflicto y la organización de la política piquetera no han sido resultados predecibles ni azarosos, sino más bien contingentes. La construcción y reelaboración de los piqueteros, en cuanto subjetividad colectiva, se analizan en este escrito en función de los programas políticos que han intentado orientar y fijar estos procesos y las lecturas que de éstos han hecho los militantes.

En base a este doble juego relacional el trabajo indaga en términos generales sobre los procesos de producción y mutación de los sujetos colectivos y de las identidades políticas que han agrupado a los militantes de base de los movimientos piqueteros y sobre los aspectos culturales e ideológicos de tales procesos. Éstos últimos son tomados como construcciones discursivas, cuya aparición, funcionamiento y eficacia han dependido de correlatos relacionales, en los cuales se han entrecruzado discursos, sujetos y posiciones en estructuras políticas y físicas. Particularmente se examinarán los procesos de reconstrucción de los sujetos colectivos, considerando las coordenadas entre la organización del espacio de las prácticas piqueteras –como las asambleas, las movilizaciones y los cortes de ruta– los elementos ideológicos y los procesos culturales desde los cuales se ha pretendido fijar el campo de acción de los militantes de base. Se señala cómo se ha imbricado esta correlación con las prácticas de los militantes de base; es decir, cómo ha funcionado este proceso de continua reconfiguración de las condiciones de posibilidad del discurso e identidad de los piqueteros, que ha partido de la participación y la creatividad de estos militantes.

Finalmente el conjunto del trabajo supone que la rearticulación de los sujetos colectivos “movimientos piqueteros” ha operado desde las prácticas de reapropiación que los militantes de base han hecho del espacio y del discurso de fijación, y en la relación, mediada por las prácticas piqueteras y populares, que los militantes han establecido con los sectores hegemónicos de la formación social; que la rearticulación de las identidades y sujetos colectivos ha sido un práctica colectiva creada en procesos discursivos que operaban a modo de soportes de relaciones de poder –en cuanto juego de acción y reacción, de potencialidad y resistencia–, cuya práctica alteraba las condiciones de posibilidad del espacio discursivo; que la rearticulación de la subjetividad y de la identidad, se ha fundado en una dinámica que rearticulaba y reoperacionalizaba los elementos culturales e ideológicos desde los procesos discursivos.



La presentación de los procesos políticos piqueteros asume en este trabajo el modelo del circuito comunicacional. El esquema particular que se toma sigue estos momentos: producción, circulación, distribución / consumo, reproducción. (Stuart Hall toma este dispositivo de Karl Marx y lo implementa para pensar el problema de la comunicación.) Siguiendo a Hall, las diferentes etapas son analizadas de acuerdo a su especificidad, aunque en correlación al conjunto de las restantes operaciones. Las diferentes fases del escrito se exponen de la misma manera que opera el modelo de la comunicación: a los diferentes tiempos productivos corresponden momentos narrativos.

Dentro del ordenamiento del escrito, se priorizaron dos acápites introductorios: en el primero se encuentran numerosas advertencias en cuanto a la escritura de esta investigación y se esbozan ciertos lineamientos políticos que, se espera, anclen la dimensión política de las proposiciones siguientes; esto es, las producciones de conocimiento y sentido no corresponden a miradas contemplativas políticamente neutrales o imparciales, sino que intervienen activa e ideológicamente en los procesos sociales de los cuales se nutren. De esta manera, sin perder el basamento reflexivo y crítico, se proponen ciertas herramientas para el análisis del campo de la protesta piquetera, de las condiciones que lo habían hecho posible y de aquello que los movimientos piqueteros potenciarían, sosteniendo un fuerte compromiso político.

En un segundo momento se trazan los fundamentos epistemológicos a partir de los cuales se construyó el problema de la investigación y desde los cuales se podría dar cuenta de éste. Este último acápite reintroduce al problema sobre los movimientos piqueteros un anclaje fuertemente ideológico y cultural, tomando como fundamento la correlación coadyuvante entre los aspectos objetivos generados por el aparato capitalista –como la desocupación y la pobreza– y las aristas subjetivas de esas condiciones. Se propone un recorrido por textos y tesis epistemológicas, que en discusión con la temática marxista de la “determinación”, aborden el problema de categorías como ideología, cultura y discurso.

El trabajo afronta una serie de problemas que cronológicamente podrían situarse en cuatro estadios: primero, la emergencia de un tipo de protesta desligada de los partidos políticos tradicionales y el sindicalismo reconocido, la instauración de formas de socialización y política en tensión con los mecanismos hegemónicos, y la estructuración orgánica de esta nueva formación. Desde el punto de vista progresivo, a esta sucesión habría que añadir la implementación de dispositivos que dentro de la

organicidad han tendido a reformular las tramas sociales que se habían fijado parcialmente.

La organización del análisis de estos procesos en etapas temporalmente encadenadas corresponde sólo al objetivo de posicionarlos dentro de una exposición ordenada. Sin embargo, estos momentos no correspondieron a una linealidad única, sino a diferentes series temporales que atravesaron a los diversos movimientos piqueteros o a fracciones dentro de éstos –como las comisiones barriales–.

El conjunto de los apartados se desarrolla sin seguir necesariamente una serie de tiempos concatenados congruente con un texto axiomática y lógicamente desenvuelto. La primera parte aborda las cuestiones relacionadas a los procesos de fijación de las “normas” que regularían el juego de las prácticas y discursos piqueteros. La segunda discute alrededor de las posibilidades de esas “normas” de regular aquellos juegos. La tercera se asienta en la indagación de las posibilidades de otras “normas”.

El conjunto del trabajo se encuentra atravesado por una serie de correlaciones de fuerzas que juegan en torno a unas discordancias que, como se asevera anteriormente, han posibilitado las experiencias piqueteras. Estos desacuerdos se nuclean a partir de dos tipologías de antagonismos: por un lado en relación a la tensión entre la finalidad estratégica de forzar un cierre del sentido y la lucha por abrirlo, o bien, por cerrarlo a partir de otros significados; por otro, el anclaje de estos antagonismos en relaciones de fuerzas específicas, ya fuere a nivel de las formaciones sociales o en el ámbito de lo orgánico.

## **INTRODUCCIÓN**

Los movimientos piqueteros constituyeron, en el último tramo de la década de 1990 y durante los primeros años del siglo XXI, una de las formaciones políticas y culturales que se construían desde los sectores populares. Los piqueteros aparecieron como discurso y cuerpo (cuya toma de la palabra y mostración se efectuaban en la apropiación del espacio público) y como nuevos dispositivos de socialización y política. Los colectivos piqueteros se generaron desde la ocupación de las rutas –el corte– y la instauración de formas asamblearias, donde lo popular aún resistía, en términos físicos, culturales y políticos. El surgimiento de la acción colectiva piquetera ha supuesto sin embargo una red de procesos múltiples, y no puede reducirse a una sucesión de prácticas orgánicas.

El estadio –correspondiente a la frontera temporal entre los siglos XX y XXI– en el que se han encontrado las relaciones de fuerzas sociales y culturales debe considerarse fundamentalmente como un momento histórico; aunque sin asignársele a éste una necesaria continuidad posicionada dentro de un desenvolvimiento único, de la manera que en el marxismo clásico se ha pensado la contradicción desde un anclaje hegeliano. Desde una tesis no evolucionista, esta fase se asume no como una instancia necesaria en el marco de una historia continua y unificada, sino más bien, como la encrucijada entre articulaciones ligadas plenamente a la coyuntura.

El despliegue trazado en este trabajo no tiende a recuperar una presunta contradicción única y lógica, ni a consignar los acontecimientos como prácticas absolutamente independientes de cualquier determinación, sino que admite que las sobredeterminaciones y los desvíos se fundan en las formaciones discursivas precedentes; es decir, preexiste un complejo proceso genealógico. En este sentido, en el cuadro de una serie de rupturas la formación de los movimientos piqueteros se sostuvo en un juego de prácticas, experiencias y reflexiones previas.

Los modos de producción, señalados por Karl Marx, y asimismo las reformulaciones maniobradas sobre el capitalismo han contenido sus propias condiciones de posibilidad. Sin embargo, transversalmente a estas diferencias puede delinearse un isomorfismo analítico: si las formaciones de las más heterogéneas prácticas de acción colectiva y las emergencias identitarias de los sujetos colectivos poseen sus propias condiciones de posibilidad, estas últimas están asociadas de diversas maneras a la diferencia y la desigualdad que han atravesado las diversas tipologías de correlaciones entre la política, la economía, la sociedad y la cultura. En torno a los

sujetos o categorías que se ubicasen en relaciones desiguales han existido luchas en torno a estas posiciones. Desde del clivaje de la inconmensurabilidad dialéctica entre ciertos grupos sociales, que se ha esbozado morfológicamente a través de los estadios históricos, parten las condiciones de posibilidad –necesariamente conflictivas– de lo popular.

Por otro lado, el conflicto no ha abrevado ineludiblemente en correlaciones de fuerzas clasistas, es decir, las condiciones de producción de las acciones de protesta se han concebido a partir de correlatos relacionales previos diversos, que no han sido articulados unívocamente en derredor de un principio que los determinase plenamente. Esto no da por sentado de ninguna manera ni la inevitable continuidad entre el movimiento piquetero y el movimiento obrero, ni el punto de partida absoluto de las prácticas piqueteras. Cada una de estas tendencias políticas precisó de sus propias condiciones, pero encontraron en las experiencias previas las posibilidades de la reactualización del conflicto.

Según propone Michael Löwy, a esta cualidad de isomorfo que contienen las diferentes formas de dominación que se han desarrollado históricamente, Walter Benjamin la designa como *continuum*.<sup>1</sup> Éste último se ha construido a partir de la “sucesión interminable de formas de opresión”.<sup>2</sup> Si bien Benjamin considera a la categoría de luchas de clases como fundante en los análisis en torno a la dialéctica entre oprimidos y opresores, la propuesta benjaminiana, que se nutre fundamentalmente de la relación entre materialismo histórico y teología, sienta las bases para reflexionar sobre el conjunto histórico de las relaciones de opresión y de las disputas alrededor de estas últimas.

Lo que le interesa [a Benjamin] en el pasado no es el desarrollo de las fuerzas productivas, la contradicción entre ellas y las relaciones de producción, las formas de propiedad o de Estado, la evolución de los modos de producción –temas esenciales de la obra de Marx–, sino la lucha a muerte entre opresores y oprimidos, explotadores y explotados, dominantes y dominados.<sup>3</sup>

Este proceso de momentos sucesivos, desde la mirada de Benjamin, no puede pensarse como un desarrollo ordenado y lineal, como la acumulación racional de

---

<sup>1</sup> Löwy, Michael, Walter Benjamin: aviso de incendio. Una lectura de las tesis “Sobre el concepto de historia”, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2005.

<sup>2</sup> Löwy, op. cit., pág. 142.

<sup>3</sup> Löwy, op. cit., pág. 69.

progresos, que en algún momento posibilitaría la superación y su desplazamiento a una etapa más elevada (esto es, las diferentes correlaciones conflictivas no se engarzan en una serie de concatenaciones lógicas); sino más bien como la profusión de series temporales inconmensurables y dispersas. A la continuidad de los mecanismos de sujeción y explotación se le enfrenta dialécticamente la discontinuidad de los instantes excepcionales, explosivos, “cuando los oprimidos se sublevaran o intentan emanciparse”,<sup>4</sup> en los cuales los oprimidos interrumpen fugazmente el continuum de los dominantes. Al tiempo vacío, abstracto y lineal se le opone el “tiempo histórico, heterogéneo, cargado de memoria y actualidad”.<sup>5</sup>

No obstante, las posturas en relación a la categoría de discontinuidad deben ser fuertemente diferenciadas: la tesis analítica que se propone en torno a las condiciones de posibilidad se funda en los supuestos epistemológicos de Michel Foucault; el enfoque reflexivo benjaminiano, que cuestiona el relato del “progreso” de la civilización industrial, propone otra modalidad de lo discontinuo, el de la tradición liberadora de los oprimidos que no puede ser continua porque los mecanismos de dominación lo impiden. En la perspectiva foucaultiana la discontinuidad es la “regla”; en Benjamin, lo discontinuo es aquello que se resiste al orden, lo sintomático.<sup>6</sup>

El surgimiento de los movimientos piqueteros y los procesos que se iniciaban con éstos fueron transformados en objetos de estudio. Esto es, el pasaje de formas de resistencia a lo dominante hacia formas de dominar lo resistente. El repaso de los discursos sobre éstos exige desligar parcialmente las prácticas piqueteras de los fundamentos económicos (presuntos activadores determinantes –en el sentido fuerte– de las prácticas políticas piqueteras y de otras acciones colectivas) y pensarlas a partir de la correlación de diferentes procesos discursivos y prácticos; entre ellos, el repertorio precedente de las resistencias políticas y culturales a esos factores económicos y también a mecanismos de dominación y hegemonía.

Al considerar que el trazo del isomorfismo propuesto puede pensarse sin un amarre necesariamente continuo y unificado, se propone una doble operación: por un lado, separar la construcción de los sujetos colectivos de un principio determinante

---

<sup>4</sup> Löwy, op. cit., pág. 137.

<sup>5</sup> Löwy, op. cit., pág. 144.

<sup>6</sup> Ver al respecto de la protesta como síntoma: acápite 1.

único, como las posiciones objetivas que se ocupen en las relaciones de producción; por otro, descubrir sus condiciones precisas.

Sin embargo, la ruptura con la presunta continuidad entre la acción política piquetera y, por ejemplo, el linaje de las resistencias obreras –en cuanto proceso que la antecede– no debe presumir que los anteriores estadios históricos resulten inertes. El trazado histórico del isomorfismo conlleva procesos de racionalización anamnéticos, en tanto medios –no como instrumentos, sino como “medium”– que hacen posible la exploración de las experiencias previas por los militantes piqueteros. Sin embargo, que no exista una continuidad entre movimiento piquetero y movimiento obrero no obedece sólo a una cuestión analítica, sino a la revisión de tales narrativas por los mismos militantes.

Uno de los planteos de Benjamin aborda el problema de la experiencia y su relato.<sup>7</sup> Las diferentes instancias discursivas de los piqueteros han instalado a través del medium de la memoria la tendencia a recomponer las tramas narrativas, de manera tal que se recupere la plausibilidad de la correlación entre el relato y los referentes de la experiencia, la desocupación, la pobreza y la dominación. Reflexionar sobre la historia de la clase obrera, de los sometimientos a lo popular y, por supuesto, la propia historia piquetera arroja la posibilidad de leer el presente. El problema radica en que la desocupación y la pobreza, dada la violencia del proceso, cancelaron los marcos narrativos desde los cuales los sectores desempleados y pauperizados habían dado cuenta del mundo. Esto no quiere decir que el shock que produjeron las consecuencias de la fase actual del capitalismo haya agotado o inmovilizado la experiencia y la posibilidad de narrarla y apropiarla. El campo discursivo piquetero ha viabilizado dar sentido al presente a la luz de los procesos pasados.

La reconstrucción analítica de este campo discursivo toma como referente los distintos enunciados que lo han recorrido, tanto los que se han producido dentro de la dinámica política interna como los que lo han confrontado y los que se han elaborado en la medida que se lo asumía como objeto de estudio. La relación establecida en este proceso con la empiria propia de las prácticas piqueteras guarda en sí un fundamento que se asienta en dos modalidades de registro: por un lado, el argumento y la narración que toman a los movimientos piqueteros en cuanto objeto de observación y

---

<sup>7</sup> Benjamin, Walter, “Experiencia y pobreza” en *Discursos interrumpidos I*, Taurus, Madrid, 1973.

dilucidación; por otro, el testimonio y la práctica política piquetera, en tanto objetos que dan cuenta de sí mismos.

El punto de vista académico se enfrenta a esta empiria construyéndola como problema:

Algunos textos (...) desconfían de la sinceridad y la verdad de la primera persona como producto directo de un relato. Recurren a una modalidad argumentativa porque no creen del todo en que lo vivido se haga simplemente visible, como si pudiera fluir de una narración que acumula detalles (...) Presuponen lectores que buscan explicaciones que no estén sólo sostenidas en la petición de verdad del testimonio (...) Presuponen autores que no piensan que la experiencia entrega directamente una intelección de los elementos que la componen.<sup>8</sup>

Similarmente, el enfoque periodístico reelabora el tejido discursivo piquetero en el encuadre general de la construcción de la noticia. En ambos casos, se trata de tramas conjuntivas que desde distintos enfoques afrontan a una masa profusa y dispersa de hechos para organizarlos dentro de cadenas de sentido. Tanto los textos académicos como las fuentes periodísticas ofrecen –aunque de muy distintas maneras– posibilidades de abordaje al objeto de estudio a partir de sesgos preestablecidos. El valor de los antecedentes bibliográficos lo destaca Stuart Hall al afirmar que “en las cuestiones intelectuales los inicios absolutos son sumamente extraños”.<sup>9</sup> El material periodístico, por otra parte, opera fundamentalmente como una fuente que se encuentra entre la empiria y la reflexión crítica.

Sin embargo, que el testimonio y la empiria sean sometidas al análisis no los invalida. Las prácticas piqueteras y los relatos sobre éstas formaron procedimientos de producción de sentido que mediaban entre los hechos –presuntamente en bruto– y los significantes que los sustituyeron.

De esta manera, esta compleja urdimbre puede pensarse a partir de la categoría psicoanalítica de “elaboración secundaria”. Como afirma Emilio de Ípola, esta última, en el mismo sentido que la narración de los sueños, implica la eliminación de los absurdos aparentes para producir un relato congruente.<sup>10</sup> Jacques Derrida asevera que las elaboraciones secundarias son aquellas “diferencias formales (textuales en el sentido

<sup>8</sup> Sarlo, Beatriz, *Tiempo pasado. Cultura de la memoria y giro subjetivo. Una discusión*. Siglo XXI, Buenos Aires, 2005, pág. 95.

<sup>9</sup> Hall, Stuart, “Cultural Studies and the Centre: some problematics and some problems” en *Culture, Media, Language. Working Papers in Cultural Studies, 1972-79*, Hutchinson, London, 1980, pág. 16.

<sup>10</sup> Citado en Sarlo, op. cit.

corriente) que vienen, como desde fuera, a afectar a esa estructura semántica [previa]”.<sup>11</sup> Es decir, las prácticas piqueteras estuvieron insertas en disímiles urdiembres discursivas, a la vez intrínsecas y extrínsecas, que en un juego disperso de relevos enunciativos se rehacían.

El correlato referencial de esta investigación se funda entonces en el complejo corpus de las prácticas y discursos piqueteros, en los discursos y prácticas que desde disímiles mecanismos los enfrentan y en el juego relacional que surge de los diferentes antagonismos entre estos elementos.

Los escritos que se desprenden de esta investigación se alternan enmarcados en una tensión entre narraciones y operaciones de abstracción y argumentación; la elaboración escrituraria se nutre de estos recorridos y mapas. En última instancia, es la tirantez que se origina en torno a la “estructura” y la “voluntad”. Llevadas estas posiciones a los extremos, se reducirían las correlaciones a categorías abstractas desligadas de los procesos concretos o a exacerbados voluntarismos. El desplazamiento desde las categorías abstractas hacia los sujetos o a la inversa no obedece ni a la ambigüedad de la escritura ni a la ambivalencia de lo social, sino a la dinámica entre los procesos de fijación y la subversión de éstos. Dentro de este juego de presiones y resistencias, la escritura deviene en un juego abierto entre la totalidad y el fragmento.

En las participaciones y recorridos por los movimientos piqueteros, ubicados territorialmente en San Salvador de Jujuy y su conurbano y situados temporalmente a 2002 y 2003, esta tensión, entre categorías abstractas y sujetos concretos, se torna simultáneamente el fundamento mismo de las prácticas piqueteras y de su análisis. El intento, desde los portavoces y los investigadores, de asignar a los sujetos un nombre y unas narrativas que los determinarían y nombrarían plenamente se ha enfrentado a las prácticas creativas, necesariamente culturales y políticas, de estos militantes. Las prácticas piqueteras han tendido a desdibujar y rearticular esas narraciones y nombres, y a desarticular los territorios y anular los mapas. No hay, una vez más, una determinación plena posible.

De esta manera, el antagonismo entre estructura y voluntad no señala sólo los límites de la interpretación y de las tensiones académicas y sociales, sino que

---

<sup>11</sup> Derrida, Jacques, “El cartero de la verdad” en La tarjeta postal. De Sócrates, Freud y más allá, Edición electrónica de [www.philosophia.cl](http://www.philosophia.cl) / Escuela de filosofía, Universidad de ARCIS, s / l, s / f. Ver al respecto: Freud, Sigmund, La interpretación de los sueños II, Planeta-Agostini, Barcelona, 1966.



reintroduce además la tensión yoica: el sujeto como espacio polemológico; la lucha en éste de las tensiones sociales transpoladas. El espacio yoico ha sido una frontera entre la exterioridad y la interioridad; un punto que ha intentado equilibrar los diferentes impulsos. El sujeto se ha transformado así en el espacio donde han operado fuerzas; pero éste no ha sido un punto focal que las fuerzas deshiciesen así sin más: ha sido creativo y ha asumido su participación en estas luchas.

Así, esta investigación no formaliza de ninguna manera estas prácticas en un conjunto de axiomas y leyes que describan o expliquen a los movimientos piqueteros o a una organización entre éstos. Lo que sí pretende es establecer mojones y proponer ciertos mapas que permitan la aproximación a lo piquetero. Precisamente, lo que podrá leerse no son necesariamente amplios y taxativos cuadros de cada movimiento piquetero, sino ciertas prácticas que han atravesado a éstos y que se han encontrado ligadas a la creación de sujetos colectivos y acciones políticas. Se trata así de dibujar líneas que atraviesen el plexo piquetero uniendo prácticas que se recortan analíticamente.

## **CAPITULO 1**

### **DE LA EMERGENCIA Y LA ORGANICIDAD**

#### **1. Introducción a los movimientos piqueteros<sup>1</sup>**

Durante la década de 1990, dentro de una serie compleja de cambios, se produjeron transformaciones en la acción colectiva y la protesta social en la Argentina.<sup>2</sup> Cambiaron parcialmente los repertorios,<sup>3</sup> las demandas y también los sujetos colectivos<sup>4</sup> que protagonizaban la protesta.<sup>5</sup> Estas reformulaciones se generaron desde las

---

<sup>1</sup> Mediante un recorte analítico, se tomarán como “movimientos piqueteros” a aquellas formaciones orgánicas surgidas en la Argentina a partir de 1997 que asumieron el corte de ruta como formato de protesta y cuyos militantes provinieron de sectores desocupados y empobrecidos, y que se reconocieron como tales.

<sup>2</sup> Alberto Melucci afirma que la acción colectiva conlleva “una lucha entre dos actores por la apropiación y orientación de los valores sociales y los recursos”; o bien, la trasgresión de las normas reconocidas o el cuestionamiento de la estratificación clasista a partir de prácticas institucionalizadas en roles sociales, que Melucci designa específicamente como “movimiento social”. Melucci, Alberto, “An end to Social Movements?” En *Social Science Information*, N° 4/5, Vol. 23, Londres, Sage, pág. 202. Citado en Giarraca, Norma y Bidaseca, Karina, *Introducción a Giarraca, Norma y otros, La protesta social en la Argentina. Transformaciones económicas y crisis social en el interior del país*, Alianza, Buenos Aires, 2001, pág. 20.

Federico Schuster y Sebastián Pereyra definen la “protesta social” como “los acontecimientos visibles de acción pública contenciosa de un colectivo, orientados al sostenimiento de una demanda”. Schuster, Federico y Pereyra, Sebastián, “La protesta social en la Argentina democrática. Balance y perspectivas de una forma de acción política.” En Giarraca, Norma y otros, op. cit., pág. 47.

Por otro lado, Elizabeth Jelin afirma que puede entenderse un movimiento social como la “manifestación visible y explícita de la presencia social de los oprimidos” y como nuevas formas de socialización y de política. Jelin, Elizabeth, (comp.) “Los movimientos sociales en la Argentina contemporánea: una introducción a su estudio” en *Los nuevos movimientos sociales*, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1985, pág. 18.

Asimismo, Javier Auyero propone la categoría de “campo de protesta”; ésta se define como la imbricación de los procesos que hacen posible la formulación de los reclamos colectivos. Este campo, afirma Auyero, opera como mediador “entre las fuerzas globales y las ‘explosiones’ locales”. Auyero, Javier, *La protesta. Retratos de la beligerancia popular en la Argentina democrática*, Libros del Rojas, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2002, pág. 15.

<sup>3</sup> “Repertorio”, asevera Charles Tilly, define “un conjunto limitado de rutinas que son aprendidas, compartidas y ejercitadas mediante un proceso de selección relativamente deliberado”. En tanto que creaciones políticas y culturales, los repertorios se esbozan en las luchas entre ciudadanos y el Estado. Citado en Auyero, op. cit., pág.17. Auyero afirma que si bien los repertorios comportan regularidades, no cancelan la innovación en las formas de la protesta. Auyero, op. cit., pág. 18.

<sup>4</sup> Jelin aduce que la formación de un sujeto colectivo demanda el reconocimiento de sí como grupo social. Jelin, op. cit., pág. 15.

<sup>5</sup> Scribano, Adrián y Schuster, Federico, “Protesta social en la Argentina de 2001: entre la ruptura y la normalidad” en *OSAL* N° 5, Buenos Aires, 2001.

Schuster y Pereyra trazan el desplazamiento –desde el retorno a los gobiernos democráticos en 1983 al segundo mandato presidencial de Carlos Menem– de la protesta social desde una matriz sindical a la fragmentación de este dispositivo de demandas. Desde 1983 a 1988 el 75 por ciento de las protestas fueron de tipo sindical, con un fuerte anclaje en el Partido Justicialista –entre las excepciones pueden consignarse las relacionadas a los derechos humanos–. Las protestas estuvieron ligadas sobre todo a demandas salariales y a la confrontación con el gobierno nacional, ocupado por el partido Unión Cívica Radical. Desde 1989 a 1994, el 60 por ciento de los reclamos conservaron la matriz sindical, realizados principalmente contra la reforma del estado; se llevaron a cabo además protestas de jubilados y por los derechos humanos. Desde 1995, “se observa una desarticulación de la matriz sindical de las protestas (...) [y] puede apreciarse una progresiva fragmentación de la protesta, entendiéndose dicha fragmentación como una complejización y multiplicación de las identidades sociales y políticas involucradas en la protesta, así

innovaciones en las políticas económicas, la mutación de los roles de las centrales sindicales reconocidas, las relaciones del Estado con los diversos sectores sociales y desde experiencias comunitarias y contestatarias previas. Dentro de las relaciones entre estas tendencias, surgieron los movimientos piqueteros.

El piquete,<sup>6</sup> en cuanto formato para la protesta social, ya fuere espontáneo u orgánico, sufrió un incremento cuantitativo considerable desde 1997 a 2002.<sup>7</sup> Según Nicolás Iñigo Carrera y María Celia Cotarelo, al corte de ruta le correspondió el 34,3 por ciento de las acciones de protesta realizadas en la Argentina en el primer cuatrimestre de 2001.<sup>8</sup> Sin embargo, el proyecto de los movimientos piqueteros, como dispositivos de socialización y política, no guardó relación alguna con la explosión cuantitativa de los cortes. Debe tomarse en cuenta entonces no el número de movimientos, piquetes o militantes que se han encontrado en disputa con prácticas de dominación o hegemonía, sino que este juego ha sido posible a partir de los cortes.<sup>9</sup> Los piquetes reinstalaron el conflicto y lo hicieron visible. Los procesos en torno a la emergencia de los movimientos piqueteros operaron como un síntoma.<sup>10</sup>

El establecimiento en la década de de 1990 de las políticas económicas neoliberales –que habían sido implementadas ya durante la última dictadura militar– se ejecutó con escasos procesos de resistencia desde el sindicalismo reconocido, antaño protagonista de la protesta social.

Las estrategias neoliberales se instituyeron a partir de la mutación del Estado como regulador de las prácticas económicas y en “el abandono del modelo de

---

como una particularización de las demandas y una ampliación de los formatos de protesta”. Schuster y Pereyra, op. cit., pág. 52 y 53.

<sup>6</sup> El piquete como formato de protesta no fue íntegramente novedoso: en la década de los setenta ya se habían implementado los cortes de ruta como mecanismo de protesta. Barbeta, Pablo y Lapegna, Pablo, “Cuando la protesta toma forma: los cortes de ruta en el norte salteño”. En Giarraca, Norma y otros, op. cit., pág. 238. Lo que diferenció al periodo de la década de 1990 de los anteriores fue la proporción y la cantidad que los cortes ocuparon dentro del conjunto de las acciones de protesta, y la trascendencia que este dispositivo y sus actuantes ganaron en los procesos políticos.

<sup>7</sup> A partir de una investigación periodística de Clarín, por ejemplo, puede observarse que los piquetes se han incrementado de 191 a 2992 por bienio desde 1997 a 2002. Clarín, 1 de septiembre de 2002. Considérese que los datos correspondientes a 2002 fueron cerrados en junio.

<sup>8</sup> Iñigo Carrera, Nicolás y Cotarelo, María Celia, “La protesta en Argentina (enero-abril de 2001)” en OSAL N° 4, Buenos Aires, 2001, pág. 46.

<sup>9</sup> Además, los movimientos piqueteros devinieron en estado de organicidad a partir del espacio de lucha que habían habilitado los bloqueos.

<sup>10</sup> Según Freud, un síntoma “se define por la expresión de un hecho incapaz de integrarse a un orden homogéneo (...) Existen sectores sociales que no pueden ser representados y que son marginados, pero que se revelan como ruptura”; y por “su insistencia, es decir, estos sectores que son marginados no desaparecen aunque permanecen ausentes (...) En determinado momento hacen su aparición en lo real, es decir; retornan como una expresión heterogénea.” Gallego, Mariano y Elgier, Michelle, “Alqaeda, piqueteros y maras: ¿El retorno en lo real?” (Abstract), IX Jornadas Nacionales de Investigadores en Comunicación, Villa María, septiembre de 2005.

acumulación centrado en la sustitución de importaciones, fundado en el desarrollo industrial y cuyo destino principal era el abastecimiento interno”.<sup>11</sup> Claudio Lozano agrega que en detrimento del modelo de industrialización se emplazó un régimen cuya característica principal era “la valoración financiera y la transferencia de recursos al exterior”.<sup>12</sup> El deterioro del aparato productivo ocasionó desindustrialización y el consecuente desempleo.

La desocupación rompió los lazos del sujeto colectivo obrero y sus redes de contención.<sup>13</sup> Las consecuencias de estos procesos de desarticulación de las prácticas de los sectores trabajadores se notaron en el conjunto de los desocupados y en sus familias.<sup>14</sup> Desprovistos de estas redes, los trabajadores y sus familiares quedaron desprotegidos y aislados.

La aparición y la posterior organicidad del movimiento piquetero deben ser comprendidas en un complejo escenario: la desestabilización de las prácticas cotidianas y los marcos comprensivos a partir de las transformaciones sobre el mundo laboral, producto de las políticas económicas; y, por otro lado, la disyunción entre los sectores pauperizados y desocupados y las instancias de representación tradicionales, como los actores sindicales y los partidos políticos. En este cuadro, empobrecidos y trabajadores desempleados y otros sectores sociales ligados a éstos –como militantes de algunos partidos de izquierda y grupos gremiales alternativos– se movilizaron para la reparación de estas condiciones a partir de nuevos repertorios políticos.

La instauración de los piquetes, en su etapa de la década de 1990, constituyó las relaciones que sentarían las bases para un movimiento de mayores dimensiones, y supuso, dentro de este formato de protesta, la puesta en marcha de un espacio comunicacional de tipo asambleario; esto es, horizontal y abierto. El piquete no puede reducirse entonces a la mera interrupción del proceso productivo capitalista (ya paralizase la circulación de las materias primas, las manufacturas, los sujetos en tanto que portadores de fuerza de trabajo o el movimiento de los habitantes en cuanto consumidores). Tampoco puede ser investido sólo de un carácter instrumental. En este

---

<sup>11</sup> Lozano, Claudio, “Contexto económico y político en la protesta social de la Argentina contemporánea” en OSAL N° 5, Buenos Aires, 2001, pág. 5.

<sup>12</sup> Lozano, *ibídem*.

<sup>13</sup> Gloria Rodríguez define contención en un doble sentido: como inclusión morigeradora de asimetrías y sofreno de comportamientos explosivos. Rodríguez, Gloria Beatriz, “Un ‘Rosario’ de conflictos. La conflictividad social en clave local” en OSAL N° 5, Buenos Aires, 2001.

<sup>14</sup> Esto promovió la rearticulación de los roles dentro de las familias. Las mujeres asumieron nuevos papeles: buscaron la inserción en el mercado laboral y fueron partícipes de la misma formación de los movimientos piqueteros.

sentido, Iñigo Carrera y Cotarelo clasifican a los cortes entre “[aquellos] ‘que constituyen un instrumento subordinado a otra forma que los incluye’ y ‘los que se constituyen en el instrumento principal de un conflicto’”.<sup>15</sup> El piquete no fue un instrumento, un elemento dotado sólo de una dimensión teleológica;<sup>16</sup> fue un fin en sí mismo: un espacio de socialización.

La ocupación piquetera del espacio público<sup>17</sup> conllevó la toma de la palabra y la mostración del cuerpo como dos prácticas inseparables. La ocupación del espacio público por los movimientos piqueteros implicó específicamente la colocación de los cuerpos populares en el espacio público. La traslación de estos cuerpos al espacio público constituyó un proceso de apropiación de la visibilidad y de su organización. Reconstituyó el espacio al restablecer el conflicto. En este pasaje se efectuó también el establecimiento de un espacio de características asamblearias –que recorrió además en su totalidad el plexo piquetero–.

Naishtat destaca que la acción colectiva surge como una respuesta de naturaleza metacomunicativa e informal ante “una disrupción de la comunicación formal e institucionalizada”.

[La acción colectiva] genera ilocucionariamente un sujeto de enunciación colectiva –un nosotros– que interpela explícitamente a un público abierto en un acto de habla de tipo:

---

<sup>15</sup> Iñigo Carrera y Cotarelo, op. cit., pág. 54. Los autores asimilan la tipología del corte a la huelga. La analogía que los autores trazan entre ambos mecanismos de protesta parte de que ambos son concentraciones e instrumentos.

<sup>16</sup> Viviana Gualdoni, siguiendo a Francisco Naishtat, asevera: que una acción, como la protesta, intervenga “en la formación de la agenda política y de la opinión pública (...) es independiente del éxito pragmático del reclamo o la propuesta en particular. De esta manera se podrían superar las limitaciones de comprender la acción colectiva en términos de racionalidad instrumental (homo economicus que evalúa costos y beneficios)”. Gualdoni, Viviana, “Acción colectiva, ciudadanía y espacio público”, noviembre de 2002, en la siguiente dirección electrónica: [http://www.nombrefalso.com.ar/papeles/gualdoni\\_accion.html](http://www.nombrefalso.com.ar/papeles/gualdoni_accion.html)

<sup>17</sup> Naishtat define el “espacio público” como un campo polifónico “en el cual se despliegan disputas hegemónicas y contrahegemónicas de discursos y sentidos”. Citado en Giarraca y Bidaseca, op. cit., pág. 28. Giarraca y Bidaseca sostienen que la propuesta de Naishtat se diferencia de la de Hannah Arendt porque ésta última, de acuerdo a las autoras, concibe el espacio público como un campo libre de antagonismos. Giarraca y Bidaseca, op. cit. pág. 28. Sin embargo, la propuesta arendtiana sobre el espacio público se basa en las diferencias entre los sujetos y en lo agonal en torno a estas distinciones. Ver sobre las implicaciones de la categoría de “espacio público” en Arendt: García, Vargas, Alejandra, “Acción colectiva, visibilidad y espacio público en la construcción de la ciudadanía / Los cortes de puentes de mayo del 97 en San Salvador de Jujuy”, en Revista Latina de Comunicación Social, número 35, de noviembre de 2000 [extra “La comunicación social en Argentina”], La Laguna (Tenerife), en la siguiente dirección electrónica (URL): <http://www.ull.es/publicaciones/latina/argentina2000/13gvargas.htm>

“nosotros denunciarnos que...” “nosotros reclamamos...” “nosotros proponemos...” o que simplemente inscribe un tema nuevo en la agenda pública.<sup>18</sup>

El corte y las asambleas, como unos actos primeros de enunciación, posibilitaron el pasaje de la condición de “desocupado” a la de “piquetero”; esto es, la salida hacia una incipiente producción de un sujeto colectivo que en ese “nosotros” se reconocería. No obstante, una formación discursiva –en términos foucaultianos– demanda que lo ilocucionario y lo performativo no agotan ni las condiciones de emergencia ni los procesos discursivos inherentes a la organicidad de la acción colectiva. Esto es, esta formación desborda las posibilidades de una designación mediante el lenguaje o la producción de un acontecimiento a partir de sólo formularlo. El análisis debe extenderse entonces hacia cómo se ha construido ese sujeto de enunciación y hacia cuáles han sido las condiciones de posibilidad de ese discurso. La apropiación del espacio público y la toma de la palabra fueron sólo unos aspectos de los cortes de ruta; otro lo constituyó el juego que se establecía para la producción de ese “nosotros” y de lo decible y lo visible. La acción colectiva de los piqueteros estuvo investida de un fuerte carácter comunicacional; no sólo en relación a la designación y el develamiento de un “nosotros” en el espacio público y la interpelación a un “otros”, sino también como elemento en la correlación de fuerzas en la lucha por la hegemonía.

En su análisis sobre los procesos comunicacionales populares, Luiz Roberto Alves recupera la figura retórica de la prosopopeya. Ésta “consiste en recrear la palabra

---

<sup>18</sup> Naishtat, Francisco, "Acción colectiva y regeneración democrática del espacio público", en Quiroga, Villavicencio y Vermeren (comps.) *Filosofías de la ciudadanía. Sujeto político y democracia*, Rosario, Homo Sapiens, 1999. Citado en Gualdoni, op. cit.

Naishtat afirma: “la acción colectiva implica “decir” y “mostrar”, enunciación de sentidos y cuerpos demandantes que irrumpen conflictivamente para, posfacto, inscribir sus demandas en la esfera pública.” Citado en Giarraca y Bidaseca, op. cit. pág. 27.

La enunciación, afirma de Certeau, implica unas efectuaciones de la lengua a partir de la cual se la actualiza: una apropiación de la lengua, la implantación de un interlocutor y la instauración de una temporalidad: “la existencia de un ‘ahora’ que es presencia en el mundo”. Certeau, Michel de, *La invención de lo cotidiano I. Artes de Hacer*, Universidad Iberoamericana, México, 1996, pág. 40.

Gualdoni afirma: “En el acto colectivo emerge un hablante colectivo que expresa un “nosotros” frente a un “ellos” que gana su derecho a la enunciación a partir del mismo acto en el espacio público. Supone además la existencia de un tercero frente al cual se eleva la demanda - por ejemplo el estado- que reconocerá (o no) el derecho de este hablante colectivo a decir.” Gualdoni, op. cit.

Ver al respecto de la formación del sujeto colectivo en términos triádicos: García Vargas, op. cit.

en personas, cosas o situaciones en las que es imposible, o casi, la expresión oral”.<sup>19</sup> Este tropo, advierte Alves, se produce a partir de las contradicciones:<sup>20</sup>

Sucede que la estructura política creadora del silencio, al poner en práctica sus esquemas de modernización social como máscara para el modelo económico social de concentración económica y cultural en pocas manos, ocasionó el agrupamiento de “restos” sociales, los cuales, operando también la memoria de la historia, lanzaron luz sobre la modernización fragmentaria y disociadora. (...) Proliferan esos focos de creación cultural. Y esos focos no admiten pensar la cultura sino como materialidad, es decir, como procesos de creación de nuevos sonidos, de nuevos gestos, de nuevos objetos capaces de participar del proyecto más grande de la dignificación de la vida: proyecto de cambio social.<sup>21</sup>

Estas prácticas comunicacionales se contraponen a los medios masivos y operan contra éstos. La “realización comunitaria del proceso de comunicación”, entiende Alves, tiende a desarticular “la polarización de las masas populares como meramente receptoras”.<sup>22</sup> Los aspectos creativos que los sectores no hegemónicos ponen en juego tienden a superar una mirada mecanicista con respecto a la acción política que se desprende de la relación entre las condiciones económicas y la comunicación. Obsérvese que Alves, si bien ancla parte de su argumento en la economía, destaca por sobre ésta la cultura y la política. En este sentido, Regina Festa afirma que los procesos de comunicación resistentes operan “como resultado del propio desarrollo del capitalismo que, al instalarse con renovadas formas de acumulación, incrementó los conflictos y contradicciones entre los intereses de clase”.<sup>23</sup> Si bien los enunciados de Festa en torno a las condiciones de posibilidad de la acción política no implican necesariamente el despliegue mecánico de la acción política, proponen una continuidad necesaria entre economía y comunicación.

---

<sup>19</sup> Alves, Luiz Roberto, “Comunicación y cultura popular: las prosopopeyas del camino en medio del remolino” en Festa, Regina y Lins da Silva, Carlos Eduardo, *Comunicación popular y alternativa*, Ediciones Paulinas, Buenos Aires, 1986, pág. 123.

<sup>20</sup> Como se revisará posteriormente, Ernesto Laclau y Chantal Mouffe proponen la categoría de “antagonismo” como superación del concepto de “contradicción”, cuyo potencial heurístico se agotaría en las relaciones lógicas. Laclau, Ernesto y Mouffe, Chantal, *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2004.

<sup>21</sup> Alves, op. cit., pág. 125.

<sup>22</sup> Alves, *ibídem*.

<sup>23</sup> Festa, Regina, “Movimientos sociales, comunicación popular y alternativa” en Festa y Lins da Silva, op. cit., pág. 11.

## 2. Observaciones sobre política

El movimiento piquetero, como la clase –en cuanto polo de las relaciones de producción–, puede comprenderse en tanto que sujeto colectivo que se ha generado mecánicamente como resultado de las contradicciones del capitalismo;<sup>24</sup> o bien, en términos de una construcción que haya desbordado las posiciones en el modo de producción.<sup>25</sup> En este sentido, pueden trazarse las diferencias entre categorías como “clase” y “sujeto colectivo” o “voluntad colectiva”. El concepto de “clase obrera”, como posición objetiva en las relaciones de producción, lleva en sí la preexistencia de una identidad y de un sujeto colectivo previo al juego de relaciones que la hace posible.

[Según Antonio Gramsci] no pueden identificarse a los sujetos de la acción política con las clases sociales. Como hemos visto, los primeros son “voluntades colectivas” que obedecen a leyes específicas, puesto que son la expresión política de sistemas hegemónicos creados a través de la ideología (...) Los sujetos no son lo originalmente dado sino que son productos de la ideología en un campo socialmente determinado, de modo que la subjetividad es siempre el producto de la práctica social.<sup>26</sup>

Gramsci se aleja de la mirada epifenomenalista,<sup>27</sup> que ha asignado a la cultura, la ideología, el lenguaje y la política un carácter meramente residual. Rompe con las tesis marxistas que han considerado a la ideología como falsa conciencia (en tanto que “representación distorsionada de la realidad producto del lugar que los sujetos ocupan en las relaciones de producción”)<sup>28</sup> o como sistema de ideas. Destaca la naturaleza material de la ideología –esto es, su materialización en prácticas– y la piensa como una práctica productora de sujetos.<sup>29</sup> Laclau y Mouffe afirman que la ideología, desde un enfoque gramsciano, consiste en “un todo orgánico y relacional, encarnado en

<sup>24</sup> El punto de partida de las lecturas marxistas clásicas es la reducción economicista de la propuesta de Marx en el Prólogo a Contribución a la crítica de la economía política: “No es la conciencia del hombre la que determina su ser, sino, por el contrario, el ser social es lo que determina su conciencia.” De esta afirmación se desprenden dos lecturas: primero, “el ser social determina la conciencia”; segundo, “la base determina la superestructura”. Que el ser social, en cuanto modo de producción de la vida material, determine la conciencia radica en que a los sujetos les correspondería un tipo de conciencia definida de acuerdo a la posición que ocupasen en las relaciones de producción. La afirmación que liga causalmente base y superestructura “suministra una explicación de las creencias que dominan una sociedad”. Abercrombie, Nicholas, Clase, estructura y conocimiento, Península, Barcelona, 1982, pág. 31-43.

<sup>25</sup> Mouffe, Chantal, "Hegemonía e Ideología en Gramsci" en Revista Arte, Sociedad, Ideología, N° 5, México, 1978, pág. 84.

<sup>26</sup> Mouffe, op. cit., pág. 78.

<sup>27</sup> Se entiende como epifenómeno a un fenómeno ligado accesoriamente a otro y sobre el cual no puede ejercer ninguna influencia.

<sup>28</sup> Mouffe, op. cit., pág. 84.

<sup>29</sup> Mouffe, ibídem.



aparatos e instituciones, que suelda en torno a ciertos principios articulatorios básicos la unidad de un bloque histórico”.<sup>30</sup> De la misma manera que Gramsci, Laclau y Mouffe señalan en la ideología el terreno mismo de la constitución de la hegemonía. Finalmente, Gramsci cuestiona “el principio general del reduccionismo, que atribuye a todos los elementos ideológicos una necesaria connotación de clase”.<sup>31</sup>

La creación de los movimientos piqueteros supuso en principio una tensión entre categorías estructurales a priori, como clase en su sentido objetivista, que designan y determinan identidades y momentos de la conciencia de acuerdo a posiciones en las relaciones de producción; e interpelaciones sobredeterminantes que no parten de posiciones apriorísticas y que mantienen a las identidades parcialmente abiertas.<sup>32</sup>

La tensión que se señala en los movimientos piqueteros se ha anclado en el hiato entre una presunta continuidad piquetero-clase obrera y una ruptura entre estos movimientos. El advenimiento de estos movimientos no constituyó un proceso necesario que se derivaba de posiciones económicas, sino que estuvo ligado a las condiciones materiales de existencia, las formas culturales, la ideología y las luchas en torno a éstas.

En este sentido, Alejandro Grimson asegura: “La cuestión es que frente a la pregunta acerca de por qué han surgido y existen los piqueteros en la Argentina, el análisis economicista (...) afirma que la causa es la desocupación”.<sup>33</sup> De esta manera, el sujeto colectivo piquetero quedaría unido en términos de determinación causal y unívoca a la economía. Desde esta tesitura, se reproducirían las concepciones del marxismo clásico sobre la ideología: ésta pierde toda autonomía (queda estancada de manera mecanicista a la base económica, ligada ineludiblemente a un necesario carácter de clase y epifenoménico). Así, se postularía que las condiciones de posibilidad de la

<sup>30</sup> Laclau, y Mouffe, op. cit., pág. 101.

<sup>31</sup> Mouffe, ibídem.

<sup>32</sup> Raymond Williams afirma: “El sentido de exterioridad es decisivo en el desarrollo del concepto de ‘determinismo’, en el cual algún poder (Dios, la Naturaleza o la Historia) controla o decide el resultado de una acción. Éste es el determinismo abstracto, que debe distinguirse de un determinismo inherente (...) en el cual el carácter esencial de un proceso o las propiedades de sus componentes son conservados para determinar (controlar) su resultado.” Williams, Raymond, *Marxismo y literatura*, Ediciones Península, Barcelona, 1997. Las afirmaciones de Williams en torno a la relación entre base y superestructura preconizan la superación del uso de categorías abstractas. Deben indagarse, según Williams, las relaciones existentes entre la producción material, las prácticas políticas y la cultura; esto es, procesos específicos, y no las categorías de base y la superestructura. Desde otra mirada, entre las condiciones materiales de existencia y las voluntades colectivas no hay determinación, sino que subyace un proceso activo: el que Edward P. Thompson define como aquel “mediante el cual los hombres hacen su historia”. Citado en Hall, Stuart, “Estudios culturales: dos paradigmas” en *Causa y Azares*, N° 1, 1994.

<sup>33</sup> Grimson, Alejandro, “Piquetes en la ciénaga. Los bloqueos políticos de los cortes de ruta” en *El Rodaballo*, N° 15, 2004, pág. 10.

aparición de los sujetos colectivos dependen sólo del “crecimiento numérico del proletariado (...) y de la agudización de las contradicciones económicas”.<sup>34</sup>

Los sujetos colectivos, como los movimientos piqueteros y el movimiento obrero –como categorías que desbordan las posiciones en el modo de producción–, no preexistieron a los sujetos; no provinieron precisamente de una toma de conciencia, sino que se establecieron desde un juego de relaciones que los construían discursivamente. La toma de conciencia supondría el reconocimiento de la ocupación de una posición dentro del modo de producción, es decir, de una situación objetiva y una identidad que se derivarían de esas ubicaciones y que precederían a los sujetos. Las identidades –dentro de las cuales se pueden consignar los piqueteros– estarían de este modo unificadas por un principio articulador único que además las clausuraría: la clase. En este sentido, el sujeto que ocupase las posiciones en las relaciones de producción correspondería a un sujeto dado y unificado.<sup>35</sup>

La crítica a la toma de conciencia como punto fundante de los sujetos colectivos no remite a la negación del reconocimiento como una condición de la existencia de los estos sujetos –de la manera que lo propone Jelin–, sino, siguiendo las proposiciones arqueológicas de Michel Foucault, a no “hacer de la conciencia humana el sujeto de todo devenir y toda práctica”.<sup>36</sup> Esto sin embargo no impide una serie de relaciones entre el sujeto y sí mismo, en cuanto objeto. Lo que se designará como “reconocimiento” surge de un proceso de simbolización, dentro de la proliferación desordenada de identificaciones imaginarias construidas discursivamente que

---

<sup>34</sup> Mouffe, op. cit., pág. 69.

<sup>35</sup> La crítica a la categoría de “sujeto” abreva en tres ejes inquisitorios: a una concepción que “hace de él un agente racional y transparente a sí mismo (...) a la presunta unidad y homogeneidad entre el conjunto de sus posiciones, y a la concepción que ve en él el origen y fundamento de las relaciones sociales”. Laclau y Mouffe, op. cit., pág. 155.

Foucault, desde esta serie de críticas, propone la categoría de “posiciones de sujeto”. Éstas son posiciones “vacías” que pueden ser “llenadas” por diferentes individuos; por otro lado, los individuos pueden ocupar diferentes posiciones. Foucault, Michel, *Arqueología del saber*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2002. De esta manera operan juegos de desplazamientos y desdoblamientos: el sujeto no es una totalidad cerrada y unificada, sino un espacio atravesado y dislocado por posiciones; no hay un proceso de fijación y cierre, no hay una relación de uno a uno entre el sujeto y una posición, sino todo lo contrario: el sujeto contiene aspectos plurales y difusos hasta tal punto que puede poseer rasgos de su contrario.

Las posiciones de sujeto, de la manera que Laclau y Mouffe asumen tal categoría, constituyen posiciones construidas discursivamente; así, esta posición “participa del carácter abierto de todo discurso y no logra fijar totalmente dichas posiciones en un sistema cerrado de diferencias”; por otro lado, no hay necesidad en las formas de articulación con otras posiciones de sujeto. “Si toda posición de sujeto es una posición discursiva, el análisis no puede prescindir de las formas de sobredeterminación de unas posiciones por otras (...) El análisis no puede quedarse simplemente en el momento de la dispersión, ya que la ‘identidad (...)’ no es sólo un conjunto de posiciones dispersas, sino también las formas de sobredeterminación que se establecen entre las mismas.” Laclau y Mouffe, op. cit., pág. 156-158.

<sup>36</sup> Foucault, op. cit., pág. 20.

constituyen el yo, como producto de un principio de interpelación que ordena parcialmente esta serie.<sup>37</sup>

Frente a la clase, como presunto sujeto colectivo, la categoría de “formación discursiva”, en el sentido que le asignan Michel Foucault y, por otro lado, Mouffe y Laclau, permite una aproximación diferente a lo que Gramsci designa como “voluntad colectiva” y Elizabeth Jelin, como “sujeto colectivo”.<sup>38</sup>

Foucault designa como formación discursiva a la configuración de una dispersión en el caso de que en un conjunto de enunciados se pudiera definir una regularidad;<sup>39</sup> cuya aparición se asienta en reglas que constituyen sus condiciones de producción.<sup>40</sup> Estas reglas implican un juego de relaciones: entre enunciados, entre formaciones discursivas, entre formaciones discursivas y enunciados, o entre formaciones discursivas y “acontecimientos de un orden completamente distinto (técnico, económico, social, político)”. A este juego de relaciones Foucault lo designa como “espacio”.<sup>41</sup> Los juegos relacionales a partir de los cuales se constituyen las formaciones discursivas permiten establecer cómo surgen los sujetos colectivos plenamente disociados de determinaciones económicas a partir de la articulación de posiciones de sujeto.<sup>42</sup>

<sup>37</sup> Ver al respecto de los registros real, imaginario y simbólico en la teoría lacaniana: Bitonte, María Elena, “Bajo los Signos de de Saussure, Peirce y Lacan” en *Aesthetika, International journal on culture, subjectivity and aesthetics*, Volume 1, N° 1, 2004.

<sup>38</sup> En este sentido, entenderemos, con Gramsci, a la “voluntad colectiva” como la síntesis construida por un liderazgo moral e intelectual que a partir de la ideología, “pasa a ser el cemento orgánico unificador de un ‘bloque histórico’”. Laclau y Mouffe, op. cit., pág. 101. Designaremos “sujeto colectivo” a una posición que se articule dentro de este bloque.

<sup>39</sup> Foucault, op. cit., pág. 181. “Se llamará enunciado la modalidad de existencia propia de este conjunto de signos [frases o proposiciones] (...) que le permite estar en relación con un dominio de objetos, prescribir una posición definida a todo sujeto posible, estar situado entre otras actuaciones verbales, estar dotado en fin de una materialidad.” Foucault, op. cit., pág. 180. Foucault señala además, a propósito de la formación discursiva, la dispersión de los objetos, los tipos de enunciación, los conceptos y las elecciones temáticas.

<sup>40</sup> Foucault, op. cit., pág. 47. Estas reglas de formación comprenden condiciones de existencia, de coexistencia, de conservación, de modificación y de desaparición.

<sup>41</sup> Para diferenciar analíticamente este espacio de otras dimensiones espaciales posibles, lo designaremos “espacio discursivo”.

<sup>42</sup> Nótese sin embargo que Foucault no separa íntegramente a la economía de ese complejo relacional; pero las relaciones que describe no se inscriben en este juego como determinaciones causales y plenas. Las correlaciones entre enunciados, formaciones discursivas y acontecimientos de diferente orden no demandan, como se advierte, relaciones de determinación unívocas.

Néstor Kohan afirma que la correlación entre las relaciones de producción y poder en Foucault arraiga en una tensión: en algunos textos, como *Microfísica del poder*, deshistoriza el poder al abstraerlo “de todo vínculo con las relaciones sociales de producción”; en otros, como *La verdad y las formas jurídicas y Vigilar y castigar*, “el nacimiento de las instituciones de secuestro y los mecanismos ‘impersonales’ de poder son situados en etapas precisas y específicas de la génesis (‘acumulación originaria’) y el desarrollo del capitalismo”. Kohan, Néstor, “Gramsci y Marx: Hegemonía y poder en la teoría marxista”, marzo de 2001, en la siguiente dirección electrónica: <http://www.rebellion.org/izquierda/kohan170301.htm>. Asimismo, Eduardo Grüner señala que aunque Foucault nunca definió al “poder” en términos de clase, el

Los movimientos piqueteros aparecieron en unas “superficies de emergencias” (esto es, donde surgieron),<sup>43</sup> que estaban compuestas por las familias, las rutas, los barrios, los partidos políticos y el sindicalismo alternativo.<sup>44</sup> Desde el análisis de estas superficies pueden reconocerse las diferencias que fueron articuladas en la dispersión. El pasaje de los cortes de ruta a movimientos piqueteros demandó unas “instancias de delimitación”<sup>45</sup> que los hicieran posibles. Es decir, lo que apareció en las superficies fueron juegos de relaciones que operaban como correlatos de los enunciados y a partir de éstos, posiciones de sujeto; desde las disímiles delimitaciones las diferencias dejan de estar dispersas para fijarse en un sistema de dispersión. Si los cortes de ruta –como acciones de protesta– establecieron una dispersión articulada sólo por el corte –como articulación física– que en la medida en que éste se levantaba se desarticulaba la acción de protesta, los movimientos piqueteros tramaron la delimitación de un dominio discontinuo, cuyos juegos de relaciones tendían a sostenerse regular y temporalmente. En este sentido, una de las relaciones que potenció a los movimientos piqueteros fue la que los participantes de los cortes sostenían con el Estado y con los dueños de los medios de producción. En la medida que las demandas eran satisfechas, los participantes se retiraban del corte. Si los cortes no se levantaron totalmente, fue porque hubo sectores cuyas demandas no podían ser satisfechas así sin más. Estas relaciones que fomentaron la posibilidad de un dominio piquetero requirieron por un lado el entretejimiento de solidaridades y por otro, el conflicto. Las instancias de delimitación del movimiento piquetero fueron elementalmente el Estado, los Partidos, el campo académico y esa organización dispersa –en todos los sentidos– que resultó de los primeros cortes.<sup>46</sup>

---

delineamiento de “una genealogía de las relaciones de poder implicadas en los dispositivos de discurso” posibilita, además de basamentos para una teoría crítica de la cultura, “una crítica de las ideologías liberada de reduccionismos economicistas y unilaterales”. Grüner, Eduardo, “El retorno de la teoría crítica de la cultura: una introducción alegórica a Jameson y Žižek” en Jameson, Fredric y Žižek, Slavoj, *Estudios culturales. Reflexiones sobre el multiculturalismo*, Paidós, Buenos Aires, 2005, pág. 44.

Véase sobre el problema de la determinación en Foucault: Hall, Stuart, “Cultural Studies and the Centre: some problematics and some problems” en *Culture, Media, Language. Working Papers in Cultural Studies, 1972-79*, Hutchinson, London, 1980; Hall, Stuart, “Estudios culturales: dos paradigmas” en *Causa y Azares*, N° 1, 1994.

<sup>43</sup> Foucault, op. cit., pág. 66.

<sup>44</sup> La misma ocupación de las rutas, esto es, la apropiación del espacio urbano y su ingreso en el espacio público, significó la toma de la palabra; la interpelación al Estado y a otros sectores sociales conllevó desde un principio la eclosión de la figura y del discurso del empobrecido y del desocupado en los medios masivos de comunicación. Es decir, los medios de comunicación constituyeron también una superficie de emergencia. Sin embargo, el problema de los mass media no será desarrollado. Ver al respecto de los medios masivos como procesos de mediación entre la protesta, el espacio público y los actores colectivos: García Vargas, Alejandra, op. cit.

<sup>45</sup> Foucault, op. cit., pág. 68.

<sup>46</sup> Deben considerarse entre estas instancias delimitadoras a los medios masivos de comunicación.

El movimiento piquetero requirió además de rejillas de especificación. Estas rejillas, afirma Foucault, consisten en “los sistemas según los cuales se separa, se opone, se entronca, se reagrupan, se clasifican, se hacen derivar [unas diferencias]”.<sup>47</sup> Las rejillas que organizaban la dispersión piquetera fueron el marxismo clásico y la cultura popular, dentro de una serie que no se agota en estas dos.<sup>48</sup> Algunos partidos de izquierda, desde el marxismo clásico, proveyeron los argumentos teóricos que habrían de unificar al movimiento piquetero desde la clase obrera; la cultura popular, desde el “pueblo”.

Finalmente, la formación discursiva conlleva, según Foucault, en sus reglas de formación tres elementos relacionados a las posiciones de sujeto: primero, ¿quién toma la palabra? ¿Qué le otorga ese derecho? ¿Cuáles son los estatutos enunciativos? Los estatutos comportan “un sistema de diferenciación y de relaciones (reparto de atribuciones, subordinación jerárquica) (...) con otros individuos y otros grupos que poseen su propio estatuto.” Segundo, cuáles son los ámbitos institucionales de los

<sup>47</sup> Foucault, *ibídem*.

<sup>48</sup> Cultura, en los términos que la define Williams, resulta el conjunto de relaciones entre los elementos en una forma total de vida. La cultura involucra además los patrones organizacionales de estas relaciones y de estos elementos. El objetivo del análisis, desde la mirada de Williams, consiste en “captar cómo las interacciones entre estos patrones y prácticas son vividos y experimentados como un todo, en cualquier periodo determinado. Ésta es su ‘estructura de sentimiento’”. Ésta tiende a la interacción de categorías que organizan simultáneamente la experiencia de un grupo social. Debe añadirse que estas estructuras son tejidas colectivamente. Citado en Hall, Stuart, *op. cit.* Ver acerca de la categoría de “estructuras del sentimiento”: Williams, *op. cit.*

Hall puntualiza qué es la cultura popular: “En un período dado, esta definición contempla aquellas formas y actividades cuyas raíces estén en las condiciones sociales y materiales de determinadas clases; que hayan quedado incorporadas a tradiciones y prácticas populares. (...) Lo esencial para la definición de la cultura popular son las relaciones que definen a la ‘cultura popular’ en tensión continua (relación, influencia y antagonismo) con la cultura dominante.” Hall, Stuart, “Notas sobre la desconstrucción de ‘lo popular’” en Samuel, Raphael, *Historia popular y teoría socialista*, Barcelona, Crítica, 1984, pág. 103. La cultura popular no puede definirse en términos inventariables porque sufre variaciones históricamente. Su principio diferenciador es la tensión con lo hegemónico. Las prácticas de la dominación y la subordinación son rasgos inherentes a las relaciones culturales. La cultura popular no es un elemento enteramente autónomo; no está fuera de las relaciones de dominación. Cultura y clase, por otro lado, no son categorías necesariamente intercambiables, afirma Hall; no hay correspondencia entre una clase y una cultura. Si un elemento cultural expresa de alguna manera el socialismo, es porque en el marco de estas luchas se les ha asignado esa connotación. La cultura no posee como elemento inherente “las condiciones de una clase antes de que dé comienzo esa lucha”. La naturaleza de la lucha política y cultural, destaca Hall, consiste en la capacidad de constituir clases. Hall, *op. cit.*

Que la cultura popular suponga una mirada que posibilite la delimitación del dominio piquetero no estipula necesariamente una operación determinante unívoca sobre ésta desde la ideología. Entre cultura e ideología se inscribe una relación dialéctica más que una relación de determinación. La cultura popular no es un espacio en blanco donde la ideología pueda plasmar inevitablemente el socialismo o lo que fuere. “La relación [de la ideología] con la cultura implica a las formas sociales e históricas concretas por las cuales los hombres han construido su experiencia simbólicamente, la recuerdan y la transmiten. Las diversas ideologías no operan en el vacío, sino que son reinterpretadas a la luz de las tradiciones culturales y las experiencias concretas de las clases y sectores populares.” Karasik, Gabriela, “Etnicidad, cultura y clases sociales. Procesos de formación histórica de la conciencia colectiva en Jujuy, 1970-2003”, Proyecto de tesis de Doctorado, Universidad Nacional de Tucumán, San Salvador de Jujuy, 2003, pág. 18.

cuales prorrumpe el discurso. Tercero, cuáles son las situaciones que definen las posiciones de sujeto.

Por otro lado, Laclau y Mouffe parten en principio de la crítica de Louis Althusser a la totalidad hegeliana. Esta última “reduce cada coyuntura al proceso de autodesenvolvimiento de una contradicción única que, en consecuencia, reduce el presente a momento *abstracto* y *necesario* de un desarrollo lineal y predeterminado”.<sup>49</sup> Desde esta concepción se asumen las coyunturas sólo como momentos de una única contradicción: la lucha de clases. El conjunto estructurado complejo que introduce Althusser trae consigo la complejidad inherente de la sobredeterminación.<sup>50</sup> Frente a esta tesis, se “privilegia la noción de coyuntura en el análisis de lo concreto” y se asume cada coyuntura como una “sobredeterminación”.<sup>51</sup> Cada una de éstas puede pensarse independientemente de la contradicción única hegeliana.<sup>52</sup>

En este sentido, los agentes sociales poseen “varios principios de determinación ideológica” y viven “estas distintas subjetividades interrelacionadas que lo constituyen como sujetos”.<sup>53</sup> Esto prevé que los elementos ideológicos no contengan necesariamente una connotación de clase. Si estos elementos expresan carácter de clase, se debe a que éstos se articulan a partir de un principio ideológico que al articularlos se los confiere.<sup>54</sup>

Para Freud (...) [la sobredeterminación es] un tipo de fusión muy preciso, que supone formas de reenvío simbólico y una pluralidad de sentidos. El concepto de sobredeterminación se constituye en el campo de lo simbólico (...) El sentido de toda identidad está sobredeterminado en la medida en que toda literalidad aparece constitutivamente subvertida y desbordada; es decir, en la medida en que, lejos de darse una *totalización* esencialista o una *separación* no

---

<sup>49</sup> Mouffe, op. cit., pág. 68.

<sup>50</sup> La categoría de “sobredeterminación” fue pensada en principio por Freud “para indicar la estructurada causalidad múltiple de un síntoma”, y Althusser la introdujo en el marxismo. La sobredeterminación – afirma Williams – propone un doble movimiento a partir del cual se evita instrumentar categorías abstractas aisladas y recuperar, de esta manera, prácticas relativamente autónomas que se encuentran en estado de reciprocidad. Williams, op. cit., pág. 107-108.

<sup>51</sup> Mouffe, op. cit., pág. 68.

<sup>52</sup> Sin embargo, Althusser, de la misma manera que Gramsci, conduce finalmente su análisis hacia la determinación en última instancia por la economía. “Las relaciones entre las instancias sobredeterminadas y la última instancia que opera según una determinación simple y unidireccional deben ser concebidas en términos de esta última”. Laclau, y Mouffe, op. cit., pág. 136.

<sup>53</sup> Mouffe, op. cit., pág. 29.

<sup>54</sup> Mouffe, ibídem.

menos esencialista entre objetos, hay una presencia de unos objetos en otros que impide fijar su identidad.<sup>55</sup>

Laclau y Mouffe definen la “articulación” como una relación de elementos de manera tal que “la identidad de éstos resulta modificada como resultado de esa práctica”.<sup>56</sup> De esta manera, designan formación discursiva a “una totalidad estructurada resultante de la práctica articuladora”.<sup>57</sup> Laclau y Mouffe afirman que la formación discursiva encuadra una configuración de posiciones diferenciales en la que toda identidad es desbordada. Denominan “momentos” a las posiciones diferenciales en la medida que estén articuladas en la formación discursiva; y “elementos” a las diferencias que no se articulan discursivamente. Advierten sin embargo que el pasaje de elemento a momento nunca se realiza plenamente. Este pasaje “sólo existe como limitación parcial de ‘un exceso de sentido’ que lo subvierte”.<sup>58</sup> Este exceso es designado por Laclau y Mouffe como “campo de la discursividad”. Las fijaciones parciales, esto es, la tentativa de “detener el flujo de las diferencias”, son denominadas “puntos nodales” (le points de capiton). Esto es, en términos lacanianos, “ciertos significantes privilegiados que fijan el sentido de la cadena significante”.<sup>59</sup>

*La práctica de la articulación consiste, por tanto, en la construcción de puntos nodales que fijan parcialmente el sentido; y el carácter parcial de esa fijación procede de la apertura de lo*

---

<sup>55</sup> Laclau y Mouffe, op. cit., pág. 142. El campo de la sobredeterminación es el de las identidades que no logran ser nunca suturadas. El concepto de “sutura” proviene del psicoanálisis de corte laciano y designa “la producción del sujeto sobre la base de la cadena de su discurso; es decir, de la no-correspondencia entre el sujeto y el Otro –lo simbólico– que impide el cierre de este último como presencia plena”. Laclau y Mouffe, op. cit., pág. 77. Stephen Heath apunta: “la sutura nombra no sólo una estructura de falta, sino también la disponibilidad del sujeto, un cierto cierre (...) Lo que está en juego es claro: el ‘yo’ es una división, pero une al mismo tiempo, el sustituto es la falta en la estructura, pero, no obstante y simultáneamente, la posibilidad de una coherencia, de un *llenar*”. Heath, Stephen, “Notes on suture”, en Screen, invierno de 1977-1978, vol. 18, N° 4, pág. 55-56. Citado en Laclau y Mouffe, ibídem.

Desde esta perspectiva, Laclau y Mouffe aseveran: “Es este doble movimiento el que intentaremos subrayar en nuestra extensión del concepto de sutura al campo de la política. Las prácticas hegemónicas son suturantes en la medida que su campo de acción está determinado por la apertura de lo social, por el carácter finalmente no-fijo de todo significante. Esta ‘falta’ originaria es precisamente lo que las prácticas hegemónicas intentan llenar. Una sociedad *totalmente* suturada sería aquella en la que este llenar habría llegado a sus últimas consecuencias y habría logrado, por consiguiente, con la transparencia de un sistema simbólico cerrado”. Laclau y Mouffe, ibídem.

<sup>56</sup> Laclau y Mouffe, op. cit., pág. 141-142.

<sup>57</sup> Laclau y Mouffe, op. cit., pág. 142.

<sup>58</sup> Laclau y Mouffe, op. cit., pág. 151.

<sup>59</sup> Laclau y Mouffe, op. cit., pág. 152.

*social, resultante a su vez del constante desbordamiento de todo discurso por la infinitud del campo de la discursividad.*<sup>60</sup>

En los movimientos piqueteros el establecimiento de los puntos nodales estuvo ligado a los programas. Éstos últimos consistieron en unas series parcialmente ordenadas de operaciones articuladas en torno a disímiles proyectos políticos específicos. Los programas contuvieron una dimensión teleológica que se encaminaba a la unificación de la dispersión piquetera. Los dos programas fundamentales que operaron en el movimiento piquetero fueron: el programa de la izquierda tradicional y el programa piquetero; éste último se desdoblaba en una tendencia sindical y una propensión cooperativo-solidaria. El punto nodal que se estableció desde el programa de la izquierda era el significativo “clase obrera”, que designaba al conjunto de las posiciones populares. Este significativo tendía a la retotalización de las posiciones piqueteras dispersas bajo la identidad unificante de clase obrera. Desde el programa piquetero, en su vertiente sindical, se procuraba la articulación de las posiciones a partir del significativo “desocupados”, en cuanto designaba a una serie de posiciones recortadas del ámbito popular. Desde la arista cooperativo-solidaria, el principio articulador se inscribió en el significativo “asistencialismo”, que distinguía una serie de prácticas más específicas aún.<sup>61</sup> Los tres programas excedían por supuesto el espacio piquetero, y fue el juego entre ellos lo que daría lugar a lo que Foucault designa como la organización del campo de los enunciados que da lugar a la formación de los conceptos.<sup>62</sup>

---

<sup>60</sup> Laclau y Mouffe, op. cit., pág. 154.

<sup>61</sup> “Asalariados desocupados” y “desocupados” no fueron conceptos necesariamente intercambiables. Esto es, no todo desocupado fue inevitablemente articulado bajo el principio de la clase obrera. La efectividad de la interpelación desde la clase obrera dependió en gran medida –aunque no ineludiblemente– de relaciones que la hicieran posible. En la medida que el movimiento piquetero operase según los juegos relacionales de un sindicato, los desocupados que hubiesen tomado parte de éstos –o hubiesen conocido su funcionamiento y posibilidades– se encontrarían ante una construcción simbólica que recrearía la continuidad entre el movimiento piquetero y el movimiento obrero. En este sentido, estos desocupados ya habían sido articulados desde el principio de la clase obrera; y la militancia en el movimiento piquetero sólo rearticuló las narraciones que la desocupación desarticuló. Ver al respecto: Castillo, Fernando, “Trabajo, desocupación y la emergencia del discurso clasista”, ponencia presentada ante las I Jornadas del Norte Argentino de Estudios Literarios y Lingüísticos, San Salvador de Jujuy, octubre de 2006. Por otro lado, se encontraron los desocupados que jamás habían participado de los juegos de relaciones sindicales, por lo que no habían sido articulados bajo el principio de clase obrera. “Desocupado” y asalariado constituyeron unas posiciones de sujeto diferentes.

<sup>62</sup> Foucault, op. cit., pág. 91-104. El hecho de que se hayan separado analíticamente tres programas fundamentales no descarta que operasen otras formas de articular la dispersión piquetera: hubo recurrencia, por ejemplo a la categoría de clase baja, mediante la cual algunos militantes expresaron las diferencias en el espacio social a partir del principio estructurador de la apropiación de la riqueza. Básicamente, la clase baja se diferenciaría de la clase alta por ser económicamente pobre. Las diferencias



La práctica articuladora, dentro de la dinámica del campo de la discursividad, opera en relación a los antagonismos. Laclau y Mouffe definen el “antagonismo” como una relación en la que...

La presencia de otro me impide ser totalmente yo mismo. La relación no surge de relaciones plenas, sino de la imposibilidad de constitución de las mismas. La presencia del Otro no es una imposibilidad lógica, ya que existe.<sup>63</sup>

Laclau y Mouffe afirman, por ejemplo, que “es porque un campesino *no puede ser* campesino, por lo que existe un antagonismo con el propietario que lo expulsa de la tierra”.<sup>64</sup>

En este sentido puede señalarse toda una serie de antagonismos que los programas intentarían fijar como punto nodal determinante del juego relacional en el cual se encontraban insertos los piqueteros: el antagonismo entre el desocupado –de clase– y el dueño de los medios de producción y el Estado (incluidas dentro de éste las fuerzas represivas, en el sentido más amplio), porque en la compleja situación de los trabajadores en las condiciones del capitalismo les imposibilitaban ser trabajadores plenos; el antagonismo entre el desocupado y el gobierno y la policía –los responsables de la desocupación y de la represión respectivamente–, porque les impedían ser trabajadores y protestar; y el antagonismo entre los desocupados y los políticos –responsables de la desocupación y la pobreza–, porque reprimían la existencia plena.<sup>65</sup>

Laclau y Mouffe afirman que una de las posibilidades de evitar el cierre de una posición diferencial “fijada como momento específico e irremplazable” consiste en “disolver la especificidad de cada una de esas posiciones”.<sup>66</sup> En una formación social, los sectores que sostienen el antagonismo producen prácticas y discursos que “se equivalen con los otros desde el punto de vista de su diferenciación respecto” del sector antagónico, “y por tanto [cada uno de estos elementos] pierde su condición de *momento* diferencial y adquiere el carácter flotante de *elemento*”.

---

también se establecieron salteando los procesos de abstracción: no hubo categorización en términos de clases, sino la sola contraposición entre ricos y pobres.

<sup>63</sup> Laclau y Mouffe, op. cit., pág. 168.

<sup>64</sup> Laclau y Mouffe, op. cit.

<sup>65</sup> Estado, gobierno y políticos hacían referencia a instituciones y estatutos muy similares –de la misma manera que fuerzas represivas y policía–; sin embargo, lo que diferenciaba a las distintas categorías fue la complejidad del marco comprensivo que daba cuenta de éstas.

<sup>66</sup> Laclau y Mouffe, op. cit., pág. 170.

Si *todos* los rasgos diferenciales de un objeto han pasado a equivalerse, es imposible expresar nada *positivo* acerca de dicho objeto; esto sólo puede implicar que a través de la equivalencia se expresa algo que el objeto *no es* (...) La identidad ha pasado a ser puramente negativa.<sup>67</sup>

Las cadenas de equivalencia, a partir de la disolución de las diferencias de las posiciones diferenciales, posibilitan la construcción de un espacio político dividido en dos campos antagónicos; a este espacio, Laclau y Mouffe lo designan como “posición popular de sujeto”. A la proliferación de puntos de antagonismo que no tienden a la constitución de “pueblo” –esto es, la división del campo político en dos–, la designan como “posición democrática de sujeto”.<sup>68</sup>

Las cadenas de equivalencia atravesaban el plexo piquetero y desde los programas se operaron relaciones con éstas. El programa de la izquierda planteaba la disolución de las diferencias en la clase obrera. El programa piquetero, en sus dos lineamientos, en el pueblo. La diferencia entre ambas cadenas de equivalencia fue que desde la izquierda el pueblo se disolvería en la clase; desde el programa piquetero, la clase se disolvería en el pueblo.

La presencia de fuerzas antagónicas es una de las condiciones para el ejercicio de la hegemonía.

[La hegemonía] es la fase en que las ideologías que han germinado anteriormente se convierten en ‘partido’, se enfrentan y luchan hasta que una sola de ellas o, por lo menos, una sola combinación de ellas tiende a prevalecer, a imponerse, a difundirse en toda el área social, determinando además de la unicidad de los fines económicos y políticos la unidad intelectual y moral, planteando todas las cuestiones en torno a las cuales hierve la lucha, no sólo en el plano corporativo sino en plano ‘universal’, y creando de este modo la hegemonía de un grupo social fundamental sobre una serie de grupos subordinados.<sup>69</sup>

En términos gramscianos, la lucha por la hegemonía consiste en la subversión de la visión del mundo existente, no arrasándolo, sino a partir de un proceso de “transformación (...) y rearticulación de los elementos ideológicos existentes (...) Un sistema ideológico consiste en un tipo particular de articulación de los elementos

---

<sup>67</sup> Laclau y Mouffe, op. cit., pág. 171.

<sup>68</sup> Laclau y Mouffe, op. cit., pág. 175.

<sup>69</sup> Gramsci, Antonio, La política y el Estado moderno, Planeta-Agostini, Barcelona, 1985, pág. 113.

ideológicos”;<sup>70</sup> y este principio unificador es para Gramsci la clase obrera. En este sentido, advierten Laclau y Mouffe, el complejo teórico de Gramsci se funda en una contradicción: “para Gramsci, incluso si los diversos elementos sociales tienen una identidad tan sólo relacional lograda a través de prácticas articuladoras, tiene que haber siempre un principio unificante en toda formación hegemónica, y éste debe ser referido a una clase fundamental”.<sup>71</sup>

Finalmente, siguiendo a Laclau y Mouffe, pueden fijarse las categorías en torno a “hegemonía”.

Un espacio social y político relativamente unificado a través de la institución de puntos nodales y de la constitución de identidades *tendencialmente* relacionales, es lo que Gramsci denominará *bloque histórico*. El tipo de lazo que une a los distintos elementos del bloque histórico –no la unidad en alguna forma de *a priori* histórico sino la regularidad en la dispersión– coincide con el correspondiente a nuestro concepto de formación discursiva. En la medida que consideremos al bloque histórico desde el punto de vista del campo antagónico en el que se constituye, lo denominaremos *formación hegemónica*.<sup>72</sup>

---

<sup>70</sup> Mouffe, op. cit., pág. 80.

<sup>71</sup> Laclau y Mouffe, op. cit., pág. 103.

<sup>72</sup> Laclau y Mouffe, op. cit., pág. 180.

### **3. Acerca de las condiciones de posibilidad del movimiento piquetero**

#### **a. Las grietas del Estado y la apertura de las posibilidades**

La matriz sociopolítica clásica en Latinoamérica, afirma Manuel Garretón, se realizó a partir de dos tipos de encuadramientos: por un lado, sus tres componentes, el Estado, los partidos políticos y los actores sociales, actuaban en conjunto con escasa autonomía entre sí; por otro lado, el desarrollo, la modernización, la integración social y la autonomía nacional se encontraban unificados. Estos dos juegos atravesaron el conjunto de las prácticas políticas.<sup>73</sup> En la Argentina, esta serie de articulaciones se expresó sobre todo en el peronismo.<sup>74</sup>

Las dictaduras militares sudamericanas practicaron a partir de la tesis neoliberalista desde la década de 1970 la desarticulación de la matriz clásica excluyendo en gran medida la participación de ciertos actores sociales de la política y la economía.<sup>75</sup> El esquema económico de las dictaduras produjo “el agotamiento del modelo de ‘desarrollo hacia adentro’ –industrialización con rol dirigente del Estado– y su reemplazo por fórmulas que asignaban prioridad al papel del sector privado”.<sup>76</sup>

El paradigma neoliberal estableció prácticas económicas en la Argentina que emplazaban la valoración financiera en detrimento del desarrollo industrial.<sup>77</sup> La consecuente desindustrialización promovió el desempleo.

La ejecución de las políticas neoliberales en la provincia de Jujuy contuvo matices específicos. La economía provincial creció “a un ritmo algo mayor que el nivel

---

<sup>73</sup> Garretón, Manuel, “La transformación de la acción colectiva en América Latina” en *Trampas de la comunicación y la cultura*, N° 10, febrero de 2003, pág. 14.

<sup>74</sup> Maristella Svampa afirma: “Durante décadas el peronismo fue el lenguaje político que estructuró la experiencia subjetiva de los sectores populares (...) Una estructura activa que poseía la capacidad de organizar la experiencia cotidiana, a la vez política y privada. La afirmación de un sentimiento de dignidad personal encontraba su correlato en un gobierno cuyas políticas públicas se orientaban a la integración económico-social de las clases trabajadoras. En este sentido, el peronismo canalizó también una dimensión obrerista y contracultural, expresada entre otras cosas por la valoración del mundo del trabajo (sobre todo del trabajador industrial), por el desprecio de los no-trabajadores.” Svampa, Maristella, (Comp.) “Identidades astilladas. De la patria metalúrgica al heavy metal” en *Desde abajo. La transformación de las identidades sociales*, Biblos, Buenos Aires, 2000, pág. 150.

<sup>75</sup> Marcelo Lagos y Mirta Gutiérrez distinguen tres momentos en la implementación de las políticas neoliberales: la fase desarrollada durante la última dictadura militar, el período correspondiente al mandato presidencial de Raúl Alfonsín –entre 1983 y 1989–, y una etapa ortodoxa, durante la presidencia de Carlos Menem. Lagos, Marcelo y Gutiérrez, Mirta, “Dictadura, democracia y políticas neoliberales”, en *Lagos, Marcelo y Teruel Ana, Jujuy en la historia. De la colonia al siglo XX*, Ediunju, San Salvador de Jujuy, 2006, pág. 244.

<sup>76</sup> Garretón, op. cit., pág. 17.

<sup>77</sup> Lozano, Claudio, op. cit., pág. 5. El análisis de Lozano se centra principalmente en las innovaciones financieras; de éste puede inferirse que la exacerbación de la apertura económica y financiera, la desregulación y la privatización de las empresas públicas impulsaron el crecimiento vertiginoso de la desocupación, y “un nivel de regresividad distributiva de tal magnitud que ha terminado pulverizando el mercado interno de demanda masiva.” Lozano, op. cit.

medio nacional”.<sup>78</sup> Paralelamente se desarrollaron características particulares, entre éstas, el crecimiento sostenido del sector terciario: a contrapelo de las tendencias del gobierno nacional, desde el cual se propugnaba fuertemente el achicamiento del aparato estatal, el estado provincial captó permanentemente personal.<sup>79</sup>

[De acuerdo a Giovanni Stumpo] los límites del crecimiento de la provincia estaban dados por la capacidad de absorción de personal por parte del Estado, dado que la principal empleadora, la agroindustria se había convertido en expulsora de mano de obra. Buena parte de esos desocupados los empleaba el Estado (...) Si se agotaban las posibilidades presupuestarias (...) el modelo de crecimiento quedaba exhausto (...).<sup>80</sup>

La tendencia en el estado provincial a principios de la década de 1980 fue el desfinanciamiento; y ésta se acentuaría con los años.

El tercer momento del desenvolvimiento neoliberal, simultáneo con los dos periodos presidenciales consecutivos de Carlos Menem, coincidió en Jujuy con la reforma del Estado: “Ligado a este tema aparece el de las privatizaciones, que en Jujuy van a ser posteriores a las de la Nación, pero tendrán idéntico objetivo, transferir servicios y empresas productivas”.<sup>81</sup> Según plantea Teruel, algunos de los objetivos instaurados implicaron la privatización o cierre del banco provincial, la privatización de las empresas de agua y energía. En 1994 se privatizó el servicio de aguas, cuya concesión se adjudicó a Agua de los Andes; en el 1995, “se firmó el decreto para la privatización del Banco de la Provincia”, y en 1996 se desestatificó el servicio de energía, transferido a Ejesa. En el caso de la provincia de Jujuy también puede

---

<sup>78</sup> Ana Teruel apunta que en 1977 el gobierno de facto de Jujuy decretó la ley de Promoción industrial de la provincia: “Bajo este impulso, las empresas ya existentes en el medio pudieron ampliar y modernizar sus plantas (...) El resultado de esos primeros años se reflejó en un producto bruto geográfico que en Jujuy aumentó cuando en el país disminuía”. Teruel, Ana, “Panorama económico y socio-demográfico en la larga duración (siglos XIX y XX)”, en Lagos y Teruel, op. cit., pág. 329.

<sup>79</sup> Lagos y Gutiérrez, op. cit., pág. 255. Según Lagos y Gutiérrez, la aplicación de los dispositivos neoliberales no pudo realizarse plenamente debido a las diferencias dentro de las fuerzas armadas, sobre todo entre los sectores neoliberales y los nacionalistas; “uno de los sectores más alertas contra las reformas fue el de los militares vinculados a Fabricaciones Militares, y dentro de ellos Altos Hornos Zapla, que se agruparon en cuanto corrieron versiones de reducción de personal o incluso privatización”. Lagos y Gutiérrez, op. cit., pág. 256.

<sup>80</sup> Lagos y Gutiérrez, op. cit., pág. 257. El proceso de tercerización de la economía en la provincia de Jujuy, con un fuerte crecimiento del sector público, arrancó en la década de 1960. Teruel, op. cit., pág. 334. Esta tendencia alcanzó su punto máximo en 1991, con un índice de 58,8 por ciento sobre la población ocupada. Golovanevsky, Laura, “Jujuy y el país en los noventa” en Marcoleri, María Elena (Comp.), Transformaciones socio-laborales en tiempos de convertibilidad. Empleo, desempleo, pobreza y migraciones en Jujuy, Ediunju, San Salvador de Jujuy, 2001.

<sup>81</sup> Lagos y Gutiérrez, op. cit., pág. 282.

observarse, dentro del proceso de privatización de las empresas públicas, la desnacionalización de Altos Hornos Zapla, en 1992.<sup>82</sup> Debe considerarse, como se afirma anteriormente, que en la provincia de Jujuy el Estado fue históricamente el principal empleador, y los recortes se aplicaron también en términos de puestos laborales; los diferentes procesos de ajuste en esta provincia afectaron entonces tanto al sector público como al privado.<sup>83</sup>

Lagos y Gutiérrez analizan una serie de procesos que se han generado a partir de las transformaciones económicas: en primer lugar, las privatizaciones produjeron la expulsión de trabajadores, “que en la mayoría de los casos, no tenían posibilidad alguna de reinserción laboral”;<sup>84</sup> hubo un fuerte crecimiento del cuentapropismo; fundado en la flexibilización laboral, aumentó el trabajo en negro, sin aportes y “despidos arbitrarios y

---

<sup>82</sup> La privatización de Altos Hornos Zapla, cuyo traspaso oficial se realizó en octubre de 1992, generó la pérdida de aproximadamente 2000 puestos de trabajo. Véase a propósito de la historia de AHZ: Boto, María Salomé; Bascopé, Margarita y Gutiérrez, Natividad, “AHZ. En Los Comienzos de la siderurgia argentina: políticas sociales, empresa y trabajo”, ponencia presentada ante las X Jornadas Interescuelas / Departamentos de Historia, Rosario, septiembre de 2005. Véase con respecto a la privatización de AHZ: Bergesio, Liliana; Golovanevsky, Laura y Marcoleri de Olgún, María Elena, “Desempleo y pobreza en el conurbano jujeño. Los casos de Palpalá y Alto Comedero”, Foro: Trayectos y Territorios de Desempleo. Sus efectos sobre los espacios regionales y locales, Mar del Plata, 18 y 29 de marzo de 2005; Marcoleri de Olgún, María Elena, Bergesio, Liliana y Golovanevsky, Laura, “Palpalá: historia y diagnóstico de una ciudad que fue siderúrgica”, 2004, en la siguiente dirección electrónica: <http://www.naya.org.ar/congreso2004/ponencias>

<sup>83</sup> En la provincia de Jujuy, apuntan Ariel Ogando y Carina Borgogno, entre 1990 y 1993 se despidieron a aproximadamente 15200 trabajadores sobre una población económicamente activa de 180.000 asalariados. Del total de los despedidos, 8700 correspondieron al sector privado y 6500 al área estatal. El desempleo aumentó en 1997 un 44 por ciento; la subocupación saltó del 7,8 al 13,6 por ciento en el mismo período. Ogando, Ariel y Borgogno, Carina, “Exclusión y pobreza. La otra cara del ajuste. (El caso de la provincia de Jujuy)”, 1998, en la siguiente dirección electrónica: <http://www.naya.org.ar>

De acuerdo a los datos elaborados por el programa de la Encuesta Permanente de Hogares (EPH), de la Dirección Provincial de Planeamiento, Estadísticas y Censos de la provincia de Jujuy (DIPPEC), puede consignarse dentro de un cuadro evolutivo que la tasa de desocupación abierta –calculada como porcentaje entre la población desocupada y la población económicamente activa– en la provincia de Jujuy trepó del 18 por ciento en 1997 (según datos registrados en la onda mayo) al 20,5 por ciento en 2003 (según datos tomados en la onda mayo) con un pico del 21,1 por ciento en 2002 (datos registrados en la onda mayo). La subocupación –calculada como porcentaje entre la población subocupada y la población económicamente activa– registró un índice del 13,64 por ciento en 1997 (onda mayo) y alcanzó un máximo de 20,6 por ciento en 2003 (onda mayo). “Situación ocupacional 1997 / 1999”, DIPPEC, Gobierno de la Provincia de Jujuy, 1999; “Situación ocupacional 1999 / 2001”, DIPPEC, Gobierno de la Provincia de Jujuy, 2001; “Situación ocupacional 2000 / 2003”, DIPPEC, Gobierno de la Provincia de Jujuy, 2003. Téngase en cuenta, siguiendo las definiciones propuestas por DIPPEC, que se considera como “población económicamente activa” al conjunto integrado por “las personas que tienen una ocupación o la están buscando activamente”; “población desocupada”, a “las personas que no teniendo ocupación, la buscan activamente”; y “población subocupada”, a las personas que trabajan menos de 35 horas semanales y desean trabajar más.

Esta nota, sin embargo, no pretende establecer una línea de interpretación basada en la lectura de los registros estadísticos, sino sólo señalar la tendencia, dentro del esquema relacional entre trabajo y sociedad, que se trazó desde la década de 1990; es decir, el registro creciente de franjas poblacionales que conjuntamente se encontraron en un espacio no contencioso.

<sup>84</sup> Lagos y Gutiérrez, op. cit., pág. 283.

sin compensación y la más absoluta desprotección legal”;<sup>85</sup> los jóvenes que pujaban por entrar al mercado laboral fueron sometidos a un régimen de trabajo transitorio – designado como pasantías, empleos a prueba– en los cuales eran reemplazados luego de seis meses.<sup>86</sup> Estas políticas económicas construyeron una frontera difusa entre el trabajo y el desempleo; mediante este proceso: el sentido de referentes como clase y estado entraron en crisis, y mediante la sustitución de éstos como organizadores de las prácticas laborales se instauraron nuevas tramas organizadoras de lo social, lo político y lo económico.

La importancia del Estado-Nación tiende a reducirse en el nuevo orden político-económico, trasladándose muchas de sus antiguas atribuciones hacia organizaciones de orden supranacional o bien al mundo del mercado, empresas o grandes conglomerados transnacionales (...) El Estado, que debería cumplir una función social interponiendo los intereses de la comunidad ante la inflexibilidad del mercado y la despiadada búsqueda del beneficio, se está debilitando y resignando ese papel.<sup>87</sup>

Lagos y Gutiérrez sostienen que el Estado neoliberal no está ausente: si bien éste se repliega de sus dimensiones sociales y reguladoras, interviene y contribuye “a la transferencia de mayor riqueza hacia los grupos concentrados que lo sustentan”.<sup>88</sup>

La desarticulación de los componentes de la matriz clásica generó un vacío.<sup>89</sup> El pasaje de la dictadura a la democracia no trajo consigo necesariamente la reactualización de la matriz clásica. Este recorrido no acarrió inevitablemente el establecimiento de una configuración estable de las relaciones entre Estado, partidos políticos y sociedad.

En este vacío tienden a instalarse diferentes sustitutos que impiden el fortalecimiento, la autonomía y la complementariedad entre los componentes de la matriz (Estado, régimen y actores políticos, actores sociales y sociedad civil) y que buscan sustituir o eliminar alguno.<sup>90</sup>

---

<sup>85</sup> Lagos y Gutiérrez, *op. cit.*, pág. 287.

<sup>86</sup> Lagos y Gutiérrez, *op. cit.*

<sup>87</sup> Margulis, Mario y Urresti, Marcelo, (comps.) “La época de la cultura y la cultura de la época” en *La cultura en la Argentina de fin de siglo: ensayos sobre la dimensión cultural*, Oficina de publicaciones del CBC, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 1997, pág. 22.

<sup>88</sup> Lagos y Gutiérrez, *op. cit.*, pág. 277.

<sup>89</sup> Garretón, *op. cit.*, pág. 17.

<sup>90</sup> Garretón, *ibídem.*

Las relaciones que el Estado estableció con los sectores sociales oscilaron entre el abandono –ausencia– y la estabilidad.<sup>91</sup> El vacío implicó entonces la ausencia de una matriz totalizante (esto es, una estructura que determine el presunto sistema de relaciones entre los elementos a partir de un principio unificante) y el quiebre entre el Estado y algunos grupos sociales. Algunos, porque en la Argentina, las reformulaciones en la economía tendieron al enriquecimiento de un sector social a partir del sacrificio de otros sectores.<sup>92</sup> En este sentido, pueden ensayarse categorías que designen esta relación en toda su dimensión: sin embargo, marginalización y exclusión no deben escamotear las condiciones que las hicieron posibles; no fueron consecuencias no deseadas, sino que constituyeron parte de los objetivos de las intervenciones neoliberales.<sup>93</sup> En este sentido, Ana Dinerstein afirma que las prácticas capitalistas operan sobre los procesos de construcción de la subjetividad:

La producción de formas de la subjetividad social no debe considerarse como externa a la producción del capital, sino inherente a dicho proceso. La valorización del capital y sus transformaciones no “afectan” a las personas sino que *las constituyen en sujetos sociales*. Un ejemplo de esto es la creación de los desocupados en Argentina en los '90, que constituyen un gran componente cualitativo del corte de ruta.<sup>94</sup>

La relativa ausencia estatal en la operacionalización de las políticas laborales, educativas, sanitarias y otras, esto es, el vacío entre el Estado y algunos sectores sociales, desplegó entonces toda una serie de posibilidades.

#### b. De la ruptura a la herida

El sujeto colectivo “trabajadores” se encontró atravesado por dos procesos que se originaban a partir de las prácticas del aparato capitalista: la fragmentación y la descolectivización. Estos procesos, que se hallaban imbricados y avanzaban en una misma dirección, propiciaron la creación de espacios –físicos y discursivos– donde los

---

<sup>91</sup> A propósito de los roles de los estados y sus mutaciones, Slavoj Žižek afirma: “Desde luego que desaparecen algunos servicios, como el de la salud, por ejemplo, pero el aparato represivo, la inteligencia, la policía son más fuertes que nunca.” Žižek, Slavoj, “Imposturas políticas, fantasías culturales” en *El Rodaballo*, N° 15, Buenos Aires, 2004, pág. 95.

<sup>92</sup> Kaufman, Alejandro, “Uno no constituye una acción política por los ahorros” en *Página 12*, Buenos Aires, 28 de Enero de 2002.

<sup>93</sup> Lozano, op. cit., pág. 8.

<sup>94</sup> Dinerstein, Ana, “El poder de lo irrealizado. El corte de ruta en Argentina y el potencial subversivo de la mundialización” en *OSAL* N° 5, Buenos Aires, 2001, pág. 11.



trabajadores, otrora obreros insertos en redes laborales y sindicales que habían promovido la contención, fueron sometidos al aislamiento.

Expulsados del mercado laboral, los hombres fueron los protagonistas principales de un proceso de cambio que desembocó a la vez en una desestructuración social y en una dislocación personal (...) Desde esta perspectiva, no había posibilidad de recomposición –esto es, de redefinición positiva– de la situación: la experiencia de la desocupación no podía conducir sino a la pasividad, la reclusión, la vergüenza, la autoculpabilización.<sup>95</sup>

La desocupación y la pauperización llevaron a la cancelación de un orden preexistente. Lo que inauguró esta nueva experiencia, afirma Manuel Cruz, “no es tanto un tiempo liberado de interpretaciones o relatos, como un tiempo interpretado o contado de otra manera”,<sup>96</sup> esto es, el problema consistió en la ruptura de la relación entre las prácticas cotidianas y los marcos comprensivos en los cuales se inscribían.

Las categorías o conceptos constituyen los mimbres con los que se trenza el cesto de la interpretación, de manera que el abandono de éstos convierte en sumamente ardua la tarea de dar cuenta, de la manera que sea, de lo que ha interrumpido, abruptamente, en nuestras vidas. Probablemente sea éste el contexto discursivo en el que tengamos que inscribir el problema de los traumas.<sup>97</sup>

Un trauma se genera a partir de algo con lo que no se contaba.<sup>98</sup> La irrupción del trauma radica en la entrada en conflicto o impugnación inclusive de los esquemas discursivos heredados, esto es, los relatos históricos precedentes.<sup>99</sup> En este sentido,

---

<sup>95</sup> Svampa, Maristella y Pereyra, Sebastián, *Entre la ruta y el barrio. Las experiencias de las organizaciones piqueteras*, Biblos, Buenos Aires, 2003, pág. 162. Estas propuestas de Svampa y Pereyra abrevan principalmente en la desestructuración del mundo masculino y el marco que hizo posible la participación de la mujer en la emergencia del movimiento piquetero.

<sup>96</sup> Cruz, Manuel, “Sobre desastres y traumas” en *Mal estar- psicoanálisis / cultura*, Número 3, Buenos Aires, 2004, pág. 151.

<sup>97</sup> Cruz, op. cit., pág. 156.

<sup>98</sup> “Trauma”, desde Freud, corresponde a una herida psíquica generada por un shock emocional súbito e inesperado. Esta lesión está ligada además a la incapacidad del sujeto para responder ante este shock. Ver, además de Cruz, op. cit.: Salomone, Luis, “Los tiempos del trauma”, en *Actualidad Psicológica*, Número 336, Buenos Aires, 2005.

<sup>99</sup> Cruz, *ibídem*. Estos relatos pueden contener elementos creativos y también adaptativos. Alicia Entel afirma que los mitos generan un retorno a “una suerte de origen perfecto (...) cuyo pérdida, o caída, u olvido, según diferentes relatos míticos, aflora como lamento especialmente en tiempos de vacío o riesgo”. El mito comporta prácticas de retorno al orden, esto es, tiende a asegurar lo establecido. En el juego entre crisis y los mecanismos para dar cuenta de ésta se inscriben las narraciones míticas, que en el retorno a “tiempos de felicidad” paralizan las prácticas creativas e innovadoras. Entel, Alicia, “Culturas

puede trazarse una analogía entre las categorías de “trauma” y “crisis”, en los términos que propone Sergio Visacovsky.

[La crisis] constituye un acontecimiento signado por su violencia, fuerza que ha dejado sus huellas o marcas en la sociedad y en los individuos o, más propiamente, heridas causantes, a su vez, de dolor (...) [Constituye] una dislocación masiva del orden considerado normal (...) La historia parece aniquilada y las personas destruidas.<sup>100</sup>

Este proceso consistió en la ruptura de la ligazón que articulaba, desde el punto de vista económico, físico, cultural e ideológico, a los trabajadores como un sujeto colectivo. El paso hacia la desocupación supuso un proceso de descolectivización, el extrañamiento de los trabajadores respecto de los marcos laborales, esto es, de las redes que conlleva el colectivo obrero.

### c. La desestructuración del colectivo obrero

El reordenamiento que se ejecutó tuvo efectos “no sólo sobre la lucha de clases, sino sobre la propia experiencia de clase, experiencia sometida a procesos de fragmentación e individuación tan agudos (...) que puede hablarse de una lisa y llana desaparición de esa experiencia” afirma Eduardo Grüner.<sup>101</sup> En el mismo sentido avanzan las afirmaciones de Oscar Landi: el mercado se encuentra “orientado a desarticular, a través de la competencia mutua, a los miembros de las corporaciones sindicales y de los partidos”.<sup>102</sup> La empresa, en tanto que dispositivo que en las sociedades de control desplaza a la fábrica –mecanismo propio de la modernidad–, “no cesa de introducir una rivalidad inexplicable como sana emulación, excelente motivación que opone a los individuos entre ellos y atraviesa a cada uno, dividiéndolo en sí mismo”.<sup>103</sup> La búsqueda del progreso individual opera en el sentido de cancelar la formación misma de la clase obrera: Alain Touraine afirma que “la ‘conciencia de la

---

de la repetición. La renuncia al fuego” en *Mal estar- psicoanálisis / cultura*, Número 3, Buenos Aires, 2004, pág. 139-144.

<sup>100</sup> Visacovsky, Sergio, “Cuando las convicciones se derrumban. La organización de las experiencias desorganizadoras en las crisis sociales” en *Mal estar- psicoanálisis / cultura*, Número 3, Buenos Aires, 2004, pág. 180.

<sup>101</sup> Citado en Gualdoni, op. cit.

<sup>102</sup> Citado en Gualdoni, op. cit.

<sup>103</sup> Deleuze, Gilles, “Posdata sobre las sociedades de control” en Christian Ferrer (Comp.), *El lenguaje literario*, Nordan, Montevideo, 1991. Tomo II.

movilidad' anula la conciencia de clase".<sup>104</sup> Hay una tensión entonces entre el yo y el sujeto colectivo.

Uno de los procesos discursivos en los que se basa el aislamiento y la exaltación del individualismo es la negación del cuerpo social. Mario Margulis y Marcelo Urresti<sup>105</sup> siguen los planteos de Marx, quien concibe como el pilar fundamental de la producción al "individuo social".<sup>106</sup>

Es precisamente esta condición de cuerpo social la que es expropiada en las fases actuales de la producción y distribución de la riqueza: la retórica neoliberal ignora totalmente el papel del cuerpo social, la importancia del mismo en la creación de la riqueza, de la sociedad en la que esta riqueza adquiere la condición de tal y la génesis de las condiciones técnicas y sociales que tornaron posible el auge productivo actual. La riqueza es concebida como fruto individual, como resultante de actores que se han movido con eficacia en las pujas del mercado, con independencia de los actores directos de la producción y de los procesos colectivos de orden histórico, social, científico, político y cultural que han generado los saberes.<sup>107</sup>

En "*Identidades astilladas. De la Patria metalúrgica al heavy metal*", Maristella Svampa se refiere a los cambios dentro del mundo obrero argentino.<sup>108</sup> Svampa plantea la mutación y el desplazamiento de los referentes identitarios – particularmente, la clase y el peronismo–, y también la rearticulación de estos referentes fundada en la cancelación de la experiencia obrera. Las "memorias" de esta experiencia han sido anuladas o no son transmitidas, y esto tiende a cerrar las posibilidades de la existencia plena de la voluntad colectiva "clase obrera".

Las prácticas ligadas al aparato capitalista hicieron plausibles –sin estar necesariamente articuladas como programa–, a partir de la descolectivización y la fragmentación del componente de base de la clase obrera, condiciones ambivalentes y antinómicas: por un lado, atentaron contra la movilización de los sectores obreros al aislarlos y enfrentarlos; por otro, el desarrollo de las fuerzas productivas se encontró en un estadio que en la medida que extremaba las condiciones objetivas –que se traducían ante todo en la pobreza– potenció la acción colectiva.

---

<sup>104</sup> Citado en Rouquié, Alain, *Extremo occidente. Introducción a América Latina*, Emecé, Buenos Aires, 1990, pág., 160.

<sup>105</sup> Margulis, y Urresti, op. cit., pág., 25.

<sup>106</sup> Marx, Karl, *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (borrador) 1857-1858*, Siglo XXI, Buenos Aires, 1972, Tomo 2, pág., 228. Citado en Margulis y Urresti, *ibídem*.

<sup>107</sup> Margulis y Urresti, *ibídem*.

<sup>108</sup> Svampa, op. cit.

#### d. Hacia la invención de la resistencia

Regina Festa afirma que los movimientos sociales se gestan a partir de condiciones precisas.

Tienen su origen en las contradicciones sociales que llevan a ciertos sectores o a todo un pueblo a buscar formas de conquistar o reconquistar espacios democráticos negados por la clase que está en el poder. Ésas son las contradicciones que generan procesos de resistencia en momentos de represión social, de convergencia histórica en momentos de acumulación de fuerzas opositoras, o de desarticulación de esas mismas fuerzas cuando las condiciones internas que las generaron se encuentran incapaces de articular una alternativa histórica. Por lo tanto, los movimientos sociales existen en las sociedades tensionadas por conflictos de intereses entre las clases sociales. En este sentido, los movimientos sociales se estructuran de acuerdo con la coyuntura, con los intereses de grupos específicos, clases o segmentos de clases y en torno a proyectos alternativos de sociedad.<sup>109</sup>

Las condiciones económicas objetivas no pueden ser consideradas necesariamente como el elemento fundante de la acción colectiva. Estas condiciones constituyen el cuadro de esa acción pero no es su única condición de posibilidad. La agudización de las contradicciones sociales, afirma Gramsci, no basta para crear la acción política. Gramsci descarta que “las crisis económicas inmediatas produzcan acontecimientos fundamentales, sólo pueden crear un terreno más favorable para la difusión de ciertos modos de pensar”.<sup>110</sup>

La miseria, la pobreza, la necesidad económica, el sufrimiento, el desempleo, el disgusto y la angustia colectiva no se traducen necesariamente en movilización popular (...) sino que fluyen de *los procesos políticos específicos*. En otras palabras, los cambios macro impactan en el conflicto a través de la estructura de poder dando forma a los medios organizativos y a los distintos recursos que los actores tienen a su disposición. Para que la protesta ocurra hacen falta *redes asociativas previas* que activen la protesta (...) *oportunidades políticas* que la hagan viable (...) y recursos que la faciliten.<sup>111</sup>

---

<sup>109</sup> Festa, op. cit., pág. 12.

<sup>110</sup> Gramsci, op. cit., pág. 115.

<sup>111</sup> Auyero, op. cit., pág. 35-36.

Este proceso de transformación de la protesta tuvo en Jujuy características semejantes: en la medida que el sindicalismo reconocido fue perdiendo legitimidad – dada su escasa participación contra las privatizaciones–, surgió en Jujuy una nueva dirigencia, “en la que miembros del FGE [Frente de Gremios Estatales] jujeño estuvieron a la cabeza a nivel local”.<sup>112</sup> Entre las prácticas propias de este movimiento puede consignarse “el acercamiento a otras víctimas del ajuste como jubilados, organizaciones barriales, planes Trabajar”.<sup>113</sup> El FGE participó entonces en la formación de los movimientos piqueteros.<sup>114</sup> Un primer esbozo de articulación de los desocupados a líneas orgánicas lo constituyó la Corriente Clasista y Combativa (CCC), fundada en 1994 y liderada en un principio por Carlos Santillán.

La Corriente Clasista y Combativa (...) tendió a convergir con grupos de desocupados, cosa que no era aceptada por los sindicalistas clásicos. Para esta línea gremial, la desocupación no sería otra cosa que una de las formas que asume la fuerza de trabajo en la etapa del capitalismo globalizado, por ende debía ser incluida como fuerza aliada.<sup>115</sup>

Los movimientos piqueteros devinieron en momentos de una serie de reconstrucciones orgánicas de la protesta de sectores sociales desprotegidos. Estos movimientos surgieron a partir de la eclosión del cuerpo del desposeído en el marco de los cortes de ruta. El movimiento piquetero se gestó –como momento previo al intento de estabilización orgánica– durante la sucesión de cortes asentados fundamentalmente a partir de 1997 en la Argentina.<sup>116</sup> Esta serie de cortes agrupó a diferentes sectores sociales; entre ellos, los desocupados. Los logros obtenidos –como bolsones de mercadería y puestos de trabajo– y la formación embrionaria del colectivo piquetero promovieron, en un momento extensivo de estas prácticas, la estructuración orgánica de la protesta. Los piquetes iniciaron el establecimiento de diversos tipos de redes, de

---

<sup>112</sup> Lagos y Gutiérrez, op. cit., pág. 292.

<sup>113</sup> Lagos y Gutiérrez, *ibídem*. Otras propuestas de este movimiento fueron: excluir a los integrantes del sindicalismo reconocido, imponer el voto directo para la elección de los dirigentes, descentralizar las organizaciones, acercarse a partidos de izquierda. Lagos y Gutiérrez, *ibídem*.

<sup>114</sup> Lagos y Gutiérrez, op. cit.; Gómez, Elizabeth y Kindgard, Federico, “Trabajo, desocupación y movimiento obrero” en Lagos, Marcelo y Teruel Ana, Jujuy en la historia. De la colonia al siglo XX, Ediunju, San Salvador de Jujuy, 2006.

<sup>115</sup> Lagos y Gutiérrez, op. cit., pág. 292.

<sup>116</sup> Al respecto de los cortes en Jujuy en 1997, véase: Gómez, Elizabeth y Kindgard, Federico, “Trabajo, desocupación y movimiento obrero” en Lagos, Marcelo y Teruel Ana, Jujuy en la historia. De la colonia al siglo XX, Ediunju, San Salvador de Jujuy, 2006 y Rodríguez Blanco, Maricel, “Las transformaciones recientes de la protesta en el marco de la crisis: cultura política y experiencias de los piqueteros en Jujuy”, ponencia ante las VII Jornadas Regionales de Investigación en Humanidades y Ciencias Sociales, San Salvador de Jujuy, octubre de 2002.

acuerdo a cómo se identificaban a los otros actores: el agrupamiento dentro de los piqueteros promovió una red entre compañeros, la jerarquización instauró relaciones desiguales dentro de ese agrupamiento primigenio y la identificación de un antagonista constituyó la trama del conflicto.

Esta separación en momentos constituye un modelo analítico, en el cual cada uno de estos momentos no puede pensarse independientemente de los otros. Cada uno de estos procesos de creación reticular no dependió de una progresión cronológica, sino que fueron producto de juegos relacionales simultáneos. En este sentido, la protesta piquetera, en su pasaje a la organicidad, reintrodujo las redes que se tramaron durante los cortes.

La desocupación, la pobreza y las prácticas culturales ligadas a las condiciones materiales y culturales de existencia –como dispositivos culturales relativamente autónomos al aparato productivo capitalista– compusieron un conjunto de prácticas previas a los movimientos piqueteros. Hubo entonces una matriz precedente, en cuanto conjunto de correlaciones, que hizo posible la reinstauración de prácticas autónomas. De esta manera, los movimientos piqueteros formaron parte de aquel linaje de experiencias ligadas a la acción territorial y a la acción sindical.

La acción territorial –inscripta en la solidaridad y el cooperativismo– y la ocupación del espacio público como formato de protesta (en cuanto que política de la mostración del cuerpo popular y de la apropiación de la palabra en el espacio público) habían sido prácticas previas a los movimientos piqueteros. En este sentido, los dos movimientos sociales precedentes fueron las organizaciones barriales y las centrales sindicales alternativas (esto procedió en el encuadre de la reestructuración económica, contra la cual la central legítimamente reconocida no participó activamente).<sup>117</sup> En ambos casos, la operación política llevada a cabo suscitó el establecimiento de redes –sustentadas en la solidaridad y el cooperativismo– y el retejido de las redes que antaño, agrupadas en torno al sindicato, contenían a los trabajadores. La reinstalación de la acción colectiva se dio en el escenario de diferentes cambios; desde una superposición y relación de formaciones discursivas y prácticas de otro orden: desde la desocupación, las mutaciones del Estado –que al abandonar ciertos espacios posibilitó la generación de mecanismos autónomos de organización de lo colectivo–, hasta la reformulación de las

---

<sup>117</sup> Schuster y Pereyra aseveran: “Desde el año 1995, la movilización sindical contra la reforma del Estado se debilitó progresivamente como consecuencia de los acuerdos entre la cúpula sindical y el gobierno, y luego –y primordialmente– por la paulatina erosión de la legitimidad y la base material de que disponían los sindicatos.” Schuster y Pereyra, op. cit., pág. 54.

prácticas de los sectores ligados a la lucha orgánica por el bienestar de los trabajadores, como los sindicatos y algunos partidos de izquierda.<sup>118</sup>

La participación de la mujer en los movimientos piqueteros instauró la tensión entre el rol preexistente asignado a la mujer en la familia, es decir, asegurar las condiciones de vida para sus familias, y el protagonismo en el juego político.

[Las mujeres] aparecían como la expresión más auténtica e incuestionable de la situación de emergencia familiar y social que se estaba atravesando. La figura de la madre como portadora natural de las necesidades de la familia se encontró así en el centro de la nueva protesta (...) Al salir a la ruta, las mujeres, esgrimiendo su condición de jefas o madres de familia, esto es, como vehículo despolitizado de la necesidad, paradójicamente contribuyeron a la politización del tema del hambre.<sup>119</sup>

La militancia de la mujer en los movimientos piqueteros favoreció el desplazamiento de los roles “típicamente” femeninos –como el cuidado de la familia– a roles “típicamente” masculinos, como la representación. Este deslizamiento dependió de trabajos designadas a priori. Sin embargo esta traslación fue a veces salteada; esto es, no todas las mujeres asumieron en principio roles considerados femeninos. Éste fue principalmente el caso de las mujeres jóvenes, que habían experimentado poco esas responsabilidades o que no lo habían hecho, sobre todo porque los estudios o el trabajo las habían desligado en gran medida del cuidado de otros. No hubo en estos casos una etapa mediadora (ni en el ámbito público ni en el privado): las mujeres jóvenes se apropiaron las tareas de representación desde un anclaje fuertemente político, ligado más a las prácticas sindicalistas que a las asistencialistas.<sup>120</sup>

---

<sup>118</sup> La participación de algunos partidos de izquierda en el proceso creativo de los movimientos piqueteros se realizó dentro de un proceso inflexivo de redefinición y renovación. Alan Angell apunta que los partidos de izquierda latinoamericanos, dentro de la redefinición de sus estrategias –enmarcado en un momento reflexivo luego de las dictaduras militares– descubrieron el potencial de grupos sociales que no habían tenido participación muy activa anteriormente, como las mujeres y los desempleados. Estos sectores han intervenido en acciones políticas relacionadas más con sus condiciones básicas de vida que con el control de los medios de producción. Las movilizaciones de este sector estuvieron dirigidas más contra el gobierno que contra las patronales. Algunos sectores de izquierda, percatados entonces de este potencial, comenzaron a operar en los sectores urbanos más empobrecidos. En el marco de ciertas reformulaciones a las prácticas de algunos partidos de izquierda, se incorporaron prácticas democráticas en el interior de los movimientos y comenzaron a integrar los movimientos actores sociales antes ignorados. Angell, Alan, “La izquierda en América latina desde 1920”. En Bethell, Leslie, *Historia de América Latina, Crítica*, Barcelona, 1997. Tomo XII.

<sup>119</sup> Svampa y Pereyra, op. cit, pág. 161-162.

<sup>120</sup> Muchas mujeres jóvenes obtuvieron participación sin apelar a su condición de jefas o madres de familia. Nótese, por ejemplo, que entre 2002 y 2003 el 70 por ciento de los integrantes de la dirección de la Juventud de la CCC fueron mujeres.

Los desplazamientos viraron en torno a los actores de la protesta, a las demandas y al formato. Las crisis de las representaciones, la disolución de las mediaciones políticas institucionales que se apoyaban en los partidos tradicionales y en los sindicatos abrieron paso a nuevos formatos de representación y de protesta.<sup>121</sup> Este movimiento en las luchas sociales parte desde el conflicto laboral al hambre y desde la huelga al piquete.<sup>122</sup> Los desocupados, en tanto que sujetos desplazados de los espacios de representación de los partidos tradicionales y del sindicalismo reconocido, iniciaron, guiados por algunos partidos de izquierda y militantes sindicales, novedosas organizaciones movilizadas por demandas originadas, en principio, por sus precarias condiciones de vida.

Los desocupados, a partir de su organización en los movimientos piqueteros, buscaron resistir y cambiar la relación de fuerzas. Los piqueteros manifestaron ánimo de composición y recomposición de tramas basadas en la participación activa y protagonismo en la toma de decisiones”.<sup>123</sup> Dinerstein afirma que la lucha –de clases– no debe ser comprendida en torno a la explotación del trabajo o a la distribución de la riqueza, sino que se trata de “*una lucha alrededor de la constitución de las formas de existencia y resistencia social*”. En este marco, describe las potencialidades de los cortes de ruta: “El corte frena, bloquea, materializa, visualiza, limita la inseguridad y la incertidumbre (...) Reinventa las formas de la política, y relocaliza la importancia de esta última”.<sup>124</sup> Los movimientos piqueteros tendieron a la composición y recomposición de las tramas fragmentadas del colectivo obrero y a la composición y extensión de las tramas populares solidarias.

---

<sup>121</sup> Scribano, y Schuster, op. cit.

<sup>122</sup> Maceira, Verónica y Spaltenberg, Ricardo, “Una aproximación al movimiento de desocupados en el marco de las transformaciones de la clase obrera en Argentina” en OSAL N° 5, Buenos Aires, 2001.

<sup>123</sup> Rodríguez, op. cit., pág. 29.

<sup>124</sup> Dinerstein, op. cit., pág. 13.



#### **4. Sobre espacio y diferencia**

##### **a. La fragmentación política**<sup>125</sup>

La emergencia de los movimientos piqueteros se instauró en la coexistencia de dos modalidades de prácticas, la acción solidaria y comunitaria y la acción de protesta, como un solo programa, y en la subsunción de éstas a una organicidad. En el marco de esta última, la delegación del poder en unos portavoces apareció como una práctica aceptada.

En este sentido, el espacio discursivo piquetero propendió hacia la apropiación centralizada de la palabra colectiva. El poder delegado sobre los portavoces trascendió a los representados.<sup>126</sup> La instauración de portavoces suscitó la creación de prácticas cuya elaboración era enajenada. Los movimientos piqueteros, al configurar espacios discursivos institucionalizados –como el aparato–, cuyo fundamento era la ausencia de las bases en términos de participación, desligaron la acción política piquetera de sus elementos fundacionales. En un principio, el piquete posibilitó el ingreso de los sectores populares a la arena política a partir de la toma del espacio público y la apropiación de la palabra, como prácticas plenamente colectivas. Posteriormente, los movimientos piqueteros, al organizar sus espacios discursivos a partir de la delegación como práctica diferenciadora, dispusieron la cancelación de este principio. La acción política piquetera se inscribió entonces en la construcción de la acción colectiva mediante la separación de un sector de sí. Los militantes de base no participaron directamente en el debate en torno a las políticas. En esta fractura pueden reconocerse los límites de la participación y, asimismo, la refundación de los movimientos piqueteros. Este extrañamiento trajo consigo un estado de fractura: los militantes de base no se encontraban en el límite de la participación y de la separación, sino que ellos mismos eran una frontera. El sujeto colectivo fue dividido en sí mismo: si bien su dimensión física era inseparable de la política; su dimensión intelectual fue separada.<sup>127</sup> La dinámica de la política inherente al todo orgánico piquetero fue la reproducción del juego de la participación / separación. Si efectivamente la apropiación del espacio público y la apropiación de la palabra eran políticas colectivas, el programa que activaba estas políticas conllevó un juego de relaciones y estatutos que suprimió en parte la dimensión colectiva piquetera originaria.

<sup>125</sup> Una primera versión de la introducción a este acápite fue presentada en Castillo, Fernando, “Entre las formaciones piqueteras y la clase obrera: contingencia, ambivalencia y memoria”, ponencia presentada ante las IX Jornadas Nacionales de Investigadores en Comunicación, Villa María, septiembre de 2005.

<sup>126</sup> Bourdieu, Pierre, “La delegación y el fetichismo político” en Cosas dichas, Barcelona, Gedisa, 1996.

<sup>127</sup> Como se verá posteriormente, las condiciones de posibilidad de la toma de la palabra por los militantes de base, como una posición de sujeto, dependen de la misma manera de un dominio relacional.

La dinámica de la participación / separación, dentro de la designación por unos programas casi cerrados de formación de identidades políticas, instauró dispositivos de comunicación desequilibrados, en los cuales los basamentos de las prácticas políticas permanecían ocultos; se separaron en gran medida los procesos reflexivos sobre estas prácticas de aquellos sobre las que operaban, esto es, de quienes ponían el cuerpo. Es decir, las transformaciones que se practicaban desde los movimientos piqueteros se generaron desde los portavoces a las bases no como procesos sino como elementos acabados. De esta manera, las prácticas emancipatorias se pueden confundirse “con los procesos hegemónicos, porque las distinciones se importan de manera unilateral y asimétrica, sin intervención propia en los procesos de producción de discurso ni en los antagonismos generadores de distinciones”.<sup>128</sup>

La dinámica de la participación / separación llevó en sí el desdoblamiento de la subjetividad piquetera entre voz y cuerpo. Desplegó la ocupación de las posiciones de sujeto entre representación delegada y reconocida y, por otra parte, la representación física y discursiva de los cuerpos. Comportó operaciones sobre el cuerpo que situaban a éste como el espacio de mediación entre la política de los portavoces y las estrategias de los sectores hegemónicos.

De la misma forma, las tácticas de apropiación del espacio urbano consistieron en la puesta en escena de la identidad piquetera. La mostración de un actor físicamente potente prorrumpió de un proceso colectivo a partir de la fricción de los cuerpos. Y este cuerpo, popular e “ilegítimo”, es el que fue reprimido. El desdoblamiento en cuerpo y voz, necesariamente biopolítico, indujo la reducción de los militantes de base a cuerpo.<sup>129</sup>

---

<sup>128</sup> Kaufman, Alejandro, “Sobre información, conocimiento, poder” en *Zigurat* Número 3, octubre de 2002, La Crujía, pág. 12. Las afirmaciones de Kaufman no se refieren específicamente a los movimientos piqueteros; propone más bien una serie de reflexiones en torno al problema de la dislocación entre las experiencias culturales y las formas programáticas que intentan transformarlas.

<sup>129</sup> Las proposiciones de Foucault sobre la biopolítica contienen matices específicos: sus preocupaciones, afirma Maurizio Lazzarato, se centran en las formas en que los mecanismos de poder y saber han considerado “‘los procesos de la vida’ y la posibilidad de controlarlos y modificarlos”. Lazzarato, Maurizio, “Del biopoder a la biopolítica”, marzo de 2000, en la siguiente dirección electrónica (URL): <http://multitudes.samizdat.net/del-biopoder-a-la-biopolitica.htm>

En este sentido, Foucault asegura: “El hombre occidental aprende poco a poco lo que significa ser una especie viviente en un mundo viviente, tener un cuerpo, condiciones de existencia, probabilidades de vida, una salud individual y colectiva, fuerzas que se pueden modificar.” La biopolítica corresponde a prácticas orientadas a crear un dispositivo subjetivo que en conjunto funcione como una máquina productiva; esta reducción es inseparable, por supuesto, del surgimiento del capitalismo. Citado en Lazzarato, op. cit.

Cuando se asume que en los movimientos se ha llevado a cabo una reducción biopolítica –en la separación entre quienes se han apropiado de la voz colectiva y quienes han asumido su representación en términos físicos–, se parte de la sustitución de los militantes de base por una trama conjuntiva despojada

El posicionamiento del cuerpo en el espacio urbano, como mediación física entre los portavoces y los sectores hegemónicos, provocó además cierta disyunción entre los militantes de base y los programas de los portavoces. La fractura se forjó a partir de poner el cuerpo sin participar necesariamente de esa decisión. Esta dislocación entre portavoces y bases fue uno de los fundamentos de una no-necesaria correspondencia en términos identitarios.

#### b. Notas introductorias a la organicidad piquetera

Los movimientos piqueteros orientaron sus prácticas tanto en torno a la lucha hegemónica como en el entretejimiento redes de contención y supervivencia. Las matrices políticas y culturales de las prácticas piqueteras se encontraron en lucha. La acción política piquetera se concibió desde ese doble programa: acción sindical y acción territorial. No obstante la lucha programática, las experiencias piqueteras se encauzaron fuertemente a la instauración de políticas arraigadas en la solidaridad, la horizontalidad y el desmantelamiento de la apropiación privada del trabajo de los militantes; esto es, la reformulación misma de las prácticas políticas, productivas y discursivas hegemónicas.

Sin embargo, en el juego de las innovaciones que ha practicado, el movimiento piquetero tendió a reproducir las mismas prácticas que intentaba reformular.

En la idea de revolución aplicada a la historia se producen dos desdoblamientos: entre el impulso a la realización y la imposibilidad de la realización, y en ciertas zonas de los movimientos revolucionarios, la confusión jánica entre quienes defienden lo establecido y quienes lo cuestionan. No obstante, no se trata sólo de lo establecido, sino también de la destrucción, por la conquista, de lo establecido. La violencia en la historia, en la medida en que insta un orden, puede hacerlo hacia la justicia y también hacia la injusticia. Los movimientos contienen una contradicción insalvable: no obstante los sueños y las acciones de ruptura, llevan también en su seno lo establecido. Que en toda lucha cada uno de los contendientes posea algún rasgo del oponente es lo que subyace a la tensión jánica entre los contrarios.<sup>130</sup>

---

de representación reconocida orgánicamente y orientada a funcionar como un instrumento para la producción de ciertos efectos. Si la biopolítica, como la pensó Foucault, articula política y economía en el orden del capitalismo, la operación desde la organicidad piquetera sobre los militantes desarrolla políticas administrativas de la protesta y el trabajo para la supervivencia.

<sup>130</sup> Kaufman, Alejandro, "Lo judío en la obra de Borges" en Rowe, William; Canaparo, Claudio y Annick, Louis (Compiladores), Jorge Luis Borges. Intervenciones sobre pensamiento y literatura, Paidós, Buenos Aires, 2000.

Los movimientos piqueteros fueron entramados donde operaban apropiaciones desiguales de la voz colectiva y del poder –esto es, posiciones en el espacio–.<sup>131</sup> Se efectuó la división del trabajo a partir de la delegación.<sup>132</sup>

Gramsci, en *La política y el Estado moderno*, afirma: “Existen realmente gobernados y gobernantes, dirigentes y dirigidos”. Gramsci concluye que la división entre gobernantes y gobernados, aunque equivale en última instancia a una división en grupos sociales, existe también “en el seno de un mismo grupo [...] en cierto sentido puede decirse que esta división es una creación de la división del trabajo”.<sup>133</sup> Gramsci destaca al partido como dispositivo organizacional; asevera que un partido requiere de tres elementos:

Un elemento difuso, de hombres comunes, medios, cuya participación viene dada por la disciplina y la fidelidad, no por el espíritu creador y altamente organizativo (...) Son una fuerza en la medida que hay quien les centraliza, organiza, disciplina (...)

Un elemento cohesivo principal (...) que da eficiencia y potencia a un conjunto de fuerzas (...) Este elemento está dotado de una fuerza altamente cohesiva, centralizadora y disciplinadora (...)

Un elemento medio que articula el primer elemento con el segundo que los pone en contacto, no sólo físico sino también moral e intelectual.<sup>134</sup>

Subraya, entonces, la importancia del partido “para la elaboración y difusión de las concepciones del mundo”.<sup>135</sup> Gramsci sostiene que la formación de voluntades colectivas requiere la operación de prácticas discursivas y de sujetos operadores de la ideología. Como afirma Mouffe, la ideología “posee sus propios agentes, vale decir, los *intelectuales*. En ellos descansa la responsabilidad de elaborar y difundir las ideologías orgánicas, y el compromiso de llevar a cabo la reforma moral e intelectual”.<sup>136</sup>

---

<sup>131</sup> En principio, podría asumirse en relación al poder una mirada centrada en la estructura. Desde la perspectiva de Bourdieu, tomando como punto de partida las diferencias posicionales inherentes al espacio, puede sugerirse que el poder se distribuye. El poder implica unas posiciones dentro de un espacio construido a partir de principios estructuradores. Desde una mirada weberiana, puede asumirse que la dominación (*Herrschaft*) presume que un agente obedezca un mandato específico emanado de otro a partir de una posición reconocida como legítima para emanar ese mandato. Guiddens, Anthony, *El capitalismo y la moderna teoría social. Un análisis de los escritos de Marx, Durkheim y Max Weber*, Idea Books, Barcelona, 1998.

<sup>132</sup> Esta instancia delimitadora conduce a luchas en una doble dirección: por esas posiciones y por la reapropiación de la voz colectiva y la reconstrucción de los regímenes de poder

<sup>133</sup> Gramsci, op. cit., pág. 81.

<sup>134</sup> Gramsci, op. cit., pág. 88.

<sup>135</sup> Gramsci, Antonio, *Introducción a la filosofía de la praxis*. Premiá Editora, Tlahuapán, 1983, pág. 15.

<sup>136</sup> Mouffe, op. cit., pág. 77.

La categoría de partido se aproxima a la manera en la que se llevó a cabo la organización de las prácticas discursivas piqueteras. El pasaje a la organicidad piquetera arraigó en juegos relacionales entre las formas organizativas de los cortes y las formas orgánicas de la izquierda, cuyos militantes participaban de los cortes y de la creación de los movimientos piqueteros. La organicidad piquetera se inscribió en la tensión entre “la lógica política inherente a los nuevos movimientos (que podríamos definir como prefigurativa, horizontal, reticular y deliberativa) y la lógica instrumental y sustituida de la política propia de las organizaciones de la izquierda argentina”.<sup>137</sup>

La propia expansión del potencial democrático del movimiento de masas da lugar, en una concepción estrechamente clasista, a una práctica crecientemente autoritaria de la política. Si la democratización de la lucha de masas depende de la proliferación de puntos de ruptura que desborden los límites de clase, se establece una distinción entre dirigentes y dirigidos.<sup>138</sup>

Lo que Tarcus destaca es una tensión entre modos organizacionales más que de programas. Algunos sectores de la izquierda cuestionaron la eclosión de movimientos que siguió a las manifestaciones de fines de 2001 en la Argentina –como las asambleas o los cacerolazos– por la carencia de un programa político. Ezequiel Adamovsky afirma: “en el funcionamiento asambleario, es el propio procedimiento (forma) el que está preñado de los contenidos”.<sup>139</sup> El programa asambleario propone y practica la descentralización, la horizontalidad, deliberación colectiva, la organización en redes y el rechazo a liderazgos permanentes.<sup>140</sup>

A diferencia de la concepción instrumentalista de la política propia de la vieja izquierda –que genera una disociación entre medios (jerárquicos y autoritarios) y fines (igualdad y libertad) – en la política asamblearia medios y fines coinciden. En otras palabras, las asambleas prefiguran o *anticipan* el mundo que desean.<sup>141</sup>

---

<sup>137</sup> Tarcus, Horacio, “La lenta agonía de la vieja izquierda y el prolongado parto de una nueva cultura emancipatoria” en *El Rodaballo*, N° 15, Buenos Aires, 2004, pág. 34.

<sup>138</sup> Laclau, y Mouffe, op. cit., pág. 88. La distinción que Laclau y Mouffe plantean se expresa en términos de un saber; esto es, la atribución de la centralidad a la clase obrera como sujeto histórico no se inscribe en principios prácticos sino en principios ontológicos. El autoritarismo radica en la extensión de la identidad obrera hacia la identidad de las masas; es decir, no hay hiato entre lo obrero y las masas, sino una identificación ontológica.

<sup>139</sup> Adamovsky, Ezequiel, “El movimiento asambleario en la Argentina: Balance de una experiencia” en *El Rodaballo*, N° 15, Buenos Aires, 2004, pág. 15.

<sup>140</sup> Tarcus, op. cit., pág. 34 y 35.

<sup>141</sup> Adamovsky, *ibídem*.

Tarcus señala asimismo la tensión inseparable de la organicidad de la izquierda: se proclama un discurso radical, revolucionario y emancipatorio desde “estructuras cerradas, verticales, autoreferenciales, autoritarias y conservadoras”.<sup>142</sup> (En el marco de la estratificación interna, Tarcus indica que los congresos dejan de ser progresivamente espacios de deliberación y devienen “momentos de legitimación colectiva de decisiones previamente tomadas por la dirección (...) El congreso / debate deviene congreso / espectáculo.”)<sup>143</sup>

La trama de los flujos comunicacionales, articulados en un espacio discursivo burocratizado, entre estos tres elementos del partido en el movimiento piquetero estuvo conducido a reproducir la consagración de un sector.

La categoría gramsciana de partido y el juego relacional piquetero reenvían a la categoría de “espacio”.

Un lugar es el orden (cualquiera que sea) según el cual los elementos se distribuyen en relaciones de coexistencia (...) Los elementos considerados están (...) cada uno situado en un sitio “propio” y distinto que cada uno define. Un lugar es pues una configuración instantánea de posiciones (...)

Hay espacio en cuanto se toman en consideración los vectores de dirección, las cantidades de velocidad y la variable del tiempo. El espacio es un cruzamiento de movibilidades (...) Espacio es el efecto producido por las operaciones que lo orientan, lo circunstancian, lo temporalizan y lo llevan a funcionar como una unidad polivalente de programas conflictuales o de proximidades contractuales.

En suma, el espacio es lugar practicado.<sup>144</sup>

Asimismo, Bourdieu, en su conceptualización sobre “espacio”, destaca la “diferencia” como elemento constitutivo de éste.

[La] idea de diferencia, de desviación, fundamenta la noción misma de espacio, conjunto de posiciones distintas y coexistentes, externas unas a otras, definidas en relación unas de otras, por su *exterioridad mutua* y por relaciones de proximidad, de vecindad o de alejamiento y asimismo por relaciones de orden, como por encima, por debajo y *entre*.<sup>145</sup>

---

<sup>142</sup> Tarcus, op. cit., pág. 35.

<sup>143</sup> Tarcus, op. cit., pág. 36.

<sup>144</sup> Certeau, Michel de, op. cit., pág. 129.

<sup>145</sup> Bourdieu, Pierre, “Espacio social y espacio simbólico” en Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción, Anagrama, Barcelona, 1997, pág. 16.

El problema gira específicamente en torno a cómo el movimiento piquetero ha organizado el espacio de sus prácticas y qué tipo de intercambios se han realizado; sobre todo porque la distribución espacial física, el plano de lo visible, ha sido un proceso ligado a la producción de la subjetividad.<sup>146</sup>

Mouffe, siguiendo a Gramsci, afirma que la ideología se transmite no sólo a partir de prácticas discursivas sino también a partir de prácticas no discursivas.<sup>147</sup> Poder, espacio y discurso se imbrican. No opera una articulación arbitraria entre espacio y discurso: ésta obedece a finalidades estratégicas. La construcción de los sujetos colectivos entonces estuvo afectada a los usos del espacio que se efectuaron en el movimiento piquetero.

En *El ojo del poder*, Foucault trata la categoría de espacio en relación con su organización y fines económicos y políticos definidos.; además, sienta las bases para indagar los regímenes que articulan espacio, discurso y poder. El espacio se especifica y se hace funcional, afirma.<sup>148</sup> Espacio y poder, entonces, no se excluyen; son categorías inseparables.

Dolores Juliano señala que los grupos sociales tienden a generar sistemas lógicos que les permitan “dominar conceptualmente su entorno”. Esto es, la configuración del espacio opera en el sentido de disponer de estructuras lógicas que den cuenta del entorno físico.<sup>149</sup> Juliano, entonces, no contrapone la cultura dominante a las culturas populares en relación a la racionalidad / no-racionalidad, sino a partir de “la extensión del ámbito organizado culturalmente”. La diferencia en el alcance de estos procesos de racionalización se ancla en las posibilidades de cada grupo de superar el ámbito de las relaciones más próximas.

Esta diferencia de extensión hace que, en conjunto, los referentes lógicos de la cultura dominante resulten más abstractos, mientras que los de la cultura popular son más concretos. Pero esta diferencia en el nivel de abstracción no lo es en el tipo de organización. Tanto la

---

<sup>146</sup> Calzado, Mercedes, “Espacios comunicacionales, construcción de subjetividad y funcionalidad política: el 'joven delincuente' en los medios de comunicación.” en *Zigurat* Número 3, octubre de 2002. La Crujía.

<sup>147</sup> Mouffe, Chantal, op. cit., pág. 76.

<sup>148</sup> Foucault, Michel, “El ojo del poder” en Bentham, Jeremías, *El panóptico*, Ediciones La Piqueta, Barcelona, 1980. Esta tesis foucaultiana en torno al espacio difiere de la conceptualización que, también de Foucault, se propone en el acápite 2.

<sup>149</sup> Juliano, Dolores, *Cultura popular*, en *Cuadernos A de Antropología*, Anthropos Editorial del Hombre, Barcelona, 1986, pág. 35.

dominante como la popular son culturas en la medida que brindan marcos lógicos para la interpretación del mundo.<sup>150</sup>

Esta organización, que tiende a la abstracción de los elementos que configuran el espacio, se desarrolla sin embargo a partir de referentes concretos. Esta dinámica abstractiva parte de tomar los elementos del medio y posteriormente los significa mediante ciertos esquemas. La configuración del espacio demanda “señalar puntos de referencia (fijos en el entorno, movibles en el cielo, o abstractos, como los puntos cardinales) y dotarlos de coherencia lógica a partir de su elaboración simbólica”.<sup>151</sup>

### c. Entre la diferencia y la disjunción

El otro proceso que operó en este juego era la relación de los sujetos populares con los sectores hegemónicos. Los sujetos colectivos piqueteros se han generado en un proceso de antagonismo doble: en los flujos orgánicos y en su relación con los sectores hegemónicos.

La categoría de antagonismo, de la manera que la sugieren Laclau y Mouffe, aparece parcialmente inconducente en el análisis a las prácticas orgánicas piqueteras. Éstos definen “subordinación” a aquella relación en la que un agente está sometido a las decisiones de otro.<sup>152</sup> La “opresión”, por otro lado, se define como una relación de

---

<sup>150</sup> Juliano, *ibídem*.

<sup>151</sup> Juliano, *op. cit.*, pág. 36. Sin embargo, la coherencia atribuible a un orden simbólico es una presunción discutible. Por un lado, Claude Grignon y Jean-Claude Passeron afirman en principio que todo grupo social “tiende a organizar sus experiencias en un universo coherente; ninguna condición social, por más desgraciada o dependiente que sea, puede impedir completamente el trabajo de organización simbólica: aun dominada, una cultura funciona como cultura”. Los autores sostienen que el intento de conceder la autonomía simbólica a la cultura popular se desprende como efecto de la tesis weberiana que atribuye a toda condición social la condición de “lugar y principio de una organización de la percepción del mundo en un ‘cosmos de relaciones dotadas de sentido’”. Sin embargo, Grignon y Passeron discuten esta posición y se preguntan si para comprender la cultura popular en su coherencia simbólica es necesario tratarla autónomamente, olvidando los efectos de la dominación. Grignon, Claude y Passeron, Jean Claude, *Lo culto y lo popular. Miserabilismo y populismo en sociología y literatura*, Ediciones Nueva Visión, Buenos Aires, 1991.

Por otra parte, el problema de la coherencia puede pensarse desde Gramsci. Éste afirma que el pensamiento de los sectores populares es el sentido común. Éste, en tanto formado en la experiencia práctica, es una concepción que carece de unidad, no es autocrítico, es fragmentario e incoherente. De esta manera, el sentido común no puede trascender las prácticas en las cuales se fabrica porque el hombre de masa carece de “clara conciencia teórica de la actividad práctica”. Gramsci afirma que existe una contraposición entre el pensar y el hacer. “Su conciencia teórica puede estar, históricamente, incluso en contradicción con su obrar. Casi se puede decir que tiene dos conciencias teóricas (o una conciencia contradictoria): una implícita en su obrar y que realmente lo une a todos sus colaboradores en la transformación práctica de la realidad; y otra superficialmente explícita y verbal, que ha recogido del pasado y acogido sin crítica.” Gramsci, *op. cit.*, pág. 14.

<sup>152</sup> Laclau y Mouffe, *op. cit.*, pág. 196.



subordinación que se ha transformado en “sede de antagonismo”.<sup>153</sup> Como podrá observarse, en la organicidad piquetera no hay sometimientos (en el sentido estricto) a decisiones de otro; sin embargo, existe una relación de diferencia y desigualdad con un Otro. El fundamento primario de un antagonismo es que “la presencia del Otro me impide ser totalmente yo mismo”;<sup>154</sup> un desacuerdo fundamental, “un núcleo que resiste la integración-disolución simbólica”.<sup>155</sup>

Los regímenes de poder piqueteros se fundaron en una serie de antagonismos y no en oposiciones reales ni en relaciones lógicamente contradictorias.<sup>156</sup> Asimismo las correlaciones de poder piqueteras no se redujeron sólo – separando de este juego a otras instancias– al antagonismo entre dirigentes y bases. El colectivo piquetero se construyó en función de diversas sobredeterminaciones de posiciones antagónicas –como las relaciones etarias, de género y las programáticas–, que de acuerdo a las luchas se articulaban en torno a un antagonismo fundamental.

De Certeau sugiere que a las relaciones desiguales les son inherentes prácticas estratégicas y tácticas.<sup>157</sup>

Llamo “estrategia” al cálculo de relaciones de fuerzas que se vuelve posible a partir del momento en que un sujeto de voluntad y de poder es susceptible de aislarse en un “ambiente”. La estrategia postula un lugar susceptible de circunscribirse como lugar *propio* y luego servir de base a un manejo de sus relaciones con una exterioridad distinta (...)

Por el contrario, llamo “táctica” a un cálculo que no puede contar con un lugar propio, ni por tanto con una frontera que distinga al otro como una totalidad visible (...) Sin cesar, el débil debe sacar provecho de fuerzas que le resultan ajenas (...) Su síntesis intelectual tiene como forma no un discurso, sino la decisión misma, acto y manera de “aprovechar” la ocasión.<sup>158</sup>

---

<sup>153</sup> Laclau y Mouffe, *ibídem.*

<sup>154</sup> Laclau y Mouffe, *op. cit.*, pág. 168.

<sup>155</sup> Žižek, Slavoj, *Introducción a El sublime objeto de la ideología*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2003, pág. 25.

<sup>156</sup> De acuerdo a la diferenciación que propone Kant, la oposición real (*Realrepugnanz*) concuerda con el principio de contrariedad. En esta relación, afirman Laclau y Mouffe, “cada uno de los términos tiene una positividad propia, independiente de su relación con el otro (...) Ningún objeto real agota su identidad en su oposición a otro objeto”. Por otra parte, la contradicción lógica sigue la fórmula “A- no A”; “la relación de cada término con el otro agota la realidad de ambos”. Laclau y Mouffe, *op. cit.*, pág. 165. El impedimento de intercambiar estas dos categorías con la de “antagonismo” radica en que en ambos casos se trata de identidades plenas, mientras que las relaciones antagónicas comportan que la presencia de Otro imposibilita la constitución de una identidad completamente acabada. Laclau y Mouffe, *op. cit.*, pág. 168.

<sup>157</sup> De Certeau, *op. cit.*

<sup>158</sup> Certeau, Michel de, *op. cit.*, pág. XLIX-L

¿Cuáles son las apropiaciones que se hacen de los discursos y prácticas que se “bajan” (sic) desde los operadores de los programas? “En estos ‘usos’, se trata precisamente de reconocer ‘acciones’ (...) que tienen su formalidad y su inventividad propias y que organizan en sordina el trabajo de hormiga del consumo.”<sup>159</sup>

La producción de las voluntades colectivas y las identidades políticas piqueteras no se llevaron a cabo necesariamente desde una traducción lineal en prácticas del discurso que bajan los operadores de los programas, sino en las relaciones creativas que se establecían con éstos.

De Certeau desplaza “la atención del consumo supuestamente pasivo de los productos recibidos a la creación anónima, nacida de la práctica de la desviación en el uso de esos productos”.<sup>160</sup> Estos ardidés constituyen la antidisciplina. De Certeau percibe “microdiferencias allí donde otros ven la obediencia y la uniformidad; resulta natural que su atención se concentre en los espacios minúsculos de juego que tácticas silenciosas y sutiles ‘insinúan’ (...) en el orden impuesto”.<sup>161</sup> En tanto que la distribución de fuerzas continúa siendo desigual, “los mismos procedimientos de elusión sirven al débil como último recurso”.<sup>162</sup> De Certeau confía en la inteligencia y la inventividad de los más débiles.

[El débil] sin espacio propio y sin lugar, móvil por estar desprovisto ante las estrategias del fuerte, propietario del teatro de operaciones; se dibuja una concepción política del actuar y de las relaciones inequitativas entre el poder y sus sujetos.<sup>163</sup>

El débil, concluye de Certeau, crea “espacios de juego para las maneras de utilizar el orden imperante en el lugar o respecto de la lengua”.

---

<sup>159</sup> Certeau, Michel de, op. cit., pág. 36. Ana Zubieta toma la categoría de “apropiación” de Roger Chartier para “entender las prácticas culturales en términos de apropiaciones diferenciales y de prácticas que siempre son creadoras de usos y representaciones”; asevera además que “pensar las distintas modalidades de apropiación y dar cuenta de ellas es dar cuenta de una historia social de usos y representaciones”. Chartier, Roger, “Sociedad y escritura en la edad moderna”, Instituto Mora, México, 1995, pág. 128. Citado en Zubieta, Ana María, “La cultura popular”, en *Trampas de la comunicación y la cultura*, N° 23, Marzo de 2004, pág. 42.

Hall afirma que “lectura” no es sólo “la capacidad de identificar y decodificar un cierto número de signos”, sino también una capacidad subjetiva de poner a estos signos “en una relación creativa entre ellos y con otros signos”. Hall, Stuart, “Encoding/decoding” en *Culture, Media, Language. Working Papers in Cultural Studies, 1972-79*, Hutchinson, London, 1980, pág. 135. Las traducciones son propias. Ver al respecto de las diferentes tipologías de lectura: Hall, op. cit.

<sup>160</sup> Certeau, Michel de, op. cit., pág. 39.

<sup>161</sup> Giard, Luce, “Historia de una investigación” en Certeau, Michel de, *La invención de lo cotidiano I. Artes de Hacer*, Universidad Iberoamericana, 1996, pág. XXIII.

<sup>162</sup> Certeau, Michel de, op. cit.

<sup>163</sup> Giard, op. cit., pág. XXIV.

## **5. De la delegación y la división del trabajo**

La construcción orgánica del espacio discursivo piquetero partió en principio de la delegación. La delegación favoreció la división del conjunto piquetero o de la comisión –en tanto subgrupo en el que se descomponía el movimiento– en dos grupos objetivos: dirigentes y bases.<sup>164</sup> Sin embargo la diferenciación no se agotó en el principio estructurador de la delegación; esto es, la realización de este espacio estaba sujeta a diversos principios sobredeterminantes. La división entre dirigentes y bases no generó un cierre, sino que era sólo uno de los antagonismos que atravesaba el plexo piquetero. Esta diferenciación fue lo que convertía a las prácticas discursivas piqueteras en un espacio. La diferenciación que se instituyó entre ambos grupos era la apropiación del poder colectivo y de la voz colectiva.

El acto de la delegación, afirma Pierre Bourdieu, conlleva que un sujeto o un sujeto colectivo realice una “transferencia de poder por la cual un mandante autoriza a un mandatario para firmar en su lugar, actuar en su lugar, para hablar en su lugar, le da una procuración”.<sup>165</sup> A partir de la delegación, el sujeto colectivo delegaba su poder y se dotaba de un órgano permanente de representación; se instauró así una relación metonímica: el portavoz sustituía al sujeto colectivo.

El espacio discursivo piquetero puede analizarse en principio a partir de ciertos elementos de la categoría bourdieana de espacio social. Este último se constituye a partir de la distribución diferenciada de agentes en posiciones a partir de principios estructuradores.

Objetivamente, el principio diferenciador a partir del cual se articuló el espacio discursivo piquetero era la apropiación de un mandato. El principio de la delegación reveló objetivamente las posiciones instituidas ilocucionariamente –aunque no necesariamente aceptadas–. El análisis estructural de las prácticas discursivas parte de las posiciones de la estructura independientemente de los agentes que las ocupen. Los límites de este análisis no se evidencian sólo, como se verá posteriormente, en la medida que los militantes han tendido a subvertir esta estructura, sino también en la medida que esta última no puede dar cuenta del conjunto de los juegos relacionales –la trama que se despliega ha desbordado todo intento de fijación orgánica de las relaciones sociales–.

---

<sup>164</sup> Se asume momentáneamente en esta afirmación la propuesta de Bourdieu: que las diferencias en el espacio se construyen a partir de principios estructuradores.

<sup>165</sup> Bourdieu, Pierre, “La delegación y el fetichismo político” en *Cosas dichas*, Barcelona, Gedisa, 1996, pág. 158.

La organización de las prácticas del movimiento piquetero propendió a su centralización. Las comisiones operaron dentro de un proceso organizacional que las centralizaba. Los portavoces representaron entonces a sus mandantes ante un consejo de portavoces, el aparato. En éste se delegaron a militantes la tarea de representación general, es decir, ser portavoces del movimiento en su conjunto. El aparato era el espacio donde se centralizaron las decisiones sobre las prácticas, espacios discursivos, enunciados, relatos, que el movimiento habría de reproducir. El aparato constituyó una instancia de representación de segundo grado.<sup>166</sup>

Los delegados al entregarse totalmente al movimiento –como requisito, dice Bourdieu, para ser identificados como el movimiento– desarrollaron competencias específicas para el desempeño de sus tareas. Estas habilidades los transformaron en especialistas, y esa propiedad les permitiría perpetuarse en los mandatos.

Esta especialización está ligada a la monopolización de las tareas de representación. Bourdieu cita a Marc Ferro y su análisis sobre la bolchevización, y propone denominar este monopolio como *efecto buró*.<sup>167</sup> Esto es, los militantes participan en las asambleas, pero en la medida en que se designa un permanente, un delegado, los militantes progresivamente participan y asisten menos. Este buró recuerda Bourdieu, “comienza a desarrollar una competencia específica, un lenguaje propio”.<sup>168</sup>

Ellos tienen la permanencia contra la discontinuidad; tienen la competencia específica, el lenguaje propio, una cultura que les es propia, la cultura “apparatchik”, fundada sobre una historia, la de sus pequeños asuntos. (...) A continuación, hay una tecnología social específica: estas personas se vuelven profesionales de la manipulación de la única situación que podría plantearles problemas, es decir, la confrontación con sus mandantes.<sup>169</sup>

---

<sup>166</sup> Esto, en términos de Svampa, es el pasaje de la consigna “un hombre, un voto” a “una asamblea, un voto”. Svampa, Maristella, “Las dimensiones de las nuevas movilizaciones sociales: las asambleas barriales” (segunda parte) en *El ojo mocho*, N° 17, Buenos Aires, 2003, pág. 58.

<sup>167</sup> Bourdieu, op. cit., pág. 170.

<sup>168</sup> Bourdieu, op. cit., pág. 171.

<sup>169</sup> Bourdieu, *ibídem*. Tarcus aduce que los integrantes de los grupos cerrados “comparten entre sí una serie de códigos, tics, gustos comunes, claves y contraseñas, que también escapan al profano”. Tarcus, op. cit., pág. 36. Esto se evidenció claramente en el grupo de jóvenes que ocupó la dirección de la juventud de la CCC (JCCC) entre fines de 2002 y principios de 2003: lo que diferenciaba a este sector era su particular léxico (tomado de bibliografía y periódicos marxistas-leninistas-maoístas –tal es la genealogía que proponen–, como el periódico *Hoy* y sus cuadernillos de difusión) y la tonalidad de la voz, que desde una aproximación apriorística podría designarse como rioplatense.

Esto permite diferenciar a los dirigentes de las bases en términos culturales y no objetivos.<sup>170</sup>

Los espacios discursivos instituidos en el movimiento piquetero fueron los consejos y asambleas. Las asambleas estuvieron abiertas a la participación de todos los militantes del movimiento; cuerpo y palabra participaban en términos de pluralidad y libertad; los consejos, sin embargo, fueron espacios sólo para los portavoces.

En las asambleas de las comisiones se propusieron políticas que el portavoz habría de hacer públicas y defender en el aparato. Las decisiones que correspondieron al movimiento en su conjunto las precisaba el aparato; si concernieron sólo a la comisión, se definían en las instancias discursivas del grupo. El planteo una vez más es: ¿quedaron las bases separadas de este proceso? El hecho de que fueron representadas por sus portavoces ¿conllevaba que éstas hayan sido partícipes? Aun al haber representado el portavoz los intereses de quienes le delegaban su poder, las bases no integraban este proceso, porque el aparato operó según su propia dinámica, con sus propias luchas y disputas, en fin, según sus propias relaciones de poder.

La dinámica del circuito comunicacional piquetero se basó en un movimiento de flujos y reflujos. Esta dinámica no se redujo a bajar y subir información; el intercambio era más complejo. Operaron prácticas discursivas establecidas en luchas en torno a la bidireccionalidad de los flujos comunicacionales. Los intercambios no siempre resultaron tan fluidos. La tendencia a clausurar la bidireccionalidad recayó sobre todo en la especialización: ambos marcos comprensivos devinieron en elementos parcialmente inconmensurables. El desfasaje, en términos comunicacionales, se ancló en la divergencia entre los códigos de codificación y decodificación de los discursos. Como plantea Stuart Hall, no existe identidad inmediata y necesaria entre el codificador-productor y el decodificador-receptor.<sup>171</sup>

El desarrollo de las reuniones dependió en gran medida de la apropiación de la palabra. En ciertos grupos y en ciertas instancias, el portavoz oficial centralizó el uso de la voz. En otros grupos y circunstancias –el desarrollo específico de cada reunión o asamblea–, el monopolio lo retuvo el conjunto de portavoces. En otros, el uso de la voz fue compartido por portavoces y bases. Esta participación no se generó en

---

<sup>170</sup> Nótese que la formación de una cultura y una identidad *appatachik* no se desprende de posiciones objetivas, sino que se sostiene en un juego relacional con los otros permanentes y las bases. Hay respectivamente articulación ideológica y, por otro lado, antagonismo.

<sup>171</sup> Hall, Stuart, "Encoding/decoding" en *Culture, Media, Language. Working Papers in Cultural Studies, 1972-79*, Hutchinson, London, 1980.

designaciones estatutarias: era un producto de las disputas. La bidireccionalidad de los flujos comunicacionales, si bien era una de las consignas y prácticas efectivas del movimiento piquetero, nunca estuvo dada sino que se operacionalizaba en la práctica discursiva.

La organización del espacio discursivo se asentaba sobre diagramaciones de series temporales. Los espacios discursivos del movimiento piquetero eran operados en gran medida a partir de formalidades. Éstas, entre otros elementos, indicaron la delegación en un militante de la coordinación de estos espacios. Éste otorgó el uso de la palabra. En general, las asambleas y consejos se desarrollaron con respeto y permitiendo el uso libre de la palabra. Las excepciones se enmarcaron en “ánimos caldeados”. En estas circunstancias excepcionales, las asambleas y consejos pudieron desarrollarse en medio de relaciones comunicacionales “alteradas”. En algunas ocasiones, por ejemplo en las asambleas de jóvenes, cuando un orador había hablado ya demasiado tiempo – según los parámetros de los jóvenes– y éstos se habían aburrido, le pedieron que dejara de hablar, hicieron bromas, gritaron. En estas circunstancias, las formalidades fueron exceptuadas liberando el espacio discursivo de las posiciones de la estructura, esto es, la misma estructura discursiva fue subvertida y desbordada.

La coordinación consistió en iniciar y finalizar formalmente la reunión; “mantener el orden”; redactar un temario donde se pautaran los temas a tratar en la reunión; y conceder y quitar el uso de la voz. Las dos primeras tareas carecieron de verdadera importancia. La tarea de redactar un temario radicó en la consignación de los temas que habrían de ser tratados. Espacios, como la coordinación, fueron comúnmente ocupados por portavoces, quienes además operaban según las pautas de programas políticos definidos. Incluso, la mayoría de las veces, los temarios se definieron a partir de lo propuesto por éstos. Cuando la coordinación fue ocupada, se apropiaba la facultad de designar un temario, de fijar de qué se habría de hablar. Cuando se pregunta qué ha sido lo decible en el movimiento piquetero, se interroga también a partir de qué programa se ha pautado qué era lo decible. La coordinación de las asambleas y consejos fue un mecanismo intensamente ligado a los regímenes de poder.

La tarea de conceder y quitar la voz no fue menos importante: regulaba el desenvolvimiento de las asambleas y consejos. En el marco de las reuniones, mientras se siguieron los temas pautados para su tratamiento, se instauraban debates; esto instituían luchas, y éstas eran reguladas por el coordinador. Los participantes solicitaron turnos para hablar y el coordinador se los concedía. Cuando el coordinador lo dispuso,

fuera por que lo consideraba prudente, necesario, agotador o lo que fuere, quitaba la palabra. (Quitar la palabra no implicó que el coordinador irrumpiese violentamente sobre el orador de turno, sino que le pedía que finalizara su intervención.) Sólo el coordinador pudo autorizar o desautorizar el uso de la palabra. El uso de esta se encontró parcialmente orientado por estrategias cuyas finalidades apuntaban a reproducir ciertos enunciados.

## **CAPÍTULO 2**

### **ESPACIO, DISCURSO Y ESTRATEGIAS ARTICULATORIAS**

#### **6. Prácticas y producción de la subjetividad**

##### **a. Operaciones discursivas**

Georges Dumézil asevera que el discurso, como toda práctica, está orientado a producir “algo en la sociedad destinado a tener un efecto y que, por consiguiente, obedece a una estrategia”.<sup>172</sup> La eficacia de los discursos, afirma Foucault, se deriva de una dimensión fáctica, tangible, una materialidad.<sup>173</sup>

Como un momento analítico propuesto por Foucault, en el sentido de indagar hacia dónde se orientan las prácticas y los procesos específicos de producción de subjetividad, se tomará el corpus conformado por el discurso del movimiento piquetero y se lo relacionará con sus prácticas, en tanto elementos extra-discursivos.<sup>174</sup>

El programa propuesto por militantes de izquierda estuvo orientado a la composición de una voluntad colectiva que habría de articularse a partir del principio unificante de la clase obrera. Este esquema, como todo programa piquetero, operó a partir de prácticas imbricadas en las relaciones de poder, dentro del cuadro de la organicidad. La articulación desde la clase propuso proyecciones representacionales que, pensadas como un “nosotros” y un “otros”, consistían en la separación analítica del espacio social. Como se advierte anteriormente, los programas piqueteros estuvieron encaminados a articular las diversas posiciones populares en torno a algún eje antagónico, como política de organización de la dispersión piquetera. La interpelación se asentó entonces en el trazado de cadenas de equivalencia.

En las prácticas discursivas, los operadores de la ideología –desde otros programas inclusive– interpelaron a los militantes del movimiento como “trabajadores” y como “clase obrera”. Este llamamiento comportó además la referencia a una otredad. Esta serie de interpelaciones y referencias se sostuvo en un juego de relaciones parcialmente dispersas: no hubo un único conflicto con otro sector social, sino varios; y

<sup>172</sup> Citado en Foucault, Michel, *La verdad y las formas jurídicas*, Barcelona, Gedisa, 1999, pág. 160.

<sup>173</sup> Foucault, *ibídem*.

<sup>174</sup> Foucault, *op. cit.*, pág. 163. Foucault, al proponer este aspecto metodológico, afirma que los procesos históricos de explotación capitalista se ejercieron sobre “la vida de las personas, sus cuerpos, sus horarios de trabajo, su vida y muerte” –lo que él designa como elementos extra-discursivos–. Pero, advierte, si se ha de estudiar los efectos de la explotación capitalista, éstos sólo los serán encontrados bajo la forma de discursos. Foucault sugiere asimismo que las prácticas, como la explotación capitalista, no requieren estar formuladas –como teorías o estatutos– en discursos. Foucault, *op. cit.*, pág. 162-163. No obstante, la insistencia con la que se describen en este escrito las operaciones programáticas se desarrolla en el sentido de elaborar un cuadro en el que se consignen las formas de estructuración de los campos de acción.



los operadores de la ideología se inclinaron a articularlos en un único conflicto estructurador, el de las clases, en el sentido económico del término. Sin embargo, este conflicto articulador no tuvo correlato en todos los casos, sino que se establecía desde condiciones apriorísticas. De acuerdo al programa desde el cual se interpelara, la otredad podría haber sido concebida ya fuere en torno a los sectores hegemónicos o a grupos sociales más concretos, como la policía, los sectores políticos tradicionales o los “vagos”.<sup>175</sup> La interpelación desde la izquierda no evadió estos referentes concretos; sin embargo, no los designó como elementos antagonistas, sino que los formalizaba dentro de un esquema escalonado que los subordinaba a los sectores hegemónicos –y los nombraban de variadas maneras, por ejemplo, imperialistas–. En este sentido, algunos portavoces definieron que las condiciones económicas y políticas habían sido ocasionadas por el imperialismo, suprimiendo de esta manera todas las instancias mediadoras concretas entre los militantes y esa entelequia.

Se ha instalado entonces un mecanismo imprescindible para la construcción de las identidades colectivas, la relación antagónica que en términos abstractos se define como nosotros / otros.

Toda cultura supone un “nosotros”, es la base de las identidades sociales. Éstas se fundan en los códigos compartidos. (...) La identidad social opera por diferencia, todo “nosotros” supone un “otros”, en función de rasgos, percepciones y sensibilidades compartidas y *una memoria colectiva común*, que se hacen más notables frente a otros grupos, con los cuales la comunicación encuentra obstáculos.<sup>176</sup>

Se interpeló a los militantes intentando equivaler obreros y piqueteros. No obstante, la fijación parcial del significante “trabajador” fue objeto de disputas. Desde el programa de la izquierda la operación discursiva buscó generar la correspondencia entre movimiento piquetero y clase obrera; es decir, que se “tomase conciencia”. Sin embargo, el mismo hecho de nombrar la clase no comportó necesariamente el surgimiento de la conciencia clasista. La construcción de una voluntad colectiva involucra la instrumentación de unos mecanismos más complejos y excede la dimensión performativa.

---

<sup>175</sup> Se define “vago”, tomando los términos de militantes piqueteros, como el antónimo de “trabajador”.

<sup>176</sup> Margulis, Mario, “Cultura y discriminación social en la época de la globalización” en Bayardo, Rubens y Lacarrieu, Mónica, *Globalización e identidad cultural*, Ciccus, Buenos Aires, 1997, pág. 46. La cursiva es mía.

Si bien los programas han operado dentro de ese todo orgánico que ha constituido la ideología, deben distinguirse diferentes agrupaciones ideológicas.

Es preciso, entonces, distinguir entre ideologías históricamente orgánicas, es decir, que son necesarias a determinada estructura, e ideologías arbitrarias, racionalistas, “queridas”. En cuanto históricamente necesarias, éstas tienen una validez “psicológica”; “organizan” las masas humanas, forman el terreno en medio del cual se mueven los hombres, adquieren conciencia de su posición, luchan, etc.<sup>177</sup>

De acuerdo a la distinción que Gramsci propone, han operado dentro del movimiento piquetero líneas de articulación “espontáneas”, es decir, acríticas; y otras, políticas y críticas; estas posiciones, como se advierte, se han sobrepuesto y confrontado.

El programa piquetero se inscribió dentro de las prácticas cotidianas en tanto que éstas constituían el marco próximo de la experiencia piquetera. El programa piquetero operó ante todo en esta esfera. El programa de la izquierda extendió el marco comprensivo piquetero. Tendió a imbricarlo con la experiencia obrera, y esto habría de implicar la apropiación del marco cultural y de la historia del movimiento obrero. La primera línea construyó piqueteros; la segunda, sujetos de clase. La creación de la clase requirió de la transformación del sujeto colectivo piquetero a clase obrera. Esta metamorfosis demandó una serie de operaciones y deslizamientos discursivos e ideológicos. La lucha entre los programas estableció los límites entre las diferentes orientaciones. Ni clase obrera ni piquetero fueron identidades que habrían de cerrarse mediante las prácticas articuladoras.

La reconversión clasista ha encontrado dialécticamente con las prácticas piqueteras, dentro de un espacio más amplio que es la cultura popular. El todo orgánico

---

<sup>177</sup> Gramsci, op. cit., pág. 45. Sobre las ideologías arbitrarias, Gramsci afirma que “no crean más que ‘movimientos’ individuales, polémicas, etc. (tampoco son completamente inútiles, porque son como el error que se contrapone a la verdad y la afirma)”. Gramsci parte del supuesto de que todos los hombres son filósofos. Esta “filosofía espontánea” está contenida en el lenguaje, el sentido común y en el folklore en tanto que “sistema de creencias, supersticiones, opiniones, maneras de ver y de obrar”. Gramsci plantea que de una determinada concepción del mundo se pasa a un segundo momento: el de la crítica y el conocimiento. Es posible asumir dos posturas diferentes con respecto a la concepción del mundo en la cual se opera: “se puede pensar sin tener conocimiento crítico, de manera disgregada y ocasional, es decir ‘participar’ de una concepción ‘impuesta’”, o bien, se puede elaborar una concepción propia de manera consciente y crítica, y “participar activamente en la elaboración de la historia del mundo, ser el guía de sí mismo y no aceptar del exterior, pasiva y supinamente, la huella que se imprime sobre la propia personalidad.” Gramsci concluye que en la medida en que se critique la propia concepción del mundo, ésta se tornará consciente. Gramsci, op. cit., pág. 7.

ideológico no se inscribió mecánicamente sobre los sujetos. Este proceso se dio lugar en las correlaciones entre las prácticas y las relaciones de fuerza discursivas. La ideología no condujo necesaria e inevitablemente a la conciencia de clase. El advenimiento de la clase habría demandado entonces dispositivos complejos; éstos podrían fomentar la reformulación de los marcos comprensivos y del correlato relacional de los discursos.

[Un dispositivo conlleva] instalaciones arquitectónicas, decisiones reglamentarias, leyes, medidas administrativas, enunciados científicos, morales, filosóficos, humanísticos. El dispositivo es la red que se establece entre esos elementos. La forma de esa red está dada por el diagrama de poder vigente en la sociedad en la que se efectúa el dispositivo.<sup>178</sup>

La articulación ideológica en el movimiento piquetero se montó en los dispositivos cuya configuración de los espacios discursivos se encontraba imbricada con los regímenes de poder. Sin embargo, no funcionó un solo esquema que haya organizado el conjunto de las prácticas piqueteras; como se verá, ha habido una proliferación de modelos, que en la lucha eran modulados por el mecanismo burocrático.

Que la discursividad se encontrara en estado de desequilibrio, como consecuencia de la división del trabajo, no constituyó un hecho azaroso. La parcial asimetría fue un producto de las modalidades de poder. Sin embargo, esto no trajo aparejado que la transmisión ideológica haya sido plenamente asimétrica; la desigualdad en los flujos no equivalió necesariamente a pasividad de los receptores hacia el discurso bajado.

#### b. El trabajo como correlato relacional

La reconstrucción de la trama piquetera se asentó en la refundación del entretejido relacional que había hecho posible la emergencia de este colectivo. La posibilidad de establecer la condición de trabajador como un referente identitario se sostuvo en la inequidad del circuito discursivo. Si las posibilidades hubieran sido ciertamente múltiples, se habría tratado de una proliferación plenamente abierta de puntos nodales. La organicidad y los programas ideológicos operaron en ese sentido: limitaron el campo de posibilidades. Los programas se desarrollaron en el sentido a anular o quebrar las brechas entre clase y movimiento o entre pueblo y movimiento. Por

---

<sup>178</sup> Díaz, Esther, *La sexualidad y el poder*, Almagesto, Buenos Aires, 1993, pág. 36.

otro lado, el urdiembre de una voluntad colectiva que se habría interpelado como obrera fue en ciertos aspectos posible al explotar la reinstauración de las relaciones entre trabajadores. A partir de los planes sociales tomados por los piqueteros, los sujetos, antaño excluidos, aislados, se reintegraron a las redes sociales del trabajo. La posibilidad de reconocerse en otro trabajador partió de la reinserción en prácticas laborales, en la recuperación de la condición misma de trabajador. Este juego relacional entre sujetos y unas posiciones objetivas, como el trabajo, fue el correlato de la emergencia de un discurso sobre los obreros. A esta incidencia no la promovió sólo el trabajo, es decir, las relaciones entre posiciones objetivas. Aducir que la ocupación de una posición en el aparato productivo conlleva mecánicamente el reconocimiento de tal posición equivaldría a la determinación en última instancia por la economía. El reconocimiento no se generó sólo en la medida en que se trabajaba, sino también en el reencuentro y consecuente reconocimiento con otros trabajadores. El trabajador recuperó o asumió su condición de trabajador en el re-establecimiento de la reciprocidad con otros trabajadores.

Este pasaje fue potenciado por los proyectos productivos implementados a partir de las horas de contraprestación exigidas a cambio de los planes sociales.<sup>179</sup> La obtención de estos planes abrió la posibilidad inmediata de la supervivencia. Es ahí donde se encontró parte del carácter novedoso de las prácticas piqueteras. Los movimientos piqueteros se apropiaron de los subsidios y también del trabajo de los beneficiarios; y esta apropiación fue primeramente colectiva.

El movimiento piquetero delineó toda una gama de proyectos en la medida que se apropiaba del tiempo de trabajo de la contraprestación. Estos proyectos se ejecutaron de acuerdo a las comisiones (aunque se han efectuado también proyectos supragrupales). La organización y ejecución de los objetivos se llevó a cabo a partir de una dinámica que se afirmaba en la autonomía piquetera y en la de cada grupo barrial. Los proyectos fueron prácticas propias y autónomas, y el Estado quedó excluido de este proceso.<sup>180</sup>

---

<sup>179</sup> El Estado puso en función la distribución de planes desde fines del segundo mandato presidencial de Carlos Menem.

<sup>180</sup> Se destaca la separación del Estado por el hecho de que buena parte del dinero a partir del cual se financiaron algunos de los proyectos productivos piqueteros había provenído de los planes sociales estatales. El problema de la autonomía de los proyectos productivos ha estado circunscrito al juego que los piqueteros sostuvieron con el Estado y a la regulación de éste sobre los planes sociales. Precisamente, el juego se ha establecido en el qué hacer con las reglas que demanda el Estado.

Cabe interrogarse si la aceptación de los planes asistenciales ha conducido a la pérdida de autonomía de los movimientos piqueteros con respecto al Estado. Como estos planes potenciaron el establecimiento de posibilidades de supervivencia para los militantes, en otro tiempo desprotegidos, la pérdida de estos recursos habría terminado en el déficit de una parte de los bienes materiales que hacían posibles estos proyectos y esta mínima supervivencia. Sin embargo, no puede plantearse a priori que haya existido sumisión con respecto a los planes, y menos aún que esta presunta dependencia económica hubiera acarreado necesariamente subordinación política.

La cuestión de la autonomía debe ser analizada en diversos planos: Desde la dimensión cultural, lo popular no puede sino concebirse en términos de relaciones estrechas con la dominante, esto es, en términos de Grignon y Passeron, una mirada desde la heteronomía.<sup>181</sup> La categoría de autonomía, de cultura autónoma, carga una arista negativa: el olvido –o la negación, en el peor de los casos– de la dominación. Tiene a su vez un lado positivo: la cultura como espacio donde se libra la lucha por la autonomía. De esta manera, la dimensión política se encuentra imbricada con la cultural. Lo político se revela como la lucha misma por la autonomía.

La autonomía no es un cerco sino que es una apertura, apertura ontológica y posibilidad de sobrepasar el cerco de información, de conocimiento y de organización que caracteriza a los seres autoconstituyentes como heterónomos. Apertura ontológica, puesto que sobrepasar ese cerco significa alterar el "sistema" de conocimiento y de organización ya existente, significa pues constituir su propio mundo según otras leyes y, por lo tanto, significa crear un nuevo eidos (forma) ontológico, otro sí-mismo diferente en otro mundo.<sup>182</sup>

Es decir, las prácticas de los movimientos piqueteros no evadieron a las relaciones de dominación establecidas con los sectores dominantes; sin embargo, se esbozaron intentos, desde esta posición de dominados, de componer nuevas miradas del mundo social que rearticulasen el conjunto de posiciones dominantes y dominadas. Se trató no de una autonomía dada, sino en estado de producción.

La propuesta de los proyectos ha sido autónoma; dependió de los mismos movimientos piqueteros en la medida en que éstos las generaban a partir de la propia evaluación de sus necesidades. Al destinar los subsidios a estos proyectos autónomos,

---

<sup>181</sup> Grignon y Passeron, op. cit.

<sup>182</sup> Castoriadis, Cornelius, "La cuestión de la autonomía social e individual" en *Contra el poder*, Madrid, [1986] 1998.

fue apropiado el tiempo contraprestado por los militantes. Si los planes sociales actuaban como herramientas clientelares instrumentadas desde la política partidaria, los movimientos piqueteros fracturaron en parte esa continuidad al usar las horas de contraprestación con otros objetivos.<sup>183</sup> De esta manera, la autonomía política del movimiento piquetero, al menos en relación al Estado, no estuvo en cuestión.

Las relaciones de producción practicadas en los movimientos piqueteros operaron en otro sentido a las capitalistas. Se cuestionó el individualismo, la competencia y la reducción de las relaciones sociales a vínculos de explotación. Por otro lado, se aplicaron nuevas prácticas “basadas en la solidaridad, en la cooperación, el respeto hacia los otros y la apreciación de las conductas personales”.<sup>184</sup>

La apropiación de la fuerza de trabajo estuvo orientada también en otra dirección. No hubo explotación. La fuerza de trabajo, si bien podría afirmarse que se trataba de una mercancía no vendida y no insertada en el aparato productivo capitalista, fue apropiada colectivamente en los movimientos piqueteros. La producción fue orientada a la subsistencia y no hacia la acumulación. Los militantes recuperaron su condición de trabajadores en su reinscripción en este circuito laboral plenamente autónomo. Esta forma de apropiación instauró nuevas relaciones sociales organizadas desde una matriz solidaria y comunitaria. Las redes solidarias no estuvieron ligadas a unos estatutos orgánicos, sino que se inscribían en relaciones sociales donde esta matriz fue el marco mismo de las prácticas. No fue un elemento formal dado de antemano, sino una experiencia.

Los modos de gestión de estos emprendimientos cooperativos con formas de decisión horizontal y colectiva permiten profundizar los espacios de democratización en las bases productivas al tiempo que evidencian el carácter parasitario de la figura del empresario capitalista. A partir de la confluencia de diversos saberes y experiencias abocados a situaciones específicas, este pensamiento colectivo se muestra como una forma avanzada de utilización del conocimiento en los procesos productivos (...) En esos encuentros se van generando novedosas formas de

---

<sup>183</sup> Podría objetarse que ha habido un traslado parcial de las prácticas clientelares hacia los mecanismos organizacionales de los movimientos piqueteros. Carlos Auyero, si bien no “defiende” al clientelismo, descubre que éste puede potenciar la emergencia de la protesta social. Auyero, op. cit. En última instancia, el clientelismo es parte de la serie de problemas que se genera en la organización del movimiento piquetero.

<sup>184</sup> Argumedo, Alcira y Quintar, Aída, “Argentina: entre la apropiación privatista y las reapropiaciones populares” en *El ojo mocho*, N° 17, Buenos Aires, 2003, pág. 55.

cooperación y elaboración de un pensamiento colectivo, que permiten el enriquecimiento y la creatividad del conjunto.<sup>185</sup>

De Certeau afirma que las prácticas populares económicas rivalizan con las dádivas del orden, “instituciones que desunen y usan a los trabajadores”.<sup>186</sup> Las prácticas económicas reconocidas se practican entre individuos, unidades abstractas, y todo intercambio se encuentra reglado por la moneda. Frente a estas prácticas, la cultura popular descubre desde los movimientos piqueteros nuevas formas de economía.

Esta práctica del *desvío* económico es en realidad el retorno a una ética sociopolítica en un sistema económico. Remite sin duda al potlach según [Marcel] Mauss, juego de prestaciones voluntarias que cuentan con la reciprocidad y organizan una red social articulada por “la obligación de dar”. Sobrevive en la [economía] nuestra, pero sobre sus bordes o en sus intersticios.<sup>187</sup>

Estas maneras de apropiarse del sistema han tendido a generar lo que de Certeau denomina “terapéutica de los vínculos sociales deteriorados” y utilizan además “técnicas de reciclaje donde se pueden reconocer los procedimientos de las prácticas cotidianas”.<sup>188</sup>

La operación colectivizadora de los movimientos piqueteros propugnó en principio la mutación de unos sujetos aislados, pasivos, descolectivizados y despolitizados en un sujeto colectivo que no sólo tendió hacia su reparación, sino también hacia nuevos dispositivos de política y de producción de subjetividad.

---

<sup>185</sup> Argumedo y Quintar, op. cit., pág. 56.

<sup>186</sup> Certeau, Michel de, op. cit.

<sup>187</sup> Certeau, Michel de, op. cit., pág. 40.

<sup>188</sup> Certeau, Michel de, op. cit., pág. LV.

## **7. La movilización y el piquete como construcción de identidades**

### **a. Entre la movilización y los cortes**

Las políticas piqueteras conmovieron el orden urbano, sobre todo por la interrupción de la circulación y la reconfiguración del cuadro de la ciudad. Por otro lado, la aparición en el espacio público consiguió la visibilización del conflicto y también su continua reactualización. Los movimientos piqueteros, en sus intervenciones en el espacio urbano, no fueron congruentes con el concepto operativo de “ciudad”.

Esta última categoría, afirma de Certeau, incluye una triple operación: la organización racional de un espacio propio; el desplazamiento de las resistencias de las tradiciones, esto es, la reformulación del espacio en vista de eliminar la posibilidad de las tácticas; y la creación de “un sujeto universal y anónimo”, en términos de una conceptualización que trascienda y licue todos sus elementos.<sup>189</sup>

Antonio Arantes analiza la visita a los museos a propósito de señalar cómo los sujetos populares resignifican los espacios urbanos.<sup>190</sup> Arantes se refiere a las visitas de museos en las cuales los visitantes usan sus componentes de maneras poco convencionales. “El ‘pueblerío’ –dice Arantes– transforma el jardín (...) en un agradable y relajado parque de deportes y diversiones.”<sup>191</sup> Lo que se pone en juego, en términos de Arantes, son marcos comprensivos contrapuestos a los instituidos.

El uso colectivo de ese monumento de un modo diverso al previsto no significa falta de comprensión, por parte del público, del significado de las inscripciones y connotaciones simbólicas hechas en él cuando fue construido. (...) No es “salvajismo” ni deseducación del pueblo (...) Ocupando el monumento a su modo, los usuarios lo transforman simbólicamente, redefiniendo las funciones de las instalaciones existentes de acuerdo a sus propias necesidades y concepciones.<sup>192</sup>

El espacio entonces fue rearticulado mediante las ocupaciones piqueteras. La ciudad adquirió una nueva fisonomía.<sup>193</sup> La ruta o la plaza dejaron de ser circuitos de

---

<sup>189</sup> Certeau, Michel de, op. cit., pág. 106.

<sup>190</sup> Citado en Alves, op. cit.

<sup>191</sup> Citado en Alves, op. cit., pág. 131.

<sup>192</sup> Citado en Alves, ibídem.

<sup>193</sup> Durante las irrupciones en las calles, los militantes se sentaron sobre el pavimento, en sobre las mismas rutas. Se concentraron en grupos. Se reunieron de acuerdo a las edades, delegaciones, grupos de pertenencia y simpatías políticas. Los grupos se encontraron en total reconfiguración, esto es, los sujetos se movían redibujando las redes comunicacionales de los espacios tomados. Los juegos, de todo tipo, se practicaron sin descanso. Jugaban al ajedrez, naipes y deportes. Llevaron los elementos necesarios, a sabiendas que el piquete era un espacio para el aburrimiento. En ese sentido, los mejores fueron las



circulación peatonal y vehicular. La permanencia, inferían los portavoces, fue congruente con la política de lucha. De eso trataron estas políticas: de permanecer. Las prácticas de ocupación se asentaron en la superposición de la dimensión espacial y la temporal. La política del movimiento piquetero comportó que el tiempo se aprovechaba en la medida en que los militantes permanecieran en los cortes. Al limitarse la ocupación a la permanencia, se producía un espacio discursivo liberado de los programas.

La ruta y la plaza devinieron en áreas de realización efectiva de otro proyecto. La zona ocupada funcionó como una red discursiva autónoma y como un espacio cultural emancipado. Lo que definió los fundamentos de este espacio fue la libertad. No ha sido un “territorio liberado” en el sentido policial (que en última instancia equivale a un concepto a partir del cual se designa un orden alternativo o disruptivo que existe por fuera del orden reconocido), sino un “territorio liberado” en el sentido político. El corte fundó la instauración y la práctica de la autonomía –en el sentido que Castoriadis le asigna al término– en un espacio físico. El corte se aproximó parcialmente a la categoría carnaval bajtiniano,<sup>194</sup> y tanta libertad proyectó conflictos.

Se ha cuestionado desde otros sectores sociales al corte y a la apropiación del espacio urbano. La protesta se definió como continuidad con la privación del otro, con el desembellecimiento de la ciudad y con el desenfreno. Llegada la columna al centro de la ciudad, las miradas se tornaban agresivas.

Señala James el componente festivo y trasgresor-carnavalesco que se manifestó en marchas y movilizaciones, destacando el papel de la burla, “la afrenta a los símbolos” atribuidos a los sectores que detentaban la legitimidad en el plano político y cultural, la “iconoclasia laica”, expresión con la que el autor intenta describir la emergencia de estos aspectos transgresores que remiten a la murga, al carnaval, al intento de burlar y transgredir los símbolos consagrados de aquello que era vivido como dominador y opresivo en las contradicciones políticas y de clase.

---

plazas. Una joven dijo refiriéndose a la toma de una plaza: “*De paso, traemos a los críos al parque*”. Y fue así. Los niños corrieron, se divirtieron, mientras los padres atendían sus asuntos. La práctica más usual fue sin dudas la conversación. Se habló de asuntos políticos, aunque también de tópicos culturales, como la ropa, la televisión, música. Se conversó de consumo. Los jóvenes discutieron sobre dónde ir a bailar y qué ropa vestir. Se charló sobre cuál chica era linda y cuál no. De cine, de fútbol, de comida. Pero las delicias fueron sin duda los chismes. Los chismes –muchos rumores, sobre todo– circularon por el espacio ocupado. Los militantes rieron. (El tiempo de los juegos y de las conversaciones se extiende a las asambleas; estos tiempos se superponen creando redes paralelas.)

<sup>194</sup> Bajtin, Mijail, *La cultura popular en la Edad Media y en el Renacimiento. El contexto de François Rabelais*, Alianza, Buenos Aires, 1994. Ver los acápites 12 y 16 al respecto de las implicaciones de la categoría de “carnaval”, según Bajtin, en los territorios ocupados.

Esta masa sale a la calle y utiliza formas de expresión no habituales en las manifestaciones obreras; es percibida como la emergencia de una otredad desafiante y agresiva, la invasión de extraños, orilleros, periféricos, la “no ciudad” de los suburbios que irrumpe con su “incultura” en zonas que no solía frecuentar y donde su presencia no resulta grata.<sup>195</sup>

La designación hacia los piqueteros como una otredad –la incultura, la no-ciudad– fue explícita; pero también actuó mediante la mirada. También a partir de la mirada desde los otros sectores –lo legítimo, el orden–, los piqueteros conjeturaron el supuesto de que se los reconocía como la otredad. El cuerpo registró la mirada; ésta atravesó el cuerpo. Es decir, el poder penetró en el cuerpo. Los insultos y la mirada inscripta sobre los cuerpos piqueteros demandaron la reoperacionalización de la ciudad.

La movilización permitió el establecimiento de un juego de relaciones reales y actualizadas; hubo en esto una fricción física, concreta, aunque cargada de sentido. La posibilidad de entablar un intercambio –del tipo que fuere– con otro grupo social tomó una dimensión fática difícil de alcanzar a través de los discursos sobre la lucha de clases. Si existían posibilidades de instaurar un espacio de conflicto –de clase o lo que fuere–, de generar diferencias concretas, éstas se nutrieron sin dudas en la coyuntura, cuyo desenvolvimiento había dirigido a unos a caminar por las calles mientras los otros los mirarían desde las veredas. En conjunto, las miradas funcionaron como una red que encerraba y confinaba a los piqueteros. Cuando esta red no podía contenerlos, cuando los piqueteros evadían el encierro, se los insultó –en este encadenamiento, los siguientes momentos son la represión policial y, eventualmente, la cárcel–.

Para identificar este otro, hasta entonces ignorado y que súbitamente se hace visible y expresivo, no se dispone de conceptos adecuados (...) se trata de restablecer el equilibrio simbólico, de descalificarlos y exorcizarlos, de volver a ubicarlos en su lugar; para ello se recurre rápidamente a analogías con el reino animal (“aluvión zoológico”), a motes racistas (los “negros”, “cabecitas negras”), o se rescata una vez más la “barbarie”, concepto que expresa el antiguo temor a los pobres y despojados, que resurge cuando amenazan rebasar las fronteras simbólicas y espaciales que les han sido impuestas.<sup>196</sup>

---

<sup>195</sup> James, Daniel, El 17 y 18 de octubre de 1945: El peronismo, la protesta de masas y la clase obrera argentina, en Torre, Juan Carlos (comp.), El 17 de octubre de 1945, Ariel, Buenos Aires, 1995. Citado en Margulis, op. cit., pág. 55.

<sup>196</sup> Margulis, op. cit., pág. 56.

Las afirmaciones de Margulis se anclan en el análisis del racismo y en los desplazamientos que ha sufrido esta categoría. Si bien el racismo aún contiene fundamentos en lo étnico, opera a partir de una mixtura de elementos más compleja: “se dirige a elementos de orden sociocultural que vinculan [lo étnico] con la pobreza y la marginalidad”.<sup>197</sup>

En aquella fricción directa comenzaron a delinearse las diferencias entre piqueteros y los otros sectores sociales. Se comenzó a generar el reconocimiento de una otredad y de un “nosotros”, al diferenciar las significaciones que se asignaban a la protesta. La mirada se ejercía, y en este acto se diferenció a los piqueteros, en términos culturales, políticos y sociales. Se sintió la no-pertenencia a una cultura que violentamente los ha excluido.

La mirada del dominante dice. Es precisamente en esas miradas y sus significados donde se reafirmó la condición de los dominantes y la condición de dominados de los piqueteros. Alabarces considera que lo popular se construye en función de una doble percepción: la mirada del dominante que señala lo dominado; y la mirada del dominado.<sup>198</sup> La militancia potenció reconocer un fenómeno del cual no se tenían certezas: la diferencia y, posteriormente, la desigualdad.

#### b. Cuerpos y represión policial

La represión policial comportó el suplicio físico de los militantes.<sup>199</sup> El conflicto y el enfrentamiento con la policía permitieron el establecimiento explícito de una otredad. Cada enfrentamiento sostuvo la redefinición de este conflicto.

Algunos militantes indicaron a la policía y sus autoridades estatales como uno de los enemigos del movimiento piquetero. Esto es, el enemigo no fue concebido como otra clase social. Ni siquiera este adversario fue pensado como “representante” de los

---

<sup>197</sup> Margulis, *ibídem*.

<sup>198</sup> Alabarces, Pablo, “Cultura(s) [de las clases] popular(es), una vez más: la leyenda continúa. Nueve proposiciones en torno a lo popular”, ponencia presentada ante las VI Jornadas Nacionales de Investigadores en Comunicación, Córdoba, octubre de 2002.

<sup>199</sup> La policía, expectante, era una señal de advertencia. Bastones tan largos que los policías debían levantar los brazos para sostenerlos. Chalecos antibalas. Cintas cargadas de cartuchos de escopeta. Lanzagranadas de gases lacrimógenos. Jinetes, también pertrechados. Toda una puesta en escena totalmente desproporcionada con la presunta peligrosidad de los piqueteros. Durante las movilizaciones callejeras, una camioneta cargada de policías armados con escopetas seguía a la columna. Otros muchos más los miraban, ubicados en otros puntos de la ciudad. La amenaza, a veces, era explícita: durante una movilización, mientras las columnas de la CCC movilizaban por las calles céntricas de San Salvador de Jujuy, un policía levantó su cabeza y mostrando el cuello deslizó el dedo índice sobre su garganta.

intereses de otra clase.<sup>200</sup> Sólo fue concebido como enemigo aquel grupo con el cual el conflicto era directo. Si bien estos sectores, con quienes se enfrentaban los piqueteros podrían haber sido representantes y defensores de los intereses de una clase dominante (desde una postura extrema), la noción de lucha de clases, no fue una idea siquiera concebida. La amenaza de represión policial que se cernía sobre los militantes piqueteros fue aceptada como un hecho fundado en la coyuntura o en el acontecimiento. Es decir, que esta amenaza ha sido una jugada que habría realizado el gobierno como estrategia de lucha contra los piqueteros en aquel momento; no fue considerada necesariamente por los militantes piqueteros como una inherencia histórica a las relaciones sociales. El conflicto es una correlación reconocida. Pero estas relaciones no fueron pensadas necesariamente como luchas de clases, ni siquiera fueron pensadas como interclasistas, sino sólo como enfrentamientos. La formación de una otredad y de un enemigo, entonces, funcionó independientemente de un principio determinante único que haya generado un cierre sobre estas relaciones de conflicto.

---

<sup>200</sup> En este sentido, el Estado, en términos gramscianos, no representa los intereses de la clase dominante sino que opera a modo de integrador de los intereses de la clase hegemónica y las clases subalternas en el marco de un proyecto totalizante. Es innegable que tanto la policía como otros funcionarios públicos han operado como elementos que refuerzan la hegemonía. Ver al respecto: Mouffe, op. cit.

## **8. Las disposiciones y las articulaciones espaciales**

### **a. Juegos de espacio y discurso**

La diagramación del espacio discursivo sobre un espacio físico pudo partir de una instalación arquitectónica previa, o de un espacio cuyas posiciones no hubieran sido designadas aún.<sup>201</sup> La ocupación del espacio físico, sobre el cual se habrían de imprimir las diferencias orgánicas, se basó entonces en finalidades estratégicas.<sup>202</sup> Este esquema pudo abreviar por ejemplo en fines ópticos; es decir, en una operación orientada a la optimización del trabajo de la mirada.

La correspondencia entre las posiciones del espacio físico y del espacio discursivo pudo ser subvertida. Que las posiciones que componían el espacio físico fueran fijas –inevitablemente cerradas– no canceló la posibilidad de unos movimientos que redistribuyesen la organicidad en la cuadrícula física.<sup>203</sup>

### **b. Movilizaciones**<sup>204</sup>

Las políticas de ocupación del espacio urbano contuvieron una doble política: una táctica, la puesta en escena de lo piquetero; y otra estratégica, la organización de esa ocupación. La apropiación y la disposición de lo visible y lo enunciable estuvieron orientadas a partir de una dinámica a la vez centrípeta y centrífuga; como un proceso único orientado al ejercicio del poder.

Las disposiciones espaciales que configuraban las movilizaciones correspondieron a tres modelos: la disposición organizada a partir de cuerpos fijados en

<sup>201</sup> Éste fue el caso de salones de diseños superficiales rectangulares y un mismo nivel de piso.

<sup>202</sup> Puede tomarse el caso de un anfiteatro: el principio a partir del cual se edificó se fundaba en separar el espacio del espectáculo y el espacio de los espectadores. El espacio físico previo a una movilización callejera, por el contrario, no tuvo una diferenciación topológica previa al desplazamiento de los militantes. Desde el punto de vista de la circulación sí fue diferenciado; se separó en dos posiciones: una posición para los vehículos y otra para los peatones.

<sup>203</sup> Piénsese el ejemplo de una instalación en cuyo extremo fue montado un escenario; éste fue ocupado por los portavoces. Los militantes de base se ubicaron en el sector correspondientes a los espectadores. En una asamblea de la CCC, el portavoz descendió del escenario, se dirigió al extremo opuesto y tomó la palabra. Los espectadores dieron la espalda al escenario y miraron al portavoz. El espacio físico no fue mutado, de ninguna manera; sin embargo, el principio según el cual esa instalación era erigida (la división estricta del emplazamiento para el espectáculo y la ubicación de los espectadores) fue alterado. El principio que se reinstauró a partir del desplazamiento del portavoz fue el de la organicidad. Puede tomarse también el caso de las asambleas de jóvenes: éstas tuvieron su propia dinámica y su particular uso del espacio físico. La dinámica discursiva y la organización del espacio se reformuló cada vez que ingresaba un portavoz “grande”. Que éste tomase la palabra llevó en sí que las posiciones físicas ingresasen en una tensión entre dos planos –el “joven” y el “grande”– que se resolvía siempre hacia el plano “grande”. La entrada del portavoz “grande” disolvió la configuración de las asambleas juveniles en a partir del principio de la organicidad.

<sup>204</sup> Se analizan en este apartado las movilizaciones de la CCC y la CTA.

forma celular; y otros dos, cuya adición de cuerpos no obedeció a la sujeción celular.<sup>205</sup> El primer modelo remitió inmediatamente a una columna militar. Los militantes se dispusieron en filas paralelas. La posición del cuerpo también tuvo sus lineamientos: los brazos, extendidos hacia abajo, sostenían un palo, cuyos extremos se tocaban con el del militante de al lado. Las filas se mantuvieron a lo largo de la marcha. Cada cuerpo, a partir de esta disposición, ocupó un lugar identificable en el conjunto. No hubo un amontonamiento de cuerpos: cada cuerpo en su lugar.

La organización del segundo modelo radicó en la distribución de los cuerpos en el espacio ocupado distanciándolos entre sí. Esta repartición hizo plausible la cobertura de grandes áreas. Los militantes se desplazaron sin maniobras físicas; aunque sí cantaban. Esta modalidad implicó un desplazamiento tranquilo.

El tercer modelo consistió básicamente en el amontonamiento de militantes: se organizaba una masa compacta de militantes, sin distancia entre ellos; los cuerpos se rozaron, se tocaron y se friccionaron. Su principio de construcción arraigó en la configuración de un conjunto potente del cual emanasen cánticos estruendosos y se mostrase físicamente potente. Los militantes avanzaron saltando y cantando. La movilización estuvo orientada a ejercer el poder hacia fuera de la movilización a partir de la mostración de un cuerpo piquetero enérgico.

La diferencia que se establece entre los modelos es que el primero, ligado a una organización militar, destacaba el aspecto disciplinado de la “turba”; el segundo, el aspecto ruidoso y voluminoso; y el tercero, el aspecto apasionado. El fin, no obstante, era el mismo: ejercer el poder a través de la toma de la palabra y la mostración de los cuerpos.

Como excepción a estos modelos, la CCC organizó en una ocasión la columna de una movilización fraccionando el espacio físicamente. Alrededor de la columna, rodeada por la malla de seguridad, se dispuso superpuesto a ésta el extendido de sogas que la encerraban. Esta línea, que dividía la CCC y su exterior, operó en conjunto con otras. Estas otras líneas de sogas recorrieron la columna transversalmente. Estas líneas dividieron la columna de acuerdo a las zonas en las que el movimiento se subdividía.

---

<sup>205</sup> El concepto de fijación celular es tomado de Foucault. Éste propone que las prácticas disciplinarias operan también sobre la organización del espacio. Sobre todo, Foucault destaca que la disciplina organiza espacios útiles. Esto se consigue descomponiendo aglomeraciones y asignando a cada sujeto una posición específica e individual. “La primera de las grandes operaciones de la disciplina es, pues, la constitución de ‘cuadros vivos’ que transforman las multitudes confusas, inútiles o peligrosas, en multiplicidades ordenadas”. Foucault, Michel, *Vigilar y castigar*, Siglo Veintiuno Editores, 1999, pág. 151-152. No obstante, este tipo de configuración espacial implementada por los piqueteros ha obedecido más a la organización de la visibilidad que a procesos de disciplina.

Cada militante debió localizarse en su zona. Si bien ésta fue una consigna que siempre se invocaba, en aquella ocasión los grupos tenían límites físicamente fijados. Sin estas limitaciones físicas, los militantes circularon por los distintos puntos de la columna.

Como fuere que se configurase el espacio de la movilización, se instrumentó un mecanismo de defensa: una malla de protección que se designaba con el rótulo de “seguridad”. Se trató de una cadena de militantes, orientada a proteger la seguridad física de los militantes (en particular en situaciones de excepción, esto es, represión por parte de las fuerzas de seguridad), que rodeaba la columna de la movilización. Los militantes que “hicieron” (sic) la seguridad eran en su mayoría delegados específicamente para este fin –la seguridad fue en sí misma una procuración–. La seguridad, en tanto que red, se extendió por los márgenes de la columna. Desde esta serie de posiciones se encerró a la movilización: en este caso, se limitaba el campo de acción físico.

Se pretendió que la seguridad controlase a los militantes, que éstos no se desviasen en sus haceres. En efecto, si se reaccionaba ante insultos o si no se circulaba por los circuitos predeterminados de desplazamiento para la columna, la seguridad debió controlar esos desvíos. Esto no correspondió a prácticas con fines punitivos o normalizadores, sino que se buscaba optimizar la seguridad del conjunto de los militantes y la ligazón física de la columna; es decir, se procuró impedir la dispersión física. El ejercicio de la mirada tuvo entonces otros fundamentos diferentes a los disciplinarios.

La urdiembre del espacio de las movilizaciones se entrelazó también a partir de principios diferenciadores orgánicos. Los portavoces movilizaron habitualmente concentrados en un solo punto de la movilización: el frente de la columna. Se bosquejó la movilización a manera de una trama fuertemente centralizada. Las relaciones que se establecieron entre ambas fracciones de la columna eran totalmente desiguales: desde el frente se designaron las consignas a seguir en la movilización; se indicaron los cánticos a entonar y la ruta a seguir.

La movilización, en tanto que espacio de reproducción discursiva de representaciones ya elaboradas, recreó un modelo de espacio discursivo aplicado en otras políticas del movimiento piquetero. La distribución en el espacio tejió una red que obedecía a la reproducción de los intercambios desiguales orgánicos. Se proyectó practicar la operación de redes que abarcasen todo el espacio de la movilización, que a partir de tramas desiguales potenciasen una movilización efectivamente. Esto es, el uso

de la mirada y la red que se desempeñaba como soporte de ésta estuvieron orientados a conseguir efectos hacia fuera de la movilización.

### c. El piquete y la toma de la plaza<sup>206</sup>

El piquete y la toma fueron prácticas que funcionaban diferentemente a la movilización. La efectividad de ésta última, dentro del marco de la toma de la palabra y la mostración del cuerpo piquetero, dependió de la intensidad de la movilización. La efectividad de un piquete estribó en la permanencia de los militantes en éste.

A lo largo de las permanencias en estos espacios públicos tomados, el movimiento se encontró físicamente fragmentado. La división en múltiples grupos sostuvo la ocupación de espacios extensos.

Los piquetes y copamientos conllevaron la operacionalización de redes grupales y supragrupales, organizadas descentralizadamente. La construcción de los grupos y las redes no obedeció a un único principio determinante; los grupos y las redes se rearticulaban continuamente en base a múltiples fundamentos.

El control de la asistencia fue un momento de reconfiguración de las redes. En estos casos, los integrantes de los grupos se cerraron en rondas. Cada grupo retiró las miradas ejercidas sobre el conjunto del movimiento para ejercerlas hacia el interior de su grupo; la mirada no se canceló, sólo se modificó la diagramación de los flujos. El control lo efectuó un portavoz u otro delegado. El control de la asistencia reinstaló el problema de las tramas desiguales. Si bien el piquete y la toma de las plazas eran prácticas que establecían posibilidades de instaurar espacios horizontales, la toma de la asistencia desarticuló esas redes en un doble juego: las aislaba y las centralizaba. Esto es, rompió el conjunto horizontal y asentó una serie de redes microscópicas centralizadas en los portavoces.

### d. Consejos y asambleas<sup>207</sup>

Las asambleas y consejos fueron físicamente instaurados a partir de dos figuras geométricas: el círculo y el semicírculo. (No debe pensarse que estas formas han sido puestas en juego exactamente, el uso de las categorías circular y semi-circular obedece a

---

<sup>206</sup> Se toman en el análisis los eventos llevados a cabo en general por la CCC y la CTA, y sobre todo la participación durante la protesta por la liberación de los militantes detenidos de la CCC en septiembre de 2002.

<sup>207</sup> Se toman en este caso la participación en las asambleas de la CCC y conversaciones con militantes de la CTA.



la formalización analítica de estos espacios.) Los militantes –los cuerpos– se dispusieron según estos cánones.

La distribución circular físicamente equilibrada de los cuerpos fue sólo un caso que se encontraba en los consejos. Si bien existieron dentro de los consejos sujetos más influyentes que otros, la diferencia de poder entre los portavoces no se halló distanciada entre unos sujetos y otros, como sucedía en las asambleas. En éstas últimas, el poder se encontró distribuido desigualmente. Por esto, al estar integrados por militantes en pugna y con escasas diferencias entre sí, la asimetría no fue una fase concluida, sino un momento en construcción y reformulación continuas. (Debe observarse que las asambleas también fueron espacios de disputas. Las distancias entre los militantes en las asambleas permitieron montar un espacio desigual con dos grupos de posiciones bien diferenciados.)

En los diagramas semicirculares sólo los delegados ocuparon las posiciones céntricas. Desde el perímetro del semicírculo hacia el centro –considerando centro el punto medio del círculo– fue ocupado por los militantes de base. El centro fue tomado por los portavoces. Cada vez que las asambleas se realizaban en un anfiteatro, los portavoces tomaron el escenario. El anfiteatro permitió a los portavoces mirar sobre el conjunto de los militantes. El hecho de que se trataba de un espacio edificado en crecientes grados de altura hizo posible mirar sobre el conjunto total de las bases. En este sentido, se invirtió el anfiteatro.

A partir de la disposición teatral, se ubicó a los portavoces en el escenario. El espacio discursivo, entonces, estuvo erigido de tal manera que la construcción física del espacio fuera congruente con el espacio discursivo. Hubo entonces congruencia en el uso del espacio y discurso.

Sin embargo, el principio del panóptico fue invertido: los mismos portavoces son puestos en escena.<sup>208</sup>

#### e. Sobre la estructura física y la mirada

---

<sup>208</sup> En El ojo del poder, una entrevista con Jean-Pierre Barou y Michelle Perrot, Michel Foucault define el principio del panóptico: “en la periferia un edificio circular; en el centro una torre, ésta aparece atravesada por amplias ventanas que se abren sobre la cara interior del círculo. El edificio periférico está dividido en celdas, cada una de las cuales ocupa todo el espesor del edificio. Estas celdas tienen dos ventanas: una abierta hacia el interior que se corresponde con las ventanas de la torre; y la otra hacia el exterior, que deja pasar la luz de un lado al otro de la celda. Basta pues situar un vigilante en la torre central y encerrar en cada celda un loco, un enfermo, un condenado, un obrero o un alumno”. Foucault, Michel, “El ojo del poder” en Bentham, Jeremías, El panóptico, Ediciones La Piqueta, Barcelona, 1980.

Algunas de las instalaciones arquitectónicas instrumentadas por el movimiento piquetero no guardaron funcionalidad alguna con dispositivos orientados a finalidades ópticas. No siempre fue posible ejercer la mirada sobre todos los puntos del espacio, es decir, sobre el conjunto de los cuerpos. Múltiples fragmentos de espacio escaparon al dominio de los sectores influyentes.

Los espacios arquitectónicos usados fueron poliformes y de figuras irregulares. Sólo unos pocos espacios fueron ópticamente ventajosos; pero los espacios físicos circulares y semicirculares eran sólo unas pocas excepciones.

Hubo, por otra parte, diferentes usos del espacio. Las instalaciones no estuvieron necesariamente pensadas para instrumentar la vigilancia. El uso de los anfiteatros, por ejemplo, estuvo relacionado con la necesidad de encontrar espacios amplios que albergasen el numeroso conjunto de militantes. A partir del uso de un anfiteatro fue posible organizar los cuerpos de tal manera que los militantes ubicados en las gradas pudiesen mirar sobre los portavoces. En un anfiteatro, con capacidad para varios centenares de militantes, no fue posible una localización de los cuerpos con fines panópticos; fue a la inversa. A partir del uso de este tipo de espacio arquitectónico, operaron objetivos de tipo discursivo y mecanismos ópticos que invertían el principio del panóptico. Hubo una aplicación congruente con los principios del anfiteatro: en el escenario fue puesto un espectáculo que era mostrado a los militantes. No fueron los militantes los que eran observados –que sería coherente con las premisas del panóptico–. Hubo una puesta en escena de lo piquetero para los militantes piqueteros. En estos espacios se emplazaron y fijaron los cuerpos en un solo lugar impidiendo su movilidad. Pero no se los fijó para ser mirados, sino para que mirasen; había sujetos puestos en escena, y éstos no estaban ahí para vigilar, sino para ser mirados y escuchados.

La dinámica de la mirada en los movimientos piqueteros abrevó en que los espacios discursivos reconocidos del movimiento piquetero estaban proyectados de tal manera que los militantes influyentes, ubicados en los sectores desde donde la mirada podía ser ejercida sobre el conjunto de los militantes, estaban al mismo tiempo siendo ofrecidos como espectáculo, eran puestos en escena. Éste fue uno de los basamentos de la microfísica discursiva del movimiento piquetero. Las redes del entramado piquetero conllevaron cierta bidireccionalidad, aunque ésta haya sido sólo una consecuencia dentro del intento de articulación ideológica.

## **9. Cierres y aperturas en el discurso**

La actuación de lo visible y lo decible en los movimientos piqueteros se asentó sobre cierres parciales y hiatos. Entre los diferentes elementos de una serie compleja de categorías subyacieron rupturas. De esta manera es necesario no equiparar los enunciados piqueteros con las identidades de los militantes. Se evitará así riesgo de una reducción de las prácticas políticas piqueteras a lo representado orgánicamente. Esto es, lo que reconocidamente practican y dicen los piqueteros no agota las posibilidades piqueteras.<sup>209</sup>

De esta manera, Luigi Lombardi Satriani asevera que deben diferenciarse conceptualmente los elementos culturales populares de aquellos elementos sugeridos por militantes de las “fuerzas de izquierda”.<sup>210</sup> Los supuestos de la izquierda “testimonian un preciso compromiso de clase” y, afirma Lombardi Satriani, “son propuestos como si fuesen folklóricos, como si también (...) constituyeran elementos de las clases subalternas”<sup>211</sup>. A partir de esta diferenciación, se evita el peligro de identificar intelectual de izquierda y sector subalterno.

Lombardi Satriani considera a los componentes de la cultura popular como prácticas de impugnación. Un elemento cultural impugnador es “una forma cualquiera de contraposición de documentos, de textos, de testimonios, con una intención antagónica, tanto explícita como implícita”<sup>212</sup>. Dentro de los niveles de refutación se encuentra el de impugnación inmediata con rebelión, explícita o implícita, frente al statu quo.<sup>213</sup> Este nivel consiste elementalmente en el llamado a la rebelión contra las injusticias. Esta rebelión no se agota en la demanda de un presunto resarcimiento: radica fundamentalmente en la expresión de contraposiciones explícitas.

---

<sup>209</sup> En este sentido, Gabriela Karasik afirma: “La ‘necesidad de nominación’ actúa sobre los antropólogos a través del espejismo del nombre, que sólo ven ‘identidades’ cuando hay etnónimos y discursos sobre ellos”. Karasik, Gabriela, (Comp.) “Introducción. Fronteras de sentido en el Noroeste: identidades, poder y sociedad” en *Cultura e identidad en el Noroeste argentino*, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1994, pág. 9.

<sup>210</sup> Lombardi Satriani, Luigi Maria, *Apropiación y destrucción de la cultura de las clases subalternas*. Editorial Nueva imagen, México, 1978, pág. 14.

<sup>211</sup> Lombardi Satriani, ibídem. En este caso, como en parte de la obra de pensadores gramscianos, se designa “folklore” a la cultura popular.

<sup>212</sup> Lombardi Satriani, Luigi Maria, *Antropología Cultural. Análisis de la Cultura Subalterna*. Editorial Galerna, Buenos Aires, 1975, pág. 129. Debe destacarse asimismo que Lombardi Satriani no pierde de vista la posibilidad de que la cultura popular contenga una dimensión adaptativa o narcotizante. El autor considera que ciertas prácticas son propias tanto de la cultura popular como de la hegemónica. Entre estas prácticas, Lombardi Satriani desarrolla particularmente la cuestión en torno a la “inferioridad” de la mujer y la “necesidad” de la autoridad.

<sup>213</sup> Lombardi Satriani, ibídem.

a. Canciones<sup>214</sup>

Paguen los planes,  
la puta que los parió.

Olé, olé,  
olé, olá.  
Para el gobierno,  
la cárcel ya.  
Para los presos  
que le den la libertad.

Todo este pueblo  
que hoy corta la ruta  
no se resigna  
y sale a luchar.  
Contra el gobierno de ajuste  
y de entrega,  
llevamos la bandera  
del Perro Santillán.  
Es la Corriente,  
que no se banca ésta,  
que lucha contra el hambre  
y la desocupación.  
Y que pelea,  
pelea una salida  
para nuestra Argentina  
y la liberación.  
Por eso yo te quiero dar  
algo de corazón,  
que se llama Argentinazo  
para la liberación.

---

<sup>214</sup> Selección de canciones de la CTA y la CCC.

Con los milicos  
creció la deuda externa.  
Con Carlos Menem,  
la desocupación.  
Ahora, Duhalde,  
seguís con el ajuste,  
el Fondo Monetario  
y la desocupación.

Libertad, libertad,  
a los presos por luchar.

Policía, policía,  
yo te quiero preguntar:  
¿cuando te bajen el sueldo,  
de qué lado vas a estar?

A ver, a ver:  
¿quién dirige la batuta?  
El pueblo unido  
o el gobierno hijo de puta.  
Yuta, puta.

Piqueteros, carajo.  
Piqueteros, carajo.

Que se vayan todos,  
que no quede  
ni uno solo.

Todos pensaron  
que nos habían cagado  
porque estábamos desorganizados.

Pero ahora, con lucha y con paciencia,  
se ha formado  
la nueva resistencia.  
Luche, CTA.

Vamos, los pibes  
ponga huevo y vaya al frente,  
que se lo pide, se lo pide la gente.  
Una bandera que diga Che Guevara,  
una Casa Rosada para poder quemar.  
Matar un yanqui,  
también un policía,  
y en toda la Argentina,  
se armó el carnaval.

Para que el mundo se entere  
que la Argentina es rebelde,  
que este pueblo se la banca  
y enfrenta la represión.  
Que en cada ruta cortada  
y en cada nueva poblada  
crece la liberación  
Oh, oh.  
Vamos a matar al Cabezón.

Somos la juventud del Argentinazo,  
la que pelea por tierra, pan y trabajo.  
Vamos a echar a Duhalde de la Rosada.  
Vamos a quemar todo y no dejar nada.  
Soy piquetero.  
Quiero ser gobierno.  
Hoy salgo a luchar  
por un gobierno popular.

Si Evita viviera,  
sería piquetera.

De la misma forma que otros mecanismos representacionales, las canciones llegaron en gran medida a los militantes de base como producto y no como proceso. Siguiendo con el planteo de Lombardi Satriani, puede proyectarse el cuestionamiento acerca de la popularidad de estas canciones. Por supuesto, esto no comporta que éstas no hayan sido apropiadas y reproducidas por las bases –esto es, traducidas en prácticas–.<sup>215</sup> La posibilidad de la re-apropiación de las canciones partió en gran medida de que su correlato lo constituían relaciones conflictivas reales.

Hubo en las canciones referencias hacia un “otros” y hacia un “nosotros”; la diferenciación es notable.<sup>216</sup> Las canciones, asegura Lombardi Satriani, indican con suficiencia “el reconocimiento de una nítida contraposición”.<sup>217</sup> Sin embargo, la apropiación y la traducción en prácticas de los discursos –como momentos de la práctica articuladora– no han dividido por sí mismos el plexo social en grupos diferentes, opuestos y enfrentados. Que se haya reconocido tal contraposición no fue simplemente producto de los discursos, canciones incluidas. Lo que ha permitido la construcción discursiva de un campo social múltiplemente fracturado fue la correlación entre los conflictos –relaciones que no han sido necesariamente designadas como desiguales– y los discursos. Fueron las relaciones en las que los sujetos estaban insertos –juego mucho más extenso que la militancia piquetera– las que en un proceso de sobredeterminación permitieron la emergencia de un antagonismo fundamental –parcialmente, por supuesto–. Las canciones operaron como mecanismos de interpelación sumamente múltiples. De esta manera, la correlación entre relaciones de

---

<sup>215</sup> Stuart Hall toma el esquema marxiano de la producción de la mercancía para indagar el circuito productivo de los medios masivos de comunicación, particularmente, la televisión: producción, circulación, distribución / consumo y reproducción. Cada uno de los diferentes momentos de este modelo puede analizarse en su especificidad. Asimismo, el conjunto del esquema puede leerse en términos cíclicos y dialécticos; dado que éste puede o no reproducirse, dadas las relaciones entre los códigos de codificación y decodificación. Hall afirma que para que el circuito sea completo y efectivo el discurso debe ser transformado en prácticas; aunque antes de que este discurso tenga efectos (sea “puesto en uso”) “debe primero ser apropiado en tanto que discurso significativo y ser decodificado significativamente. Es este conjunto de significados decodificados lo que ‘tiene efectos’”. Hall, op. cit., pág. 128-130.

<sup>216</sup> La otredad, identificada plenamente a partir de ciertos vocativos como “gobierno” o “policía”, se expresa además por metonimias y metáforas a partir de términos como “paguen los planes”, “que se vayan todos”, “yanqui”, “milicos”, “la Rosada”. “Piqueteros” es el “nosotros”; que se expresa, también metonímica y metafóricamente a partir de “presos”, “pueblo”, “Perro Santillán”, “liberación”, “resistencia”, “Che Guevara”, “carnaval”, “rebelde”, “pueblada”, “gobierno popular”, “Evita”.

<sup>217</sup> Lombardi Satriani, op. cit., pág. 145. Estas contraposiciones se manifiestan en las canciones que analiza el autor en los términos dicotómicos de “débiles” y “poderosos”, y “ricos” y “pobres”.

conflicto dispersas y principios de interpelación diversos fue la condición de posibilidad de la articulación a diferentes cadenas de equivalencia. Las canciones piqueteras expresaron diferentes posibilidades de antagonismos: mostraron los límites de una reducción plena de la heterogeneidad. El límite radicó en que si bien se expresaba el conflicto con el Estado y sus operadores, políticos, policías y acreedores extranjeros; este agrupamiento unificado discursivamente no agotó las posibilidades relacionales. Esta unificación no llevó en sí una relación de uno a uno. Al intento de construir simbólicamente al otro como indivisible y transparente se le resistió la imposibilidad de la cadena de equivalencia de dar cuenta de tensiones que escapaban al antagonismo fundamental. El ámbito de las canciones constituyó un terreno indecidible: operó simultáneamente como posibilidad de fijar el sentido y como posibilidad de subvertirlo.

El sentido reconocido entonces pudo ser subvertido si este sentido global –que tendía a ser equivalencial– era desgajado. Estos referentes pudieron ser agrupados según otros principios unificantes; o bien, pudieron agruparse sentidos sin unificarlos, tomando sólo uno o alguno de todos ellos. Los antagonismos resultantes pudieron ser múltiples; y abrevaron en un juego donde además del discurso piquetero oficial operaban otras interpelaciones y prácticas. Una mujer, interpelada como madre, que trabajase en un comedor y tomase como referente a Eva Perón, pudo definir su antagonista en los responsables de la hambre sufrido por los niños. Un joven, que sufriese abusos por la policía pudo definir su antagonista en las fuerzas policiales. La emergencia de diferentes sujetos colectivos no pudo obedecer a un principio único; sino a las diferentes posiciones de sujeto que atravesaban el plexo piquetero. Esto se debió más a la multiplicidad de posiciones de sujeto y a las diferentes interpelaciones que a una presunta ambigüedad del discurso piquetero. Este discurso no fue ambiguo, fue polisémico. Lo que caracterizó a los antagonismos que se desplegaban fue su anclaje en juegos relacionales específicos. Las canciones mostraron los límites del movimiento piquetero para unificar la dispersión de los conflictos en un antagonismo que lo trascienda.

#### b. Banderas

La representación de los movimientos piqueteros contuvo también un fuerte anclaje en lo icónico.



Los símbolos, emblemas o insignias partidarias ponen en juego dos cuestiones fundamentales. En primer lugar, son una condensación del mensaje que opera de manera conjunta para una rápida transmisión de sentido (...) En segundo lugar, pueden ser el nexo entre lo individual y lo grupal pivoteando sobre lo emotivo (...) Transmiten un sustrato de manera fuerte y focalizada, que junto con el discurso oral, busca despertar un sentido de pertenencia al grupo. Por su forma de impacto, la gramática de la comunicación política debe tener dos características: ser de fácil comprensión, y, en lo gráfico, contener elementos de composición de los íconos de amplia capacidad asociativa.<sup>218</sup>

Las banderas del movimiento piquetero, con una sola excepción, reprodujeron una representación unívoca de lo piquetero: el militante en un corte. En este sentido, puede citarse uno de los procesos que Martínez describe: el desplazamiento, a fines de la década de los veinte, de ciertas herramientas, como “la escuadra, la cuchara del albañil, la maza, la paleta del pintor” –en tanto que símbolos del trabajo– y la cristalización, en detrimento de éstos, del martillo y la hoz.<sup>219</sup> Las banderas, sobre las cuales se escribieron las procedencias de los militantes –organizaciones, zonas, barrios–, estaban dibujadas junto a representaciones icónicas de militantes con gorras –para protegerse del sol–, con pañuelos para cubrirse la cara hasta los ojos (para evitar ser identificados por las fuerzas de seguridad y como parte de una retórica que había presentado desde el llamado Subcomandante Marcos y los primeros piqueteros) y con algunos de los instrumentos para su defensa: gomera o palo. El dibujo a veces se completó con un fondo trazado a partir de gomas en combustión –como elemento físico que hacía posible el corte– sobre la ruta. Esta fue una representación estereotípica de piquetero. (Este esquema se acompañó también con dibujos que representan montañas, esto es, una locación geográfica, también estereotípica, de la provincia de Jujuy. Doble proceso de simbolización metonímica entonces: se substituyó lo jujeño y lo piquetero en una sola operación.)

Hubo un caso único de bandera, pintada por militantes de la CCC, en la cual se dibujó un militante en una huerta con herramientas para ejercitar la agricultura. El dibujo del piquetero que se mostró en esta bandera era el de un piquetero que trabajaba y no la de un piquetero que estuviese cortando la ruta. Esta bandera desbordó las representaciones de lo piquetero. No obstante esta excepción, las banderas enunciaron

<sup>218</sup> Martínez, Margarita, “A diestra y siniestra. Un análisis de los símbolos políticos del Partido Comunista Argentino y la derecha nacionalista 1920-1950” en *Zigurat* Número 3, octubre de 2002, La Crujía, pág. 122.

<sup>219</sup> Martínez, op. cit., pág. 123.

que los piqueteros cortaban la ruta. Al confeccionar las banderas, los movimientos piqueteros sustituyeron el conjunto de los significantes posibles por uno que los equivalía.

Finalmente, también se enarbolaban banderas con símbolos tomados de los partidos comunistas: el ícono de la bandera de la Unión Soviética, la hoz y el martillo; o los rostros de ciertos líderes, como Mao y Ernesto Guevara. Estas representaciones indicaron la agrupación aunque no la necesaria articulación de las consignas de los partidos de izquierda en la movilización piquetera.

Este proceso de construcción de lo icónico no actuó en este caso como una simple “condensación del mensaje”, sino que se desempeñó como un elemento dentro de una compleja construcción discursiva que tendía a la formación de cadenas de equivalencia. Este nexo entre “lo individual y lo grupal” en el movimiento piquetero funcionó como la relación que Žižek describe en torno a lo Universal y lo Particular.

Toda noción ideológica universal siempre está hegemonizada por algún contenido particular que tiñe esa universalidad y explica su eficacia (...) El universal adquiere existencia concreta cuando algún contenido particular comienza a funcionar como su sustituto.<sup>220</sup>

El tratamiento de la iconicidad piquetera fundó un caso único: exceptuando el caso del agricultor, que sintomáticamente designaba el desacuerdo e impedía el cierre parcial, se encontró un ícono que sustituyó el complejo y múltiple campo piquetero. La eficacia de este sustituto ha sido considerable: no fue cuestionado.

La equivalencia del colectivo piquetero por el signifiante “sujetos que cortan la ruta” generó un tipo de práctica mecanicista. El nombre engendró toda una serie de prácticas a partir de una asociación a priori, a partir de la eficacia parcial del sustituto.<sup>221</sup> De esta manera, la lectura piquetera sobre su experiencia devino de discursos e

<sup>220</sup> Žižek, Slavoj, “Multiculturalismo, o la lógica cultural del capitalismo multinacional”, en Jameson, Fredric y Žižek, Slavoj, Estudios culturales. Reflexiones sobre el multiculturalismo, Paidós, Buenos Aires, 2005, pág. 137-139. La propuesta de Žižek, que se contextualiza en el análisis de las luchas ideológicas en torno a la hegemonía, guarda una importante relación con las cadenas de equivalencia de Laclau y Mouffe.

<sup>221</sup> A los militantes reticentes a realizar cortes se les replicó: “¿Acaso no somos piqueteros?”. Resulta interesante, en el marco de un análisis en torno a la fosilización de la identidad piquetera, indicar que los militantes piqueteros se han referido en gran medida a los piquetes como “cortes”. Designación que no ha alterado la identidad preestablecida: la sustitución del signo que les había dado nombre se ha cancelado a partir del reconocimiento de la sustitución. Esto es, cuando los militantes reconocieron la falta de uno de sus significantes, “piquete”, inmediatamente éste era reinstalado. Uno de los militantes dijo: “[Ellos, lo que no pertenecen al movimiento piquetero] le dicen ‘piquetes’, pero nosotros les decimos ‘cortes’”. Inmediatamente otro le replicó: “¿Pero acaso no somos piqueteros? ¡Piqueteros, carajo!”.

identidades ya establecidos; las metanarrativas que constituían los marcos comprensivos piqueteros estuvieron orientadas a funcionar en gran medida como la fijación de los campos de acción.

### c. El vestido y los cuerpos

Roland Barthes afirma que el vestido se “comporta siempre como un elemento señalético, en la medida que cualquier función es por lo menos signo de sí misma”.<sup>222</sup> Ese intercambio entre la función y el signo se encuentra, afirma Barthes en diversos objetos culturales.<sup>223</sup> “No hay objeto normalizado (estandarizado) que esté totalmente agotado por una praxis pura: todo objeto es también un signo”.<sup>224</sup> Desde el momento en que los objetos son estandarizados, no habría que hablar de funciones sino de “funciones-signos”.

Los militantes piqueteros vistieron pañuelos, vinchas, pecheras, gorras. Si bien el vestido participó de la representación de lo piquetero, al no haber sido usadas estas indumentarias por el conjunto piquetero, sólo puede plantearse una sustitución parcial.

Predominaron las remeras con el rostro de Ernesto Guevara. Este rostro se asoció a significantes lucha, rebeldía o revolución. Otro rostro recurrente en las remeras de los militantes fue el de Carlos Santillán. Este semblante implicó también lucha y rebeldía, pero ligadas a la experiencia local. El uso de estas remeras dependió también en gran medida de la extensión y complejidad de los marcos comprensivos; pues que se afirme que Guevara y Santillán habían sido luchadores, rebeldes o revolucionarios ha sido concerniente a la lectura que se hiciera de los conflictos sociales y de la posición que estos hombres ocupasen en éstos. Lo que articulaba estas tres posiciones, o lo que las sustituía, fue la condición –a priori o no– de su relación con los sectores dominantes o hegemónicos que se les atribuía: a saber, conflictiva.

Entre otros componentes de la vestimenta se pudieron encontrar elementos con una matriz en común: la fabricación artesanal. Gorros rastafaris, aros, pulseras, cadenas, colgantes decorados con los colores de la bandera jamaicana y etíope. Estos adornos fueron también ornamentados con representaciones de hojas de cannabis. Los patrones en los que se basaba la creación (porque muchos de estos productos son

<sup>222</sup> Barthes, Roland, “*El signo de la moda*” en Croci, Paula y Vitale, Alejandra (comp.), *Los cuerpos dóciles*, Buenos Aires, Lamarca, 1993, pág. 164. Tomado de Barthes, Roland, *El sistema de la moda*, Barcelona, G. Gili, 1978.

<sup>223</sup> Barthes, op. cit.

<sup>224</sup> Barthes, op. cit., pág. 165.

fabricaciones materiales de los mismos militantes) y el consumo de estas elaboraciones obedeció a la mostración de símbolos autónomos. Algunos de estos elementos se confeccionaron en las mismas asambleas.<sup>225</sup> El desdoblamiento del espacio discursivo, como se verá, era una táctica ante la estructuración de los campos de acción.

---

<sup>225</sup> Cuales artesanos, algunos militantes jóvenes diseñaron y realizaron, con finos alambres dorados y pequeñas pinzas, diminutas hojas de cannabis, a espaldas de portavoces que en esos mismos momentos condenaban vehementemente el uso del alcohol y de las “drogas”.

## **10. Memoria, narración y argumentación**

### **a. Anotaciones sobre historia, clase y sujeto colectivo**

En los discursos piqueteros se llevó a cabo un retorno a las experiencias previas de los sectores desprotegidos y a las del movimiento obrero, al histórico conflicto con los sectores dominantes o hegemónicos. El retorno a la clase obrera operó por un lado como momento de un proceso argumentativo y por otro, según las bases de una racionalidad fundada en lo anamnético.

Este reingreso, de una u otra manera, sentó las posibilidades de reconstruir las narraciones sobre el pasado de los movimientos piqueteros en la medida que la revisión de la historia obrera funcionaba como un ejercicio de historización. Este retorno entonces trajo consigo una ruptura: funcionó como mecanismo de estructuración del campo social; pero trabajó asimismo inversamente en cuanto la apropiación del discurso sobre la historia obrera, sobre el conflicto, permitía la historización del correlato relacional en que los militantes estaban insertos.<sup>226</sup> Este proceso se basó principalmente no en la identificación uno a uno con otro colectivo precedente, sino en el reconocimiento de un conflicto previo que operaría como condición de posibilidad. La condición de piqueteros, como un desacuerdo, como lo que se resistía, fijó sus relatos históricos en antagonismos previos plausibles de ser articulados como la extensión del juego relacional que los producía. Esta articulación consistió entonces en tomar los conflictos y buscar su correlato inmediatamente precedente. De esta manera, al llevar a cabo esta extensión retrospectivamente se desligaron las metanarrativas de la clase obrera y se encontró la historia piquetera.

La apropiación de la historia obrera por los militantes supondría la extensión del marco comprensivo piquetero a partir del cual se pensaban las relaciones con otros sectores sociales. Estas relaciones, inseparables de conflictos, fueron concebidas en primera instancia como coyunturales o como propias de los acontecimientos próximos y perceptibles. En términos de Löwy,<sup>227</sup> que la experiencia de los sectores populares se haya fijado en relación al presente, que se le haya sustraído la memoria, se asienta en la importancia que en los marcos comprensivos se la ha asignado a las vivencias cotidianas. Es decir, la enajenación de los recuerdos se ha generado en la medida que la

---

<sup>226</sup> Este caso es opuesto a la de las canciones: en la historia obrera transmitida por sectores de izquierda hay un único protagonista: la clase obrera.

<sup>227</sup> Löwy, op. cit.

práctica factual de la supervivencia no ha dejado lugar al ejercicio reflexivo de lo anamnético.

Si se apropiasen las metanarrativas de las luchas del movimiento obrero, el conflicto perdería su base coyuntural en detrimento de un anclaje estructural. Esto es, el conflicto que sostuvieron los piqueteros con otros grupos podría devenir en un proceso histórico de larga duración –sin arraigue en la coyuntura ni en el acontecimiento–: ya fuere como una serie de narraciones dispersas sobre el hambre, la pobreza y la dominación; o como momento de la historia de las luchas de clases.

Sin embargo, si bien la reflexión piquetera contuvo como fragmento de su correlato el discurso propuesto por los operadores de la ideología –como relación entre éstos y las bases–, parte además de la correlación entre las condiciones próximas de su existencia y la relación que se practica con los otros grupos sociales. No obstante, esta correlación al enmarcarse en el marco próximo no implicó necesariamente que las luchas de clases operasen como la relación estructuradora determinante. Se reflexionó sobre la dominación y hubo además un proceso de historización de la experiencia; pero no esto no conllevó entonces necesariamente un arraigamiento en la clase obrera. Esto es, la narración y la argumentación sobre el movimiento obrero no constituyeron necesariamente una condición de posibilidad para la reflexión y la narración del sufrimiento popular; se desempeñó sólo como mandato dentro de la relación entre dirigentes y bases. En este sentido, en la medida que la historización del movimiento piquetero estuviese ligada a sus relaciones referenciales concretas, la narración de la experiencia piquetera podría deslindarse de lo obrero.

La historización de la experiencia del movimiento piquetero se desarrolló por otro lado como un proceso de racionalización en el que la lectura del presente a la luz del pasado constituía un elemento fundacional. Johannes Baptist Metz afirma: “la memoria es memoria de la libertad, que, como memoria del sufrimiento, se convierte en orientación para la acción relacionada con la libertad”.<sup>228</sup> Desde la perspectiva benjaminiana, esto no comporta precisamente un retorno al pasado, sino “un desvío por éste hacia un porvenir utópico”.<sup>229</sup>

La memoria es ante todo memoria del sufrimiento, y el respeto ante *el sufrimiento acumulado históricamente* genera una sensibilidad receptora. El medio que

<sup>228</sup> Metz, Johannes Baptist, “Memoria” en *Por una cultura de la memoria*, Ántropos, Barcelona, 1999, pág. 12.

<sup>229</sup> Löwy, op. cit., pág. 18; Benjamin, Walter, “Tesis de filosofía de la historia” en *Discursos interrumpidos I*, Taurus, Madrid, 1973.

constituye la memoria, no como instrumento sino como ámbito que hace posible la reflexión, es de naturaleza práctica y no acontece por tanto de manera argumentativa, sino narrativa, “en ‘historias peligrosas’, en las cuales se introduce e identifica narrado el interés mismo por la libertad”.<sup>230</sup> La memoria, en tanto se encuentra ligada al sufrimiento, es la condición misma del conocimiento sobre éste.

La imbricación de la historia obrera en la piquetera conllevó la rearticulación de los elementos ideológicos como lucha por el ejercicio de la hegemonía y la imbricación de ambas historias como la instauración de un sustituto. La lucha ideológica llevó en sí también la rearticulación de los elementos del pasado: el mantenimiento, la reactivación, la cancelación y la reorganización de éstos a partir de principios. Los marcos populares, a partir de los cuales los militantes piqueteros daban cuenta de la historia, fueron rearticulados y extendidos. Se ampliaría así la dimensión de las estructuras lógicas, tanto en complejidad como en la extensión de sus elementos.

Lo que Metz describe como el problema de las ciencias sociales y que asoma en el marco de la formación de la clase obrera es el de la división de la razón. El advenimiento de una voluntad colectiva traería consigo, realizando un desdoblamiento analítico de la razón práctica, un proceso argumentativo y un proceso anamnético.<sup>231</sup> La arista anamnética de la racionalización, en definitiva, se funda en su estructura narrativa.<sup>232</sup> En términos de razonamientos argumentativos puede derivarse la memoria a instrumento discursivo de articulación ideológica. En este sentido, el regreso al pasado que se propone a los militantes piqueteros desde el paradigma de la izquierda no fue reflexivo, sino que la exploración se canceló limitando las posibilidades de reflexión en detrimento de un intento de transmitir la experiencia obrera a partir de mecanismos argumentativos que tendían a la demostración. La recuperación de la historia pudo operar entonces en términos instrumentales. Esto proyecta ciertos interrogantes con respecto a la naturaleza de la memoria. Es la misma memoria como espacio de lucha. Como afirma Héctor Schmucler,<sup>233</sup> el qué hacer con la memoria, una pregunta cargada de un sentido teleológico...

---

<sup>230</sup> Metz, op. cit., pág. 13.

<sup>231</sup> Jerome Bruner afirma que el relato y el argumento, si bien corresponden ambos a operaciones que tienden a convencer, tienden a finalidades estratégicas diferentes, esto es, difieren de lo que quieren convencer. “Los argumentos convencen de su verdad, los relatos de su semejanza con la vida. En uno la verificación se realiza mediante procedimientos que permiten establecer una prueba formal y empírica. En el otro no se establece la verdad sino la verosimilitud”. Bruner, Jerome, *Realidad mental y mundos posibles*, Gedisa, Barcelona, 1988, pág. 23.

<sup>232</sup> Metz, *ibídem*.

<sup>233</sup> Schmucler, Héctor, *Los tiempos de la memoria*, en *Zigurat* Número 3, octubre de 2002, La Crujía.

Presupone que la memoria es instrumento para otra cosa que no es ella misma (...) El para qué presupone, en todo caso, una elección prevista del relato que la memoria se encargaría de hacer perdurable.<sup>234</sup>

Esta elección implica además que una mirada sobre la historia que se instalará promoverá “ciertas acciones en el quehacer político”.<sup>235</sup> En este sentido, la memoria deviene en instrumento.

Es innegable que –algunos– de los militantes de base de los movimientos piqueteros han establecido relaciones con la historia mediadas por la reflexión sobre la experiencia obrera, pero también esta reflexión ha disparado otros interrogantes. Algunos militantes de base han explorado el pasado, pero esta búsqueda no ha estado orientada necesariamente a la creación de cuestionamientos, sino al establecimiento de legitimidades.<sup>236</sup> Éstas ofrecen una ratificación histórica y cultural del orden contemporáneo. El estímulo de los portavoces se basó en finalidades estratégicas orientadas a legitimar las prácticas vigentes en las históricas. Entonces, la finalidad no fue la apropiación de la historia como medium reflexivo. A esta apropiación precede una enunciación que afirma que la historia piquetera es un fragmento de la obrera. En este acto ilocucionario, se ligan ambas historias.

El retorno al pasado de la clase obrera ha sido desarrollado en dos sentidos: por un lado, la narración de su sufrimiento; por otro, el argumento que sostiene que la historia de la clase obrera ha sido inherente a la contradicción única que se desenvolvía como lucha de clases. En este sentido, la historia de la clase obrera está ligada fuertemente al desarrollo de la base económica. De esta manera, el retorno a la historia obrera, incluso al sufrimiento y la explotación, guardó una argumentación que se proponía demostrar, a partir de ese sufrimiento y esa explotación, que la historia obrera no podría pensarse sino a partir de la contradicción con el sector dominante.<sup>237</sup> Así, el argumento no propuso una narración que potenciase la reflexión sobre la historia obrera,

---

<sup>234</sup> Schmucler, op. cit., pág. 135.

<sup>235</sup> Schmucler, op. cit.

<sup>236</sup> Se ha destacado sobre todo la participación que los partidos de izquierda tuvieron en esta historia.

<sup>237</sup> Los relatos sobre la Semana Trágica, sobre los primeros gobiernos peronistas, sobre las movilizaciones previas a la última dictadura militar y sobre el movimiento piquetero inclusive se reprodujeron no como memoria del sufrimiento, sino como un retorno que buscaba demostrar que la historia obrera fue la historia de la lucha de clases.



sino que intentó demostrarles a los militantes piqueteros que por las posiciones en las relaciones de producción que ocupaban la historia de la clase obrera fue su historia.

La estructura narrativa de la memoria, en tanto que historias generadas a partir de una reflexividad receptora del sufrimiento acumulado históricamente, se perdió en detrimento de instrumentalidades argumentativas de la razón. La narración del sufrimiento no es sobre la libertad, sino sobre posiciones económicas.

El antagonismo y los episodios que se desprendían de éste tuvieron un fuerte basamento coyuntural. Sin embargo, este fundamento se liberó de la coyuntura –por no hablar del pasado– y abrevó fuertemente en el presente del acontecimiento.<sup>238</sup> El conflicto quedó así alejado de la coyuntura que lo haría posible. La emergencia del conflicto abrevó en una serie de prácticas voluntaristas más que en relaciones de sobredeterminación. De esta manera, la conjetura sobre el sentido del conflicto propone unas condiciones de posibilidad básicamente fundadas sobre el acontecimiento: que la policía no hubiera provocado y que los portavoces no hubieran respondido no indican de ninguna manera que la represión se habría podido evitarse.<sup>239</sup>

Las categorizaciones sobre el accionar policial, por tomar un ejemplo, se han basado en la tensión entre el argumento de la izquierda y el sentido común de los militantes. Como afirma Gramsci, este último se forma a partir de la experiencia práctica,<sup>240</sup> y sus condiciones de posibilidad se anclan ante todo en su entorno más próximo. Ya fuere desde Löwy y Benjamin o Gramsci, los relatos plausibles sobre la opresión contienen un fuerte clivaje en la dimensión física de la supervivencia y la resistencia actuales.

La revisión y reflexión sobre las represiones se inclinó hacia diferentes formas de historizar el conflicto. Esto es, cada represión pudo comprenderse como un hecho próximo con condiciones de posibilidad separadas de la coyuntura y la larga duración, o bien como una serie de prácticas cuyas condiciones se enlazaban con un programa.

---

<sup>238</sup> Por tomar un ejemplo: las posibilidades que favorecieron la represión policial que sufrieron militantes de la CCC durante una movilización en 2002, fueron atribuidas por los militantes a las circunstancias de ese momento. Los militantes consideraron que los policías reprimieron porque éstos provocaron a los portavoces, y éstos respondieron.

<sup>239</sup> Durante los últimos años, el Estado sostuvo una política de criminalización de la protesta y una política represiva contra los movimientos piqueteros. Si estas políticas correspondiesen a un programa articulado coyunturalmente, la violencia policial no sería un exceso o un error ante las provocaciones de los piqueteros, sino que respondería a ideologías y se instrumentaría a partir de una planificación técnica. La represión policial ha respondido a la burocratización del cuerpo policial; ha demandado además, en la movilización de sus recursos, logística.

<sup>240</sup> Gramsci, Antonio, *Introducción a la filosofía de la praxis*. Premiá Editora, Tlahuapán, 1983, pág. 14. Cfr. Acápate 4.

Dentro del encuadre de formación de una identidad y un enemigo, histórico o no, las implicaciones de las represiones policiales han sido determinantes.

George Steiner afirma que lo que rige a los hombres no es el pasado literal sino las imágenes del pasado. “Esas imágenes y construcciones simbólicas del pasado están impresas en nuestra sensibilidad”.<sup>241</sup> Una sociedad, continúa Steiner, requiere antecedentes.

[Cuando estos antecedentes] no están naturalmente presentes, cuando una comunidad es nueva o se ha reagrupado después de prolongado intervalo de dispersión o sometimiento un decreto intelectual o emocional crea un tiempo pasado necesario a la gramática del ser.<sup>242</sup>

Los militantes piqueteros reconocieron en la instauración de los piquetes, desde mediados de la década de los noventa, en todo el interior de Argentina, el punto fundacional de su historia. Esta narrativa se forjó sobre referentes locales y precisos.<sup>243</sup> El establecimiento de una historia local obedeció a referentes concretos y no a metanarrativas que hubieran sido re-relatadas, sino a experiencias propias. Hubo entonces una referencia de primera mano.

#### b. Rearticulación de los elementos del pasado: el caso del peronismo

El peronismo, su historia y sus implicaciones en el mundo obrero son tramas que han recorrido la discursividad piquetera. La postura que ciertos sectores de la izquierda han sostenido con respecto al peronismo fue la del distanciamiento y de la oposición. Algunos sectores, ante la avanzada del peronismo en la década de los cuarenta,

---

<sup>241</sup> Steiner, George, *En el castillo de Barbazul. Aproximación a un nuevo concepto de cultura*, Gedisa, Barcelona, 1992, pág. 17. Si bien ambas categorizaciones en torno a la memoria están ligadas a los procesos de racionalización, la memoria, en los términos que de Certeau toma de Detienne y Vernant, se refiere a los registros informacionales. Los relatos están ligados a la lógica de las prácticas populares; ésta se funda en juegos de acciones relativos a tipos de circunstancias. Los juegos, que formulan las reglas organizadoras de las jugadas, constituyen además una memoria, esto es, un almacenamiento y una clasificación, unos repertorios de acción. Y son precisamente los relatos los que ofrecen inventarios de las maneras de desbaratar el orden, y éstos se transmiten en series temporales dentro de la cultura popular. Certeau, Michel de, op. cit. Esta memoria en la medida que busca la supervivencia de los modos de resistencia coyunturales, “olvida” la historia que forjó las relaciones de fuerza desiguales que las propiciaron. Ver al respecto: Castillo, Fernando, “Lo anamnéutico como medium: lucha en torno a la construcción de la clase obrera”, ponencia presentada ante las VIII Jornadas Regionales en Humanidades y Ciencias Sociales, San Salvador de Jujuy, Mayo de 2005.

<sup>242</sup> Steiner, op. cit., pág. 18.

<sup>243</sup> Por ejemplo: algunos militantes jóvenes de la CCC de San Salvador de Jujuy, sin tradición sindical y por tanto muy lejos de la presunta cultura obrera, arguyeron que uno de los momentos fundacionales de su historia –como piqueteros– se ubica en el año 2001. En junio de ese año la policía había reprimido brutalmente a la CCC, y los militantes historizaron ese evento.

aseveraron categóricamente que el peronismo era una extensión del fascismo y que Perón había engañado a la clase obrera.<sup>244</sup>

Si uno tiene que recurrir a una referencia sobre una experiencia histórica real de justicia social tiene que pensar en el peronismo. Y el hecho de que durante décadas buena parte de la clase media argentina, incluidos los intelectuales progresistas y las izquierdas, no hayan reconocido que el peronismo es la condición práctica de la experiencia real de la justicia social fue grave.<sup>245</sup>

Las afirmaciones de Kaufman se contextualizan en el cuestionamiento a ciertas matrices culturales practicadas en Argentina que se basan en el no-reconocimiento del otro. Las posturas más extremas que circulaban en el movimiento piquetero en torno al peronismo propusieron no sólo la ausencia de reconocimiento de éste, sino también la necesidad de cancelar las ciertas prácticas ligadas a éste. Que la cultura que movilizaba al peronismo en las décadas anteriores haya sido escindida en gran parte de la práctica política es innegable; tampoco puede negarse que gran parte del sindicalismo ligado al peronismo fue consecuente con la instauración de las políticas neoliberales de la década de los noventa;<sup>246</sup> no obstante, lo que las posturas piqueteras extremas atacaron, concebido desde ciertos sectores de la izquierda, fue la capacidad de movilización de los actuales militantes peronistas. En los términos en los que estuvo planteada la movilización de los movimientos piqueteros por la dirigencia de la izquierda, es decir, la tendencia más hacia la confrontación con las otras fuerzas políticas que hacia la intensificación de los procesos internos ligados a la acción territorial, la capacidad de movilización del peronismo debía ser necesariamente neutralizada.

En los movimientos piqueteros, fue posible encontrar militantes provenientes del partido justicialista. Una de las posturas, desde la izquierda, con respecto hacia estos sujetos fue la de considerarlos como sujetos que habían recapacitado sobre una participación “equivocada”. Algunos de estos militantes trasladaron su capacidad de movilización desde los sectores del Partido Justicialista hacia el movimiento piquetero, y aunque esto favorecía a los movimientos, en términos de movilización de militantes en pos de la confrontación política, no era aceptable que estos militante dijese, por ejemplo: “*Mi gente...*”. Una afirmación de este tipo fue una de las prácticas

<sup>244</sup> Angell, op. cit., pág. 95.

<sup>245</sup> Kaufman, Alejandro, “Uno no constituye una acción política por los ahorros” en Página 12, 28 de Enero de 2002.

<sup>246</sup> Svampa y Pereyra, op. cit. Los autores afirman que debido a la complicidad de los sectores sindicales ligados al peronismo gran parte de las prácticas piqueteras se configuraron en oposición al peronismo.

justicialistas con las “*que [había] que terminar*”, en términos de algunos militantes de izquierda.

La lucha en torno al peronismo no estuvo ligada sólo a un significante,<sup>247</sup> sino que al haber sido plenamente profunda la penetración del peronismo en los marcos de las clases populares desde hace décadas, la lucha demandó procesos de producción de subjetividad más profundos.

Los discursos de aceptación del peronismo están desarrollados desde dos matrices: la social y la clasista. La social se encontró arraigada en el reconocimiento de las prácticas sociales justas que constituían el peronismo de décadas anteriores. Hubo un retorno a Eva, como la figura donde se reconocían esas prácticas, y a quien además se ligó al movimiento piquetero. “*Si Evita viviera, sería piquetera.*” De esta manera se estableció una continuidad entre el peronismo y los movimientos piqueteros como prácticas de justicia social y como prácticas inclusivas. La otra mirada del peronismo, la clasista, lo concibió como una formación de la historia de la clase obrera. En esta mirada, la figura que se recuperó es la de Perón. El peronismo fue concebido como la fuerza política que organizaba y guiaba a los trabajadores en la lucha contra la clase capitalista. Algunos militantes piqueteros incluso citaron la Marcha Peronista; el fragmento más aludido fue sin dudas: “*combatiendo al capital*”.

El peronismo, como referencia y significante, fue un elemento en disputa en los movimientos piqueteros. Sin embargo, las diferentes lecturas sobre el peronismo estuvieron parcialmente fijadas. Lo novedoso fue cómo ciertos sectores del movimiento piquetero leyeron el marco discursivo peronista en diálogo con posturas actualizadas y en otro marco político-social-económico y cultural, desligado de la organización burocrática propia del peronismo sindical.

---

<sup>247</sup> Svampa, siguiendo a Laclau, señala: “Las referencias al peronismo funcionan a la manera de un significante flotante (...) como un artefacto cultural que puede ser articulado en sentidos diferentes y aun opuestos”. Laclau, Ernesto, *Reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo*, Nueva Visión, Buenos Aires, 2000. Citado en Svampa, Maristella, “Relaciones peligrosas. Sobre clases medias, gobierno peronista y movimientos piqueteros” en *El Rodaballo*, N° 15, Buenos Aires, 2004.

## **CAPÍTULO 3**

### **USOS Y LECTURAS**

#### **11. Táctica y poder**

Los espacios discursivos y los físicos en los movimientos piqueteros se construyeron orgánicamente a partir de un principio estructurante que operaba como una determinación única; en ambos casos el principio tomado fue la apropiación desigual de la palabra. Esta perspectiva se funda en la categoría de “espacio” según Bourdieu, desde la cual se sostiene que lo que estructura el espacio es la diferencia.

Los análisis de los actos comunicacionales, afirma Bourdieu, no pueden reducirse a la dimensión lingüística.<sup>248</sup> Estos hechos, además de conllevar la virtualidad de un acto de poder, están insertos en relaciones históricas. Los locutores están dotados de una autoridad social específica y su interlocutor reconoce esta autoridad. Bourdieu alude a esto para afirmar que no se puede hacer cosas sólo con palabras.<sup>249</sup> El reconocimiento de la autoridad se genera a partir de una estructura de relaciones de fuerza que se encuentra instituida. En términos weberianos, “autoridad” y “dominación” (Herrschaft) señalan la posibilidad de encontrar obediencia ante mandatos específicos. Esa autoridad, en los movimientos piqueteros, no fue ni instituida ni reconocida. Las relaciones de fuerza no produjeron algo que pueda denominarse “autoridad”. Las procuraciones no llevaron en sí una posición dada y legítima a priori; si se aceptó que el portavoz tomase la palabra, fue producto de las relaciones en juego.

Las prácticas articuladoras comportaron eliminar las resistencias y fijar el campo de acción de los militantes, pero no operaron plenamente porque éstos no lo consintieron. De esta manera, ocupar una delegación no se reveló como la posibilidad de encontrar obediencia, sino como la probabilidad parcial de ser escuchado y aceptado. La recepción y la aceptación no se basaron en la presunta legitimidad de la posición que un agente ocupase en la estructura; se crearon en el desequilibrio que instauraba esa viabilidad parcial. Weber plantea formas de dominación cuyas posiciones han de ser ocupadas reconocidamente por los agentes; el movimiento piquetero subvirtió tal racionalidad no sólo al negar la legitimidad dada a cualquiera de las posiciones, sino que estas últimas ni siquiera fueron plenas.

---

<sup>248</sup> Bourdieu, Pierre, “La violencia simbólica” en Bourdieu, Pierre y Wacquant, Loïc, Respuestas. Por una antropología reflexiva, Grijalbo, México, 1995.

<sup>249</sup> En referencia al texto de John Austin “Cómo hacer cosas con palabras”.

Que la representación fuese cada tanto desbordada no trajo consigo su cancelación. La representación fue tan eficaz que su inquisición sólo emergía sintomáticamente. Sin embargo, aun si eran sumamente eficaces, las procuraciones se asentaron sobre un borde inestable. No hubo autoridades instituidas; las posibilidades de ser escuchado y aceptado se encontraron en disputa; no hubo cierre. En momentos de acumulación de fuerzas, las posiciones fueron canceladas. No se impugnó al sujeto que ocupase una posición; se suprimieron las posiciones, la diferencia, la estructura.

En este sentido, las propuestas de Foucault y de Certeau en torno al discurso permiten captar la dinámica del espacio al desligarla de la rigidez de la estructura.

[El discurso no debe considerarse] simplemente por su aspecto lingüístico sino, en cierto modo –y aquí me inspiro en las investigaciones realizadas por los anglo-americanos– como juegos (games), juegos estratégicos de acción y reacción, de pregunta y respuesta, de dominación y retracción, y también de lucha.<sup>250</sup>

El discurso es, entonces, un espacio de lucha. Desde esta tesitura pueden repensarse las afirmaciones ligadas a los grandes relatos y a las estructuras. “Los sujetos son construcciones que emergen a partir de prácticas sociales concretas, es decir se constituyen en las relaciones de fuerza en las que están insertos.”<sup>251</sup> Estas relaciones de fuerza pueden desgajarse de esos grandes relatos y estructuras trazando desvíos. De Certeau se aproxima a la categoría de “uso” a partir de la lengua y los elementos de la enunciación.

Estos elementos (realizar, apropiarse, inscribirse dentro de relaciones, situarse en el tiempo) hacen de la enunciación, y secundariamente del uso, un nudo de circunstancias, una nudosidad inseparable del “contexto” del cual, de manera abstracta, se la distingue. Indisociable del *instante*, de circunstancias *particulares* y de un *hacer* (producir a partir de la lengua y modificar la dinámica de una relación), el acto de decir es un uso *de* la lengua y una operación *sobre* ella (...). Hace falta precisar la naturaleza de esas operaciones por medio de otro sesgo, ya no a título de la relación que mantienen con un sistema u orden, sino en la medida en que unas *relaciones*

---

<sup>250</sup> Foucault, Michel, *La verdad y las formas jurídicas*, Gedisa, Barcelona, 1999, pág. 15. La categoría de discurso en tanto que juego implica la imbricación de ésta con una conceptualización no esencialista del poder.

<sup>251</sup> Calzado, Mercedes, *op. cit.*, pág. 67.

*de fuerzas* definen las redes donde se inscriben y delimitan las circunstancias de las que pueden sacar provecho.<sup>252</sup>

La mirada foucaultiana sobre el poder se extiende más allá de la fijación y disciplinamiento de los cuerpos. Esta mirada presume a los sujetos como portadores y practicantes de la libertad y la resistencia. “Yo no he querido decir que estamos siempre atrapados, sino al contrario, que somos siempre libres. Finalmente, que hay siempre la posibilidad de transformar las cosas.”<sup>253</sup>

Inversamente a una lectura pesimista, cuya expresión más cabal se encuentra en la docilidad de los cuerpos, las afirmaciones de Foucault sobre la biopolítica, en cuanto operada desde el aparato capitalista al incorporar los sujetos en tanto que cuerpos a las prácticas administrativas, se encuentran investidas de cierto optimismo. “Si el poder toma la vida como objeto de su ejercicio, Foucault está interesado en determinar lo que en la vida le resiste y, al resistírsele, crea formas de producción de subjetividad y formas de vida que escapan a los biopoderes.”<sup>254</sup>

El poder, en los términos que lo propone Foucault, consiste en una relación de fuerzas entre sujetos libres, y lo asume “como la capacidad de estructurar el campo de acción del otro, de intervenir en el dominio de sus acciones posibles”.

Los “estados de dominación”, por el contrario, son caracterizados por el hecho de que la relación estratégica se ha establecido en las instituciones y que la movilidad, la reversibilidad y la inestabilidad de la “acción sobre otra acción” son limitadas. Las relaciones asimétricas que toda relación social contiene son cristalizadas y pierden la libertad, la “fluidez” y la “reversibilidad” de las relaciones estratégicas (...) Para Foucault, las tecnologías gubernamentales juegan un papel central en las relaciones de poder, porque es a través de ellas que los juegos estratégicos pueden estar cerrados o abiertos; es por su ejercicio que se cristalizan y se fijan en relaciones asimétricas institucionalizadas (estados de dominación) o en relaciones fluidas y reversibles, abiertas a la creación de las subjetivaciones que escapan al poder biopolítico.<sup>255</sup>

De esta manera, la postura resistencial y creativa que asumían los militantes de base con respecto a los intentos de fijar estructuralmente su campo de acción tendió a

---

<sup>252</sup> Certeau, Michel de, op. cit., pág. 40.

<sup>253</sup> Citado en Lazzarato, op. cit.

<sup>254</sup> Lazzarato, op. cit.

<sup>255</sup> Lazzarato, op. cit.

desarticular estas fijaciones parciales. El campo piquetero no había preexistido de alguna manera como conjunto de posiciones dadas, sino que éstas, aun las que operaban como sustitutos particulares de lo Universal, fueron construidas discursivamente. Las mismas posiciones de portavoz y bases no pudieron ser fijadas objetivamente en el espacio.



## **12. Espacio, relatos y creencias**

Las maneras de usar los sistemas impuestos, afirma de Certeau, constituyen resistencias. “Una práctica del orden instituido por otros redistribuye su espacio; hace, al menos, que dentro de éste haya juego, para maniobras entre fuerzas desiguales y para señales utópicas”.<sup>256</sup> Los relatos participaron en la construcción de un espacio alternativo. Las prácticas del movimiento piquetero rehicieron el espacio social a partir de nuevas formas de socialización. Estas últimas radicaron en hacer pública la propiedad, la inclusión de los sujetos en las redes laborales, la economía como práctica orientada a la apropiación colectiva y no a la acumulación, la contención, la recuperación de los elementos culturales populares, y la fabricación de relaciones comunicacionales asimétricas. Al margen que los programas de los movimientos piqueteros constituirían prácticas reales de transformación, esto no exigió que los militantes aceptasen los programas en su totalidad.

El continuo estado de lucha, con sus momentos de exceso –como la represión policial y el desgaste físico–, y la desigualdad no fueron aceptados íntegramente por los militantes de base.

A partir del uso de los relatos los militantes de base alteraron el orden discursivo. Las tácticas a partir de las cuales se usaban los enunciados bajados desde los portavoces permitieron crear un “espacio de juego”.<sup>257</sup> Pero esta descomposición se practicó en un doble juego: se procuró desbaratar el orden social, que implicaba múltiples relaciones de subordinación, y el orden inherente a las prácticas orgánicas del movimiento piquetero –caracterizadas sobre todo por su organización burocrática–.

De Certeau afirma que a partir de operaciones discursivas se organizan los espacios: de esta manera, los enunciados bajados organizaron los espacios, y los relatos de las bases los renovaron. Los relatos de los militantes de base, al haber sido recorridos de espacios, contaron lo que se podía “hacer y fabricar”.<sup>258</sup> Sobre estos espacios preestablecidos y sobre estas fabricaciones se narró, y también se los rehizo.

Las “operaciones de deslinde” son mecanismos discursivos que fundan y articulan espacios. Estas operaciones de deslinde determinan dimensiones, orientaciones y afinidades; en fin, estructuran la división del espacio. “Todo remite, en efecto, a esta

---

<sup>256</sup> Certeau, Michel de, op. cit., pág. 22.

<sup>257</sup> Certeau, Michel de, op. cit., pág. 36.

<sup>258</sup> Certeau, Michel de, op. cit., pág. 134.

diferenciación que permite los juegos de espacio”.<sup>259</sup> Las operaciones de deslinde, además de ser actos de fijación, son prácticas culturalmente creadoras.<sup>260</sup>

De la misma manera que los movimientos piqueteros habían instaurado un espacio de juego con los sectores hegemónicos; las bases fijaron un espacio de juego con los portavoces. El tejido de un espacio de juego no es necesariamente inherente a las relaciones sociales desiguales. La desigualdad no puede componer por sí sola correlaciones de resistencia ni de antagonismos. De la misma manera que sucede en la economía, una posición dentro del espacio discursivo no puede promover el reconocimiento de ocupar esa posición. Si la clase, como voluntad colectiva, se produce partir de mecanismos discursivos ideológicos, el reconocimiento de la desigualdad orgánica ha dependido en primera instancia del relato. La diferencia entre los mecanismos discursivos que operan para el reconocimiento del sujeto de clase y el relato, que ha potenciado el reconocimiento de la desigualdad sistémica del movimiento piquetero, reside en sus estatutos epistemológicos y sus condiciones de posibilidad.

El discurso para la formación de la clase en el espacio piquetero abrevó profundamente en la teoría marxista. Desde este punto de vista, la validez epistemológica de los fundamentos del discurso propio del programa de la izquierda fue en parte innegable; aun si fueran sus enunciados refutables, lo que habría de asignarles eficacia fue su cientificidad. El paso de estos enunciados a las bases llevó consigo un pasaje intermedio dentro del partido. La trama burocrática del partido partió de condiciones que asignaban nítidamente posiciones bien diferenciadas a los participantes.

El relato carece de validez epistemológica; más aun, su enunciación se encuentra desligada de la rigurosidad lógica y de mecanismos de validación. Mientras del discurso ideológico busca validarse, el relato busca alcanzar la verosimilitud.<sup>261</sup>

El mecanismo de transmisión del discurso ideológico fue argumentativo: implicó un juego de razonamientos que tendía a probar una afirmación: la pertenencia a la clase obrera. El relato no buscó probar nada. Las condiciones de producción del relato implementaron un principio de desarticulación de la desigualdad orgánica; al haber sido fabricado desde las bases, como posiciones equivalentes, instauró de un espacio comunicacional horizontal. (Esto no admite la inexistencia de luchas en las bases; pero estas luchas carecieron de regularidades desequilibradas.)

---

<sup>259</sup> Certeau, Michel de, op. cit., pág. 135.

<sup>260</sup> Certeau, Michel de, ibídem.

<sup>261</sup> Cfr. acápite 10.

El uso que se hace del discurso ideológico consiste en transformarlo en relato. Una vez canceladas las pretensiones de validez y desarticuladas las condiciones de producción del discurso ideológico, el relato cuestionó dos de sus basamentos: la creencia que le da origen –esto es, que los militantes son sujetos de clase obrera– y los circuitos comunicacionales oficiales –es decir, las asambleas y los consejos–. El relato no se fundó en discursos científicos. Además, instituyó un espacio discursivo horizontal, cuestionó las creencias oficiales y entretejió redes periféricas.

El pasaje del discurso ideológico al relato –el uso, la lectura– llevó en sí, dentro de otras posibilidades, la adaptación de los enunciados sobre la desigualdad. Los relatos, para suscitar el reconocimiento de la desigualdad, se apoyaron en la organización de ésta. El relato toma entonces referentes concretos.

El establecimiento de este juego comportó el recorrido de las narraciones por el plexo piquetero. Los relatos subrepticios crearon el reconocimiento de las bases sobre sí mismas. Creando esta noción, se recuperaron las contradicciones existentes a nivel orgánico. Esto es, de la misma manera que los elementos ideológicos discursivos habían generado la posibilidad que los militantes piqueteros se reconocieran como sujeto colectivo, los relatos de bases permitieron la construcción discursiva de la posición de militantes de base; esta última no era ya sólo una posición objetiva.

La urdiembre de las redes comunicacionales alternativas fueron el basamento para la construcción de este espacio de juego entre portavoces y militantes de base, de estos teatros de operaciones. Los circuitos alternativos de circulación de relatos fueron los elementos a partir de los cuales se instauraba este espacio de lucha. El acto culturalmente creador que se originaba en los relatos fue precisamente aquel que rehizo el espacio de las prácticas dentro de la misma organicidad piquetera. Se recuperaron así las contradicciones, las asimetrías, las inequidades distributivas a fin de resignificar del espacio de las prácticas piqueteras como un espacio dividido y desigual.

La evasión de lo dominante y de lo instaurado de lo piquetero permitió instalar otro tipo de espacio. Se instauró un espacio parecido en ciertos puntos al carnaval al que hace mención Bajtin. Aunque el planteo esté históricamente centrado, pueden trazarse algunas homologías.

A diferencia de la fiesta oficial, el carnaval era el triunfo de una especie de liberación transitoria, más allá de la órbita de la concepción dominante, la abolición provisional de las relaciones jerárquicas, privilegios, reglas y tabúes (...) El individuo parecía dotado de una

segunda vida que le permitía establecer nuevas relaciones verdaderamente humanas, con sus semejantes. La alineación desaparecía provisionalmente (...) Esta eliminación provisional, a la vez ideal y efectiva, de las relaciones jerárquicas entre los individuos, creaba en la plaza pública un tipo de comunicación inconcebible en situaciones normales. Se elaboraban formas especiales de lenguaje y de los ademanes, francas y sin constricciones, que abolían toda distancia entre los individuos en comunicación, liberados de la etiqueta y las reglas de conducta.<sup>262</sup>

Lo que recupera Bajtin de las prácticas populares festivas es la instauración de ese espacio propio de los sectores populares, y cómo en ese espacio se han instaurado prácticas contestatarias que desbaratan el orden institucional oficial. Bajtin insiste en que las prácticas oficiales reproducen las jerarquizaciones sociales y hasta tienen la finalidad consagrar la desigualdad. Los espacios discursivos que instituyeron las bases de los movimientos piqueteros por lo contrario, y en oposición a los instituidos oficialmente, consagraron la abolición de las asimetrías.

---

<sup>262</sup> Bajtin, op. cit., pág. 15-16. Asimismo, Bajtin agrega: “El carnaval ignora toda distinción entre actores y espectadores. También ignora la escena (...) Ya que una escena destruiría al carnaval (...) Los espectadores no asisten al carnaval, sino que *lo viven*”. Bajtin, op. cit., pág. 12-13.

### **13. Relatos periféricos**

La lectura de los enunciados que circulaban descendentemente a través del tejido burocrático se desplazó entre las dos posiciones límites del modelo que Hall ha formulado: la dominante y la de oposición.<sup>263</sup> A partir de la bajada se engendraron, en su uso, relatos que reproducían estos enunciados y del mismo modo aquellos que los cuestionaban. Hubo dos elementos destacables en este proceso: los relatos y prácticas que se creaban a partir de los enunciados, y, por otro lado, la construcción de redes comunicacionales informales –dentro del mismo espacio– que reorganizaban y reactualizaban las prácticas discursivas de los movimientos. Las prácticas comunicativas fabricadas en las instancias oficiales no eran procesos acabados, sino puntos de partida de nuevas prácticas.

De esta manera, debe repensarse el circuito comunicacional piquetero. Como afirma Stuart Hall,<sup>264</sup> un discurso efectivo genera prácticas; este mecanismo viabiliza la reproducción los elementos ideológicos discursivos dominantes. En el espacio discursivo piquetero, el consumo –como uno de los momentos del modelo productivo– no significó de forma necesaria la apropiación mecánica de ciertos elementos discursivos, sino que hubo diferentes lecturas.

Los circuitos comunicacionales del movimiento piquetero implicaron redes que superaban los circuitos orgánicamente reconocidos de comunicación. Estos últimos eran extendidos a partir de los usos de los militantes de base, que creaban así otra forma de espacio deliberativo más amplio.

Hubo dos tipos de esquemas comunicacionales: los circuitos operacionalizados simultáneamente, en términos espaciales y temporales, a los oficiales; y las trayectorias instauradas por fuera del espacio y tiempo de la red discursiva reconocida. Dentro de las tipologías de estos circuitos paralelos estuvieron los instrumentados para transferir información clandestina. Los portavoces desconocieron los contenidos estas transmisiones, que se gestaban desde la complicidad entre los militantes de base. Estos espacios existieron en virtud de la permeabilidad del juego discursivo. La existencia de los circuitos paralelos, si bien era permitida y hasta estimulada en parte por los mismos

---

<sup>263</sup> Hall define tres hipotéticas posiciones de lectura en relación al discurso televisivo: el código dominante-hegemónico, el negociado y el de oposición. Un receptor opera dentro del código dominante cuando “decodifica el mensaje en términos del código de referencia en el cual (...) [el discurso] ha sido codificado”. Se decodifica en oposición cuando se toma al mensaje en un sentido contrario; el receptor toma el discurso de los medios, lo detotaliza y lo retotaliza “dentro de algún marco de referencia alternativo”. El código negociado implica una “mixtura de elementos adaptativos y oposicionales.” Hall, Stuart, op. cit., pág. 136-139.

<sup>264</sup> Hall, Stuart, op. cit.

portavoces, tuvo límites –aunque muy difusos– en relación a lo permisible y lo sancionable. Para evitar la reprensión, se hizo circular rápidamente la información clandestina. En el marco de las asambleas, esta transferencia dependió de una práctica tan fugaz como importante: el aviso. Éste operaba a partir de intercambios mínimos, como un codazo, una mirada, una mueca, o una enunciado muy corto. El avisamiento consistió en señalar algo dentro de la disertación de los portavoces; sobre todo las contradicciones y las falencias. Si bien la fugacidad fue su fundamento, mientras los militantes expusiesen esos errores en el discurso, la reoperacionalización y reactualización de estos relatos serían continuos. Pero aun breves, los circuitos clandestinos resultaron imprescindibles para crear temas y tramas de discusión que serían tratados posteriormente por fuera de los espacios discursivos autorizados, en las redes alternativas piqueteras.

La información clandestina constituyó el punto de partida de relatos posteriores. Este otro tipo de espacios comunicacionales careció unos únicos espacios discursivos y dispositivos físicos. Se instauraron y reactualizaron en diferentes coordenadas espacio-temporales. Y, principalmente, fueron totalmente descentralizados.

Circularon distintos tipos de relatos por estos espacios paralelos. Si bien operaban como sostén de las prácticas reconocidas, también las cuestionaron. Como fuere, que los portavoces deviniesen en “asunto” de los relatos implicó que al menos eran indagados. Algunas de estas indagaciones circularon bajo la forma de rumor. Sin confirmación, aunque ésta era conjetural, circularon informaciones que acarrearaban un “dicen que...”, mientras se cuestionaba a los portavoces. El rumor fue una práctica en las luchas desiguales.<sup>265</sup> Otro tipo de relato que circuló era aquel que indagaba las políticas del movimiento piquetero, particularmente, las ocupaciones de espacios públicos.

El recorrido de los relatos que cuestionaban las políticas del movimiento piquetero permitió el reconocimiento de los militantes consigo mismos. Este reconocimiento implicó la emergencia de sensibilidades al encontrar otros sujetos que se encontraban en las mismas condiciones, entre otras cosas, agotados físicamente. Se

---

<sup>265</sup> Beatriz Sarlo, siguiendo a Emilio de Ípola, afirma que “rumor es la respuesta a la escasez e indefinición de las condiciones comunicativas”. En *La bamba. Acerca del rumor carcelario y otros ensayos*, de Ípola afirma que la producción y circulación de los rumores guarda semejanzas con lo que en psicoanálisis se designa como “elaboración secundaria”. Como se afirma anteriormente, de la misma manera que la narración de un sueño, el rumor comporta la construcción de un relato coherente. En la sucesión de rumores se produce la eliminación de los “absurdos aparentes (...) de una pre-versión inicial para ir dando forma por esa vía a una versión aceptable: verosímil.” Citado en Sarlo, op. cit., pág. 100.

organizaron acciones, que habiendo partido de la toma de posición de grupos dispersos y descentralizados pero coincidentes en su condición de opositores a estas políticas, que operaban a modo de resistencia a éstas. El reconocimiento de que estas condiciones no eran personales sino compartidas inició el estrechamiento de lazos para desarrollar una resistencia interna. Esto funciona en el sentido de pensar las bases no como posición objetiva en relación con los portavoces, sino como grupo con prácticas culturales diferentes.

Estos relatos estuvieron atravesados por los relatos de la memoria, esto es, las jugadas populares, transmitidas de generación en generación; pero también de las imágenes de un pasado donde se había desarrollado continuamente la dominación sobre las clases populares. Ambos tipos de relatos no fueron necesariamente conmensurables e intercambiables; para que los relatos de las jugadas y los relatos sobre la dominación se unificasen se precisó de operaciones discursivas que imbricasen las jugadas resistenciales concretas con las condiciones de dominación concretas. Si no, la memoria de las jugadas populares podía suscitar el olvido de las condiciones que las hicieron posible.

Los juegos, en tanto que fabricantes de acontecimientos que promovían espacios donde las jugadas eran proporcionales a las situaciones, fueron operaciones formuladoras de reglas organizadoras y también establecieron una “memoria de esquemas de acciones que articulaban las salidas para cada ocasión”.<sup>266</sup> A cada uno de estos juegos le correspondieron los relatos de estas jugadas. De Certeau afirma que: los relatos “*son repertorios de esquemas de acciones entre socios*”.<sup>267</sup> Asimismo, los relatos restablecen estos repertorios.

Este espacio protege las armas del débil contra la realidad del orden construido. Las oculta así mismo a las categorías sociales que “hacen historia” porque éstas la dominan (...) Estas historias “maravillosas” ofrecen a su público (...) una posibilidad de tácticas disponibles para el porvenir.<sup>268</sup>

Por fuera de las zonas literarias de la razón científica, donde éstos han sido rechazados, “permanece la práctica de estos ardidés, memoria de una cultura”.<sup>269</sup>

---

<sup>266</sup> Certeau, Michel de, op. cit., pág. 27.

<sup>267</sup> Certeau, Michel de, ibidem.

<sup>268</sup> Certeau, Michel de, op. cit., pág. 28.

<sup>269</sup> Certeau, Michel de, op. cit., pág. 29.

#### **14. Consideraciones sobre el consumo**

El consumo y los relatos sobre éste se inscribieron en una serie de tensiones: primero, entre la manufacturación masiva y el consumo; segundo, entre la subversión y la asimilación del sentido; luego, en la superposición de planos territoriales; y finalmente, entre lo orgánico y lo autónomo.

De Certeau indica que el consumo reconocido no agota las posibilidades de la mercancía, sucede que los usos de ésta se disparan extendiendo el proceso productivo.

A una producción racionalizada, expansionista, centralizada, espectacular y ruidosa, hace frente una producción de tipo totalmente diferente, calificada de “consumo”, que tiene como características sus ardidés, su desmoronamiento al capricho de las ocasiones (...) una especie de invisibilidad pues no se distingue casi nada por productos propios (¿dónde tendría su lugar?), sino por el arte de utilizar los que le son impuestos. (...) Los conocimientos y simbolismos son objetos de manipulaciones por parte de los practicantes que no son sus fabricantes.<sup>270</sup>

El consumo lleva en sí –además de usos– unos relatos que por un lado trabajan como operaciones de deslinde (en la medida que unen o separan prácticas culturales, construyen grupos sociales) y que por otro instauran un espacio de diálogo en torno al consumo; esto es, el consumo como tema.

El problema del consumo trajo consigo en su misma posibilidad un problema de espacio y territorio. De la misma manera que el consumo masivo penetró en el espacio piquetero (a partir de sus dos formas: la mercancía misma y los anuncios publicitarios que la sostienen) y generó una superposición de planos discursivos, la posibilidad del consumo instauró una superposición de planos territoriales.<sup>271</sup> Los espacios físicos ocupados por los movimientos piqueteros, en particular los momentos previos a las movilizaciones, los piquetes y asambleas, no fueron espacios cerrados sobre sí. Existió un complejo relacional en el cual se extendían y con el cual se solapaban. Éste fue espacio de relaciones discursivas y físicas. En éste, se ubicaron, entre toda una extensa variedad de sujetos y prácticas, los vendedores ambulantes. Este entretejimiento, una intersección entre el espacio tomado y el circundante, fue espacio para el consumo; porque los militantes requerían ciertas mercancías por el hecho de que eran básicas y necesarias, por ejemplo, los alimentos y las bebidas –que evitaban el hambre, la sed y la

<sup>270</sup> Certeau, Michel de, op. cit., pág. 38.

<sup>271</sup> Se toman en este análisis los estudios realizados en el ámbito de los espacios urbanos ocupados, sin asumir éstas como las únicas superposiciones.



deshidratación—. Esta urdiembre trazó a partir de un doble juego, que tendía a desdibujar las fronteras del espacio tomado, aunque no las anulaba: el movimiento de ingreso y egreso. El aprovisionamiento de estas mercancías se realizó a partir de dos puntos de distribución: los salones comerciales ubicados en los alrededores de la zona de ocupación y los vendedores ambulantes. El primer caso consistió en la salida de los militantes para el abastecimiento. Los vendedores ambulantes propusieron una dinámica inversa: penetraban el espacio piquetero, más allá de esa frontera común que compartían entre el espacio ocupado y el espacio físico público. Los puntos de provisión, entonces, se emplazaron en el mismo espacio.<sup>272</sup> La dinámica del ingreso y el egreso desarticuló las fronteras del espacio ocupado, y generó una dispersión territorial.

La superposición de los planos territoriales llevó consigo además la tensión entre lo vedado y lo permitido.<sup>273</sup> Unas de las mercancías cuyo consumo estuvo prohibido eran las bebidas alcohólicas.<sup>274</sup> Se registró el consumo de éstas, sobre todo durante las ocupaciones. Este consumo instauró un espacio contrapuesto al “orden”. Esta instauración comportó la coexistencia de dos espacios en conflicto que promovían dentro del territorio ocupado un desdoblamiento.

El consumo de las bebidas alcohólicas llevó consigo además relatos sobre éste. El caso de los jóvenes mostró que este consumo no deriva mecánicamente en

---

<sup>272</sup> Las prácticas de los vendedores ambulantes, en el marco de los espacios tomados, se asentó en una dinámica que se fundaba en el recorrido y en el relevamiento de las necesidades de los militantes. Los recorridos de los vendedores ambulantes se clasifican según el grado de movilidad de éstos. Los carritos, por ejemplo, tuvieron puntos de venta parcialmente fijos; por el contrario, los vendedores con bolsas pudieron desplazarse y penetrar plenamente el espacio tomado. La oferta de los vendedores ambulantes, en contraposición a los puntos de distribución fijos, cuya propuesta apuntaba a la satisfacción de las prácticas cotidianas generales, fue extremadamente específica. A partir de un relevamiento de las necesidades más básicas que se suscitaban en las ocupaciones, los vendedores se aprovisionaban con las mercancías que las compensaran. Los precios estuvieron, para decirlo de alguna manera, fijos. Cualquier aumento en los precios, aun mínimo, es asumido como un ataque a esa estabilidad. Un aumento simplemente fue inconcebible. Ante el menor incremento en los precios de las mercancías, la transacción era abortada por el consumidor. No se indagó en torno al aumento del precio; no se cuestionó si el precio superior al naturalizado provenía de un volumen superior, calidad superior o lo que fuere. No hubo una pregunta explícita acerca del valor y del precio; esto es, cómo se originaban.

<sup>273</sup> La referencia a lo vedado y lo permitido abrevó en la formalización analítica de unas afirmaciones aisladas y unas conjeturas. No hubo una delimitación taxativa con respecto a qué era lo prohibido y lo permitido; no hubo principios que unificasen estructuralmente esta dicotomía. Lo prohibido y lo permitido surgieron de luchas entre ciertos parámetros que se sugerían —no que se establecían— en los movimientos piqueteros y parámetros morales que conjeturalmente se trasladaron a los movimientos piqueteros —por ejemplo: no robar—.

<sup>274</sup> Las proposiciones en torno a la prohibición de las bebidas alcohólicas se refieren a un pasaje de la conjetura a la argumentación. El consumo de las bebidas alcohólicas, se aseguró, en la medida que “alteraba” (sic) la conciencia, constituyó uno de los elementos desde los cuales devenía la dominación. Hubo, además, dos basamentos más en la prohibición de las bebidas alcohólicas: por un lado, la muerte de un militante, como consecuencia del progresivo deterioro ocasionado por el alcoholismo, provocó cierta conmoción, de tal manera que se promovió tal tendencia. Por otro, más sencillamente, se consideró que el consumo de alcohol “quedaba mal” (sic).

dominación. El consumo de bebidas alcohólicas se desarrolló correspondientemente a su relato. El uso de las bebidas proyectó la subversión del sentido y la desarticulación de la diferencia. En primera instancia, se reconoció en la producción masiva una operación que tendía a la dominación social. De esta manera, las bebidas fueron usadas mediante una operación niveladora que anulaba sus diferencias simbólicas (esto es, sus atributos abstractos, los que desbordaban la materialidad de la mercancía) para dejar sólo los atributos concretos; en el caso de las bebidas alcohólicas: el sabor y la intensidad.<sup>275</sup> El ligamiento de unas características a una marca, es decir, nombrar unas texturas concretas, se delineó a partir de una discontinuidad con las designaciones publicitarias. La elección de una bebida y una marca parte de un juego relacional entre el tiempo y el espacio de la emergencia, las posibilidades materiales y los anclajes culturales.<sup>276</sup> Doble desbaratamiento por parte de los jóvenes, entonces: asumen el consumo de elementos “prohibidos” –descomposición del orden orgánico– desde una postura crítica –desorganización del orden hegemónico–.

---

<sup>275</sup> El mismo complejo relacional y las mismas operaciones subversoras de sentido se trazaron en el caso de los cigarrillos.

<sup>276</sup> No se toma el gusto por el hecho de que éste está relacionado con unas categorías a priori que conllevan la fosilización y el agotamiento de las probabilidades de elección en las posiciones en el espacio social. Al respecto, García Canclini afirma: “Las clases populares se rigen por una ‘estética pragmática y funcionalista’ (...) Tanto sus preferencias artísticas como las elecciones estéticas de ropa, muebles o maquillaje se someten al principio de ‘la elección de lo necesario’, en el doble sentido de lo que es técnicamente necesario, ‘práctico’, y lo que ‘es impuesto por una necesidad económica y social que condena a las gentes «simples» y «modestas» a gustos «simples» y «modestos»’ (...) Aun las elecciones aparentemente suntuarias tienen por regla el gusto de la necesidad.” García Canclini, Néstor, “La sociología de la cultura de Pierre Bourdieu” en Bourdieu, Pierre: Sociología y cultura, Grijalbo, México. Las citas corresponden a Bourdieu, Pierre, *La distinción*, Paris, Minuit, 1979, pág. 441-442.

## **15. Microprogramas**

### **a. Movimientos**

Como se afirma anteriormente, la organización del espacio no fue fija; los movimientos dentro del espacio físico tendieron a rearticular las posiciones.<sup>277</sup> El caso citado –el portavoz que se mueve– implicó una reorganización del espacio a partir del principio de la organicidad; en este sentido, ése consistió un movimiento estratégico –en el sentido de de Certeau–. Por otro lado, operaron movimientos tácticos; se establecieron prácticas dentro de un espacio que organizado estratégicamente. Éstos realizaron dos operaciones: primero, prácticas orientadas a la desarticulación del espacio.<sup>278</sup> Segundo, estos movimientos unieron puntos dentro de las posiciones no diferenciadas.

El acto de caminar es al sistema urbano lo que la enunciación (el speech act) es a la lengua (...) es un proceso de *apropiación* del sistema topográfico por parte del peatón (...) es una realización espacial del lugar (...) implica *relaciones* entre posiciones diferenciadas (...) bajo la forma de movimientos.<sup>279</sup>

De Certeau afirma que los movimientos contienen tres dimensiones: lo presente, lo discontinuo y lo “fático”. Si un orden espacial organiza el conjunto de las posibilidades y prohibiciones, el caminante las actualiza y construye además otras nuevas. El movimiento es “una apropiación presente del espacio mediante un ‘yo’, tiene igualmente como función implantar otro relativo a este ‘yo’”. De Certeau señala al respecto la función fática del movimiento; esto es, la función del establecimiento, mantenimiento o interrupción del contacto.<sup>280</sup>

Los movimientos tácticos piqueteros tuvieron dos diferentes anclajes espaciales: el espacio fijo –asambleas, consejos y tomas de plazas– y las movilizaciones. Los espacios discursivos constituyeron redes centralizadas que fijaban fuertemente las posiciones de emisor-receptor. Coexistían redes periféricas, el movimiento dentro de los espacios fijos generó la rearticulación continua de las redes. Esto promovió también el

---

<sup>277</sup> Cfr. Acápite 8.

<sup>278</sup> Estos casos se desarrollaron por ejemplo en el ingreso de los jóvenes a los consejos, no como militantes “comunes”, sino como jóvenes y con demandas y propuestas específicas. Dentro de la dinámica de los consejos, el movimiento de los jóvenes instauró situaciones de tensión. No era sólo la toma de la palabra lo que instauró ese espacio, sino la apropiación física de unas posiciones espaciales. Esto es, la lucha adquirió una dimensión fuertemente material.

<sup>279</sup> Certeau, Michel de, op. cit., pág. 109-110.

<sup>280</sup> De Certeau toma esta categoría de Branislow Manilowski y Roman Jakobson.

flujo de información. El movimiento comportó que los presuntos principios de agrupación reticular –edad, sexo, programa, proveniencia, comisión– fueran continuamente desbaratados. Por otro lado, el movimiento tendió además a la extensión de las redes hacia fuera del espacio discursivo.<sup>281</sup>

Si la movilización se asentaba en un acto de caminar, los movimientos que se desplegaron en su interior instituyeron prácticas creativas dentro de ésta.

#### b. Políticas de la simulación

Las relaciones desiguales se desarrollaron en un teatro de operaciones con limitaciones específicas. Sin embargo, por fuera de la eficacia de los programas, se encontraron prácticas que los burlaban. En principio pueden destacarse tres tipos de prácticas que operaron en este sentido: las que impugnaban los enunciados programáticos, las que cancelaban las prácticas, y las que en un solo juego subvertían ambos. En los tres casos las prácticas invalidaron lo aceptado pero sin negarlo públicamente. Se trató de políticas de simulación.

El primer caso comportó un mecanismo simple: se afirmaba algo sin aceptarlo como válido o verosímil. Esta aceptación se expresó, pero no había una necesaria congruencia entre lo expresado y lo practicado. No hubo aquí las incongruencias que Gramsci ha señalado como la doble conciencia; todo lo contrario: los militantes sostenían concientemente algo que luego negarían en la práctica.<sup>282</sup>

Por otro lado, operaron prácticas tácticas que simulaban congruencia con los dispositivos oficiales pero que los negaban. En este sentido funcionó el registro del ausente como presente, esto es, engañar a la toma de la asistencia.<sup>283</sup>

<sup>281</sup> Éste es el caso, citado anteriormente, de los movimientos de consumo. Cfr. Acápite 15.

<sup>282</sup> En el marco de la campaña política previa a las últimas elecciones presidenciales, en abril de 2003, hubo un llamado por parte de ciertos sectores –algunos grupos de los movimientos piqueteros, entre ellos– a la anulación del sufragio o al voto en blanco. Estas consignas fueron expresadas fuertemente. Por fuera de las consignas, algunos militantes piqueteros votaron por los candidatos del Partido Justicialista. Esto no implicó ni “desobediencia” ni “inculcación”, sino un juego de luchas hegemónicas, de tensiones programáticas y de uso.

<sup>283</sup> Tómense dos ejemplos: primero, una mujer fue registrada presente en un acto que no presenció. La militante había conjeturado a qué hora se tomaría la asistencia, y llegó sólo unos momentos antes. Cuando se controló la asistencia, estaba presente. Simuló haber participado del acto y de todo el proceso previo a éste. Para esto debió conocer en detalle el mecanismo; como en qué segmentos del acto se tomaría la asistencia; de qué forma se agruparía la comisión y el movimiento; si habría portavoces controlando la presencia durante el acto; si el grupo debería o no permanecer junto durante el acto; si podría separarse individualmente del grupo durante el acto. Debió calcular los usuales retrasos en este tipo de actos. Conociendo el mecanismo, conjeturó los tiempos del acto y su proceso previo y posterior.

Segundo, unos militantes se escaparon de un acto en el cual se presentaron números teatrales y musicales. En cierto momento, algunos militantes, aun cuando estaban disfrutando del acto, iniciaron una lenta y

Un tercer caso indica la aceptación de los programas y sus prácticas pero asimismo su cancelación. Este tipo implica no sólo la generación de nuevos relatos y nuevas prácticas, sino una articulación más compleja.<sup>284</sup>

Estos movimientos y políticas de simulación señalan dos tipos de dispersiones: una relacionada con las posiciones de sujeto que se cruzan y otra espacial. El movimiento piquetero puede pensarse como un profundo entramado de posiciones y espacios dispersos cuyo entrecruzamiento obedece no a una regularidad, sino a diversas modulaciones de regularización parcial.

---

disimulada retirada. La retirada fue imposible de observar por dos motivos: primero, porque la gran cantidad de militantes hizo imposible observar algunos pocos movimientos minúsculos; segundo, porque en los momentos en que los militantes se escaparon, las miradas estaban orientadas hacia el escenario. Estos militantes reconocieron el momento previo a la finalización del acto, el momento justo, la oportunidad. Otros militantes, la gran mayoría, creyeron haberlo descubierto unos minutos después, pero fue tarde. El desbande de numerosos militantes en estado de escape alertó a los portavoces y los intentos fueron en vano.

<sup>284</sup> Se toma como ejemplo el caso de un joven que sin cuestionar lo aceptado analizó simultáneamente cierta bibliografía de corte leninista y los regímenes de poder orgánicos. A partir de este análisis infirió que el poder debería ser apropiado colectivamente y emprendió la práctica de un tipo de organización horizontal pero por fuera de los espacios discursivos oficiales.

## **16. Algunas conclusiones parciales**

Si suponemos al *hombre* como *hombre* y a su relación con el mundo como una relación humana, sólo se puede cambiar amor por amor, confianza por confianza.

Karl Marx.

En términos de Hoggart, la cultura obrera requiere de un territorio, como los barrios obreros: éste, como elemento donde se localizan físicamente las prácticas culturales obreras, es necesario para la reproducción de estas prácticas.<sup>285</sup> En este sentido, el territorio ha sido la matriz física de las prácticas piqueteras ligadas a la acción tendiente a la contención de los cuerpos populares.

Una de las tensiones que atravesaba el plexo piquetero se encontró en la lucha polar entre la acción territorial y la lucha de tipo sindical, ligadas al programa piquetero y al de la izquierda. Por otro lado, la lucha se asentó en las relaciones entre portavoces y militantes de base. Éste fue el marco práctico donde se inscribieron las prácticas piqueteras.

El territorio, como condición física de la realización de las prácticas piqueteras, en la medida que era ocupado por los movimientos piqueteros, devino en espacio de posiciones políticas y culturales instituyentes. El desenvolvimiento de las relaciones entre ambos grupos se extendería a partir de las alteraciones o reproducciones que se hiciesen del orden. Las prácticas de tipo sindical se encontraron ligadas a una articulación de los elementos de tipo orgánico, esto es, burocrático. La acción territorial, como se afirma anteriormente a partir del carnaval bajtiniano, ha tendido hacia la desarticulación del espacio jerárquico.

En este punto, territorio y espacio demandan, a partir de las prácticas de los militantes de base, una reactualización. El espacio de las bases es impensable a partir de las categorizaciones de Bourdieu, que afirma que los principios estructuradores del espacio son fundamentalmente diferenciadores. En la lógica de los intercambios entre las bases, términos como “subir” y “bajar” carecen de referente. Esto supone, entonces, que la misma categoría de espacio debe reconstruirse.

---

<sup>285</sup> Citado en Sanucci, María Elena, “Al margen de una cultura marginal” en *Trampas de la comunicación y la cultura*, N° 23, Marzo de 2004, pág. 11.

Por otro lado, el espacio tomado por las bases instauró otra dimensión temporal. La liberación parcial del espacio de las consignas programáticas; al soslayar los registros de la asistencia y los mecanismos reguladores de las asambleas, se interrumpió el continuum de las modulaciones burocráticas del discurso y las prácticas. Este segmento de tiempo liberado ha permitido diferenciar series temporales heterogéneas: el *chronos*, el tiempo formal, y el *kairos*, “el tiempo histórico ‘lleno’, en el cual cada instante contiene una posibilidad única, una constelación singular entre lo relativo y lo absoluto”.<sup>286</sup>

Benjamin opone la concepción cualitativa del tiempo infinito (...) “que se desprende del mesianismo romántico” y para el cual la vida de la humanidad es un proceso de consumación y no sólo de devenir, al tiempo infinitamente vacío (...) característico de la ideología moderna del progreso.<sup>287</sup>

El tiempo formal es el de los relojes: “puramente mecánico, automático, cuantitativo, siempre igual a sí mismo”.<sup>288</sup>

La posición de Benjamin en relación a este tiempo se desprende en parte del análisis de la sociedad industrial capitalista. Sin embargo, la crítica benjaminiana cuestiona además las líneas marxistas de corte evolucionista, aquellas que contemplan que el desarrollo de las fuerzas productivas se inscriben “en un movimiento de progreso lineal, irresistible y ‘automático’”,<sup>289</sup> cuyo desenvolvimiento, cuantitativamente mensurable, conduce inevitablemente al triunfo del socialismo.

Löwy, siguiendo a Benjamin, afirma: “Si se pretende un ‘progreso de la humanidad misma’ no se puede confiar en un proceso de perfeccionamiento gradual e infinito; es necesario, en cambio, luchar por una ruptura radical: ‘[el] verdadero estado de excepción’”.<sup>290</sup>

Giorgio Agamben toma la categoría de “estado de excepción” de Benjamin, aunque ésta fue propuesta preliminarmente por Carl Schmitt. De acuerdo a Agamben, el estado de excepción se funda jurídicamente en la suspensión del derecho y, en términos de biopolítica, en la reconfiguración de las formas-de-vida en vidas desnudas, esto es,

<sup>286</sup> Löwy, op. cit., pág. 139.

<sup>287</sup> Löwy, op. cit., pág. 21.

<sup>288</sup> Löwy, op. cit., pág. 145.

<sup>289</sup> Löwy, op. cit., pág. 114.

<sup>290</sup> Löwy, op. cit., pág. 137.

en la reducción de los sujetos a seres vivientes, a pura vida biológica, cuerpos. Agamben funda sus afirmaciones en las proposiciones benjaminianas de la tesis ocho: “La tradición de los oprimidos nos enseña que la regla es el estado de excepción en el que vivimos. Hemos de llegar a un concepto de historia que le corresponda”.<sup>291</sup> A partir del estado de excepción, Agamben desarrolla toda una batería de propuestas ligadas a éste. Una de las categorías que Agamben desarrolla a partir del estado de excepción es la de “campo”.

El campo supone el despojo a sus habitantes de toda condición política y la reducción, por tanto, a vida biológica. El sujeto político es desplazado; el cuerpo toma su lugar en el campo. El campo, en tanto que estado de excepción material, es además “el nuevo *nomos* biopolítico del planeta”.<sup>292</sup>

Desde esta perspectiva, se abren diversas posibilidades para continuar el camino abierto por Agamben. Estas posibilidades se fundan en las propuestas de Benjamin y Foucault. En primera instancia deben recuperarse ciertas líneas benjaminianas de las *Tesis de filosofía de la historia*. Benjamin afirma que si bien el estado de excepción “en el que vivimos” es la regla, “tendremos en mientes como cometido nuestro provocar el verdadero estado de excepción”.<sup>293</sup> Éste, afirma Löwy, corresponde “la abolición de la dominación, la sociedad sin clases”.<sup>294</sup>

Ese “estado de excepción” utópico esta prefigurado en todas las rebeliones y levantamientos que interrumpen, aunque sea durante un momento, el cortejo triunfal de los poderosos (...) Un estado de excepción sólo puede definirse precisamente en oposición total a un estado ordinario (...) [En el verdadero estado de excepción] no existirán ni “alto” ni “bajo”, ni amos ni esclavos.<sup>295</sup>

El análisis de los estados de excepción genera, asevera Agamben, la apertura de dos posibilidades de praxis.

La ruptura del nexo entre violencia y derecho abre dos perspectivas a la imaginación (que es naturalmente ya una praxis): la primera es la de una acción humana sin ninguna relación con el

---

<sup>291</sup> Benjamin, op. cit., pág. 182.

<sup>292</sup> Agamben, Giorgio, “¿Qué es un campo?” en *Medios sin fin*. Notas sobre la política, Pre-textos, Valencia, 2001, pág. 43.

<sup>293</sup> Benjamin, ibídem.

<sup>294</sup> Löwy, op. cit., pág. 99.

<sup>295</sup> Löwy, op. cit., pág. 100.



derecho, la “violencia revolucionaria” de Benjamin, un uso de las cosas y de los cuerpos que no tenga nunca la forma de un derecho; la segunda es la de un derecho sin ninguna relación con la vida –el derecho no aplicado sino solamente estudiado, del cual Benjamin decía que era la puerta de la justicia.<sup>296</sup>

La reformulación de los espacios discursivos reconocidos en los movimientos piqueteros se asumió desde una postura resistencial y creativa. En la medida que los militantes de bases instauraban, a partir de los relatos, un espacio de lucha con los portavoces, operaron contra las acciones de éstos. Esto es, una práctica revolucionaria. Por otro lado, los relatos sobre la desigualdad supusieron una puerta hacia la justicia. El espacio discursivo piquetero reformulado, el instaurado por las bases, se ha erigido como el espacio de excepción que demanda Benjamin. Sin embargo, los límites de esta excepción son físicos y temporales: los recortes espaciales mínimos sobre los que se establecía la liberación se esfumaron, como el carnaval bajtiniano, en cuanto la protesta se levantaba. Sin embargo, las bases experimentaron la ruptura de las estructuraciones temporales y espaciales que operaban sobre ellos. Fugazmente, se rearticulaban las condiciones de producción de los discursos.

El territorio ocupado por los piqueteros de base se instauró como la condición de posibilidad física de un anti-campo, en tanto que una plausibilidad política y cultural. Un anti-campo es aquella reestructuración espacial y social que impide que el campo sea él mismo, que se defina en toda su positividad. Este espacio no sólo se caracteriza por la horizontalidad y participación reales, sino también por la puesta en práctica de procesos creativos, que no son sino su condición misma de existencia. Estos procesos no sólo producen un anti-campo, sino que también instituyen una historia propia: la de las formaciones piqueteras de base, cuya matriz cultural arraiga en las tramas solidarias; esto es, en la concepción de “nosotros” como sujeto colectivo necesitado de alimento y de política. La construcción de la propia historia piquetera, separada de los discursos de los portavoces, cuales fueren los programas desde los cuales se interpelase a las bases, comportó la articulación de praxis y memoria. La recomposición última de las bases piqueteras radicó en la ligazón de la dimensión física y la cultural en una sola formación subjetiva. Éste fue el proyecto y la realización política de las líneas piqueteras de base.

---

<sup>296</sup> Agamben, Giorgio, “El totalitarismo es la regla” en *Ñ*, suplemento de Clarín, Buenos Aires, 9 de octubre de 2004, pág. 19.

**BIBLIOGRAFÍA**

- Abercrombie, Nicholas, Clase, estructura y conocimiento, Península, Barcelona, 1982.
- Adamovsky, Ezequiel, “El movimiento asambleario en la Argentina: Balance de una experiencia” en El Rodaballo, N° 15, Buenos Aires, 2004.
- Agamben, Giorgio, “El totalitarismo es la regla” en Ñ, suplemento de Clarín, Buenos Aires, 9 de octubre de 2004, pág. 17-19.
- Agamben, Giorgio, “Formas-de-vida” en Medios sin fin. Notas sobre la política, Pre-textos, Valencia, 2001.
- Agamben, Giorgio, “¿Qué es un campo?” En Medios sin fin. Notas sobre la política, Pre-textos, Valencia, 2001.
- Alabarces, Pablo, "Culturas (de las clases) populares hoy: la ilusión de la representación neopopulista", ponencia presentada ante las IV Jornadas Nacionales de Investigadores en Comunicación, San Salvador de Jujuy, agosto de 1999.
- Alabarces, Pablo, “Cultura(s) [de las clases] popular(es), una vez más: la leyenda continúa. Nueve proposiciones en torno a lo popular”, ponencia presentada ante las VI Jornadas Nacionales de Investigadores en Comunicación, Córdoba, octubre de 2002.
- Alves, Luiz Roberto, “Comunicación y cultura popular: las prosopopeyas del camino en medio del remolino” en Festa, Regina y Lins da Silva, Carlos Eduardo, Comunicación popular y alternativa, Ediciones Paulinas, Buenos Aires, 1986.
- Angell, Alan, “La izquierda en América latina desde 1920”. En Bethell, Leslie, Historia de América Latina, Crítica, Barcelona, 1997. Tomo XII.
- Argumedo, Alcira y Quintar, Aída, “Argentina: entre la apropiación privatista y las reapropiaciones populares” en El ojo mocho, N° 17, Buenos Aires, 2003.
- Auyero, Javier, La protesta. Retratos de la beligerancia popular en la Argentina democrática, Libros del Rojas, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2002.
- Bajtín, Mijail, La cultura popular en la Edad Media y en el Renacimiento. El contexto de François Rabelais, Alianza, Buenos Aires, 1994.
- Barbetta, Pablo y Lapegna, Pablo, “Cuando la protesta toma forma: los cortes de ruta en el norte salteño”. En Giarraca, Norma y otros, La protesta social en la Argentina. Transformaciones económicas y crisis social en el interior del país, Alianza, Buenos Aires, 2001.
- Barthes, Roland, “El signo de la moda” en Croce, Paula y Vitale, Alejandra (comp.), Los cuerpos dóciles, Buenos Aires, Lamarca, 1993. Tomado de Barthes, Roland, El sistema de la moda, Barcelona, G. Gili, 1978.

- Bauman, Zygmunt, *La hermenéutica y las ciencias sociales*, Nueva Visión, Buenos Aires, 2002.
- Benjamin, Walter, “Tesis de filosofía de la historia” en *Discursos interrumpidos I*, Taurus, Madrid, 1973.
- Benjamin, Walter, “Experiencia y pobreza” en *Discursos interrumpidos I*, Taurus, Madrid, 1973.
- Bitonte, María Elena, “Bajo los Signos de de Saussure, Peirce y Lacan” en *Aesthethika, International journal on culture, subjectivity and aesthetics*, Volume 1, N° 1, 2004.
- Bourdieu, Pierre, “Espacio social y espacio simbólico” en *Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción*, Anagrama, Barcelona, 1997.
- Bourdieu, Pierre, “La delegación y el fetichismo político” en *Cosas dichas*, Barcelona, Gedisa, 1996.
- Bourdieu, Pierre, “La violencia simbólica” en Bourdieu, Pierre y Wacquant, Loïc, *Respuestas. Por una antropología reflexiva*, Grijalbo, México, 1995.
- Bruner, Jerome, *Realidad mental y mundos posibles*, Gedisa, Barcelona, 1988.
- Calzado, Mercedes, “Espacios comunicacionales, construcción de subjetividad y funcionalidad política: el ‘joven delincuente’ en los medios de comunicación.” En *Zigurat Número 3*, La Crujía, Buenos Aires, 2002.
- Castillo, Fernando, “El movimiento piquetero y la lucha por el establecimiento del significado”, ponencia presentada ante las VIII Jornadas Nacionales de Investigadores en Comunicación, La Plata, Septiembre de 2004.
- Castillo, Fernando, “Entre las formaciones piqueteras y la clase obrera: contingencia, ambivalencia y memoria”, ponencia presentada ante las IX Jornadas Nacionales de Investigadores en Comunicación, Villa María, septiembre de 2005.
- Castillo, Fernando, “Lo anamnético como medium: lucha en torno a la construcción de la clase obrera”, ponencia presentada ante las VIII Jornadas Regionales en Humanidades y Ciencias Sociales, San Salvador de Jujuy, Mayo de 2005.
- Castillo, Fernando, “Trabajo, desocupación y la emergencia del discurso clasista”, ponencia presentada ante las I Jornadas del Norte Argentino de Estudios Literarios y Lingüísticos, San Salvador de Jujuy, octubre de 2006.
- Castillo, Fernando, “Transformaciones sobre el mundo laboral, posibilidades en el campo de la protesta: piqueteros en San Salvador de Jujuy”, ponencia presentada ante el Pre-Congreso de la Asociación de Especialistas en Estudios del Trabajo (preparatorio del 8vo. Congreso Nacional ASET), San Salvador de Jujuy, 2007.

- Castoriadis, Cornelius, “La cuestión de la autonomía social e individual” en *Contra el poder*, Madrid, [1986] 1998.
- Casullo, Nicolás, “Las tribulaciones de un joven sujeto político” en *Cadernos de pesquisa*, N° 35, 2002.
- Certeau, Michel de, *La invención de lo cotidiano I. Artes de Hacer*, Universidad Iberoamericana, México, 1996.
- Cruz, Manuel, “Sobre desastres y traumas” en *Mal estar- psicoanálisis / cultura*, Número 3, Buenos Aires, 2004.
- Chartier, Roger, “La quimera del origen, Foucault, la Ilustración y la Revolución Francesa” en *Escribir las prácticas. Foucault, de Certeau, Marin, Manantial*, Buenos Aires, 1996.
- Chartier, Roger, “Estrategias y tácticas. De Certeau y ‘las artes de hacer’” en *Escribir las prácticas. Foucault, de Certeau, Marin, Manantial*, Buenos Aires, 1996.
- Deleuze, Gilles, “Posdata sobre las sociedades de control” en Christian Ferrer (Comp.), *El lenguaje literario*, T° 2, Ed. Nordan, Montevideo, 1991.
- Derrida, Jacques, “El cartero de la verdad” en *La tarjeta postal. De Sócrates, Freud y más allá*, Edición electrónica de [www.philosophia.cl](http://www.philosophia.cl) / Escuela de filosofía, Universidad de ARCIS, s / l, s / f.
- Díaz, Esther, *La sexualidad y el poder*, Almagesto, Buenos Aires, 1993.
- Dinerstein, Ana, “El poder de lo irrealizado. El corte de ruta en Argentina y el potencial subversivo de la mundialización” en *OSAL* N° 5, Buenos Aires, 2001.
- Entel, Alicia, “Culturas de la repetición. La renuncia al fuego” en *Mal estar- psicoanálisis / cultura*, Número 3, Buenos Aires, 2004.
- Festa, Regina, “Movimientos sociales, comunicación popular y alternativa” en *Festa, Regina y Lins da Silva, Carlos Eduardo, Comunicación popular y alternativa*, Ediciones Paulinas, Buenos Aires, 1986.
- Foucault, Michel, *Arqueología del saber*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2002.
- Foucault, Michel, “El ojo del poder” en Bentham, Jeremías, *El panóptico*, Ediciones La Piqueta, Barcelona, 1980.
- Foucault, Michel, *La verdad y las formas jurídicas*, Gedisa, Barcelona, 1999.
- Foucault, Michel, “Las relaciones de poder penetran en los cuerpos” en *Microfísica del poder*, La Piqueta, Madrid, 1992.
- Foucault, Michel, *Vigilar y castigar*, Siglo Veintiuno Editores, México, 1999.

García Canclini, Néstor, *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*, México, Grijalbo, 1995.

García Canclini, Néstor, *Las culturas populares en el capitalismo*, Editorial Nueva Imagen, México, 1992.

García Canclini, Néstor, “¿Negociación de la identidad en las clases populares?” En *Consumidores y ciudadanos. Conflictos multiculturales de la globalización*, México, Grijalbo, 1995.

García Vargas, Alejandra, "Acción colectiva, visibilidad y espacio público en la construcción de la ciudadanía / Los cortes de puentes de mayo del 97 en San Salvador de Jujuy", en *Revista Latina de Comunicación Social*, número 35, de noviembre de 2000 [extra "La comunicación social en Argentina"], La Laguna (Tenerife), en la siguiente dirección electrónica (URL):

<http://www.ull.es/publicaciones/latina/argentina2000/13gvargas.htm>

Garretón, Manuel, “La transformación de la acción colectiva en América Latina” en *Trampas de la comunicación y la cultura*, N° 10, Buenos Aires, 2003.

Giard, Luce, “Historia de una investigación” en Certeau, Michel de, *La invención de lo cotidiano I. Artes de Hacer*, Universidad Iberoamericana, México, 1996.

Giarraca, Norma y Bidaseca, Karina, *Introducción a Giarraca, Norma y otros, La protesta social en la Argentina. Transformaciones económicas y crisis social en el interior del país*, Alianza, Buenos Aires, 2001.

Giarraca, Norma y Gras, Carla, “Conflictos y protestas en la Argentina de finales del siglo XX”. En Giarraca, Norma y otros, *La protesta social en la Argentina. Transformaciones económicas y crisis social en el interior del país*, Alianza, Buenos Aires, 2001.

Ginzburg, Carlo, *El queso y los gusanos*, Muchnik, Barcelona, 1982.

Ginzburg, Carlo, “Indicios. Raíces de un paradigma de inferencias indiciales” en *Mitos, emblemas, indicios. Morfología e historia*, Gedisa, Barcelona, 1999.

Ginzburg, Carlo, Prefacio a *Mitos, emblemas, indicios. Morfología e historia*, Gedisa, Barcelona, 1999.

Golovanevsky, Laura, “El problema del empleo en Jujuy (1991-1999)” en Marcoleri, María Elena (Comp.), *Transformaciones socio-laborales en tiempos de convertibilidad. Empleo, desempleo, pobreza y migraciones en Jujuy*, Ediunju, San Salvador de Jujuy, 2001.

- Golovanevsky, Laura, "Jujuy y el país en los noventa" en Marcoleri, María Elena (Comp.), Transformaciones socio-laborales en tiempos de convertibilidad. Empleo, desempleo, pobreza y migraciones en Jujuy, Ediunju, San Salvador de Jujuy, 2001.
- Gómez, Elizabeth y Kindgard, Federico, "Trabajo, desocupación y movimiento obrero" en Lagos, Marcelo y Teruel Ana, Jujuy en la historia. De la colonia al siglo XX, Ediunju, San Salvador de Jujuy, 2006.
- Gómez, Elizabeth, "Los cortes de ruta en la provincia de Jujuy. Mayo / junio de 1997", PIMSA, Documentos y comunicaciones, 1998, Buenos Aires.
- Gramsci, Antonio, Introducción a la filosofía de la praxis, Premiá Editora, Tlahuapán, 1983.
- Gramsci, Antonio, La política y el Estado moderno, Planeta-Agostini, Barcelona, 1985.
- Gramsci, Antonio, Los intelectuales y la organización de la cultura, Nueva Visión, Buenos Aires, 2000.
- Grimson, Alejandro, "Piquetes en la ciénaga. Los bloqueos políticos de los cortes de ruta" en El Rodaballo, N° 15, Buenos Aires, 2004.
- Grignon, Claude y Passeron, Jean Claude, Lo culto y lo popular. Miserabilismo y populismo en sociología y literatura, Ediciones Nueva Visión, Buenos Aires, 1991.
- Grüner, Eduardo, "El retorno de la teoría crítica de la cultura: una introducción alegórica a Jameson y Žižek" en Jameson, Fredric y Žižek, Slavoj, Estudios culturales. Reflexiones sobre el multiculturalismo, Paidós, Buenos Aires, 2005.
- Gualdoni, Viviana, "Acción colectiva, ciudadanía y espacio público", noviembre de 2002, en la siguiente dirección electrónica:  
[http://www.nombrefalso.com.ar/papeles/gualdoni\\_accion.html](http://www.nombrefalso.com.ar/papeles/gualdoni_accion.html)
- Guiddens, Anthony, El capitalismo y la moderna teoría social. Un análisis de los escritos de Marx, Durkheim y Max Weber, Idea Books, Barcelona, 1998.
- Hall, Stuart, "Cultural Studies and the Centre: some problematics and some problems" in Culture, Media, Language. Working Papers in Cultural Studies, 1972-79, Hutchinson, London, 1980.
- Hall, Stuart, "Encoding/decoding" en Culture, Media, Language. Working Papers in Cultural Studies, 1972-79, Hutchinson, London, 1980.
- Hall, Stuart, "Estudios culturales: dos paradigmas" en Causa y Azares, N° 1, 1994.
- Hall, Stuart, "Notas sobre la desconstrucción de 'lo popular'" en Samuel, Raphael, Historia popular y teoría socialista. Crítica, Barcelona, 1984.

- Iñigo Carrera, Nicolás y Cotarelo, María Celia, “La protesta en Argentina (enero-abril de 2001)” en OSAL N° 4, Buenos Aires, 2001.
- Jelin, Elizabeth, (comp.) “Los movimientos sociales en la Argentina contemporánea: una introducción a su estudio” en Los nuevos movimientos sociales, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1985.
- Juliano, Dolores, Cultura popular, Cuadernos A de Antropología, Anthropos Editorial del Hombre, Barcelona, 1986.
- Karasik, Gabriela, “Amores traicionados. El estudio de las culturas populares en los Andes” ponencia presentada ante las IV Jornadas Regionales de Investigación en Humanidades y Ciencias Sociales, Unju, San Salvador de Jujuy, octubre de 1994.
- Karasik, Gabriela, “Etnicidad, cultura y clases sociales. Procesos de formación histórica de la conciencia colectiva en Jujuy, 1970-2003”, Proyecto de tesis de Doctorado, Universidad Nacional de Tucumán, San Salvador de Jujuy, 2003.
- Karasik, Gabriela, (comp.) “Introducción. Fronteras de sentido en el Noroeste: identidades, poder y sociedad” en Cultura e identidad en el Noroeste argentino, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1994.
- Kaufman, Alejandro, “Lo judío en la obra de Borges” en Rowe, William; Canaparo, Claudio y Annick, Louis (Compiladores), Jorge Luis Borges. Intervenciones sobre pensamiento y literatura, Paidós, Buenos Aires, 2000.
- Kaufman, Alejandro, “Notas sobre biopolítica, emancipación y violencia”, Actas de las VII Jornadas Nacionales de Investigadores en Comunicación, General Roca, Noviembre de 2003.
- Kaufman, Alejandro, “Sobre información, conocimiento, poder” en Zigurat Número 3, La Crujía, Buenos Aires, 2002.
- Kaufman, Alejandro, “Uno no constituye una acción política por los ahorros” en Página 12, Buenos Aires, 28 de Enero de 2002.
- Kohan, Néstor, “Gramsci y Marx: hegemonía y poder en la teoría marxista”, marzo de 2001, en la siguiente dirección electrónica:  
<http://www.rebellion.org/izquierda/kohan170301.htm>
- Laclau, Ernesto y Mouffe, Chantal, Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2004.
- Lagos Marcelo y Gutiérrez, Mirta, “Dictadura, democracia y políticas neoliberales”, en Lagos, Marcelo y Teruel Ana, Jujuy en la historia. De la colonia al siglo XX, Ediunju, San Salvador de Jujuy, 2006.

Lazzarato, Maurizio, “Del biopoder a la biopolítica”, marzo de 2000, en la siguiente dirección electrónica:

<http://multitudes.samizdat.net/del-biopoder-a-la-biopolitica.htm>

Lins Da Silva, Carlos Eduardo, “Las brechas de la industria cultural brasileña”. En Festa, Regina y Lins da Silva, Carlos Eduardo, Comunicación popular y alternativa, Buenos Aires, Ediciones Paulinas, 1986.

Lombardi Satriani, Luigi Maria, Antropología Cultural. Análisis de la Cultura Subalterna. Editorial Galerna, Buenos Aires, 1975.

Lombardi Satriani, Luigi Maria, Apropiación y destrucción de la cultura de las clases subalternas. Editorial Nueva imagen, México, 1978.

Löwy, Michael, Walter Benjamin: aviso de incendio. Una lectura de las tesis “Sobre el concepto de historia”, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2005.

Lozano, Claudio, “Contexto económico y político en la protesta social de la Argentina contemporánea” en OSAL N° 5, Buenos Aires, 2001.

Maceira, Verónica y Spaltenberg, Ricardo, “Una aproximación al movimiento de desocupados en el marco de las transformaciones de la clase obrera en Argentina” en OSAL N° 5, Buenos Aires, 2001.

Magariños de Morentín, Juan Ángel, Los fundamentos lógicos de la semiótica y su práctica, Ediciones Edicial, Buenos Aires, 1996.

Margulis, Mario, “Cultura y discriminación social en la época de la globalización” en Bayardo, Rubens y Lacarrieu, Mónica, Globalización e identidad cultural, Ciccus, Buenos Aires, 1997.

Margulis, Mario y Urresti Marcelo, (comps.) “La época de la cultura y la cultura de la época” en La cultura en la Argentina de fin de siglo: ensayos sobre la dimensión cultural, Oficina de publicaciones del CBC, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 1997.

Martínez, Margarita, “A diestra y siniestra. Un análisis de los símbolos políticos del Partido Comunista Argentino y la derecha nacionalista 1920-1950” en Zigurat Número 3, La Crujía, Buenos Aires, 2002.

Martínez Terrero, José, Comunicación grupal liberadora. Ediciones Paulinas, Buenos Aires, 1986.

Metz, Johannes Baptist, “La razón anamnética. Anotaciones de un teólogo sobre la crisis de las ciencias del espíritu” en Por una cultura de la memoria, Ántropos, Barcelona, 1999.



- Metz, Johannes Baptist, "Memoria" en Por una cultura de la memoria, Ántropos, Barcelona, 1999.
- Mouffe, Chantal, "Hegemonía e Ideología en Gramsci" en Revista Arte, Sociedad, Ideología, N° 5, México, 1978.
- Rodríguez, Gloria Beatriz, "Un 'Rosario' de conflictos. La conflictividad social en clave local" en OSAL N° 5, Buenos Aires, 2001.
- Rodríguez, María Graciela, "¿Cómo leer las prácticas populares? Una propuesta teórico-metodológica", ponencia presentada ante las VII Jornadas Nacionales de Investigadores en Comunicación, General Roca, Noviembre de 2003.
- Rodríguez Blanco, Maricel, "Las transformaciones recientes de la protesta en el marco de la crisis: cultura política y experiencias de los piqueteros en Jujuy", ponencia ante las VII Jornadas Regionales de Investigación en Humanidades y Ciencias Sociales, San Salvador de Jujuy, octubre de 2002.
- Rodríguez Blanco, Maricel y otros, "Cultura política y nuevas formas de participación en la Argentina de la crisis: el caso de los movimientos de trabajadores desocupados", ponencia presentada ante las VII Jornadas Regionales de Investigación en Humanidades y Ciencias Sociales, San Salvador de Jujuy, octubre de 2002.
- Rouquié, Alain, Extremo occidente. Introducción a América Latina, Emecé, Buenos Aires, 1990.
- Sanucci, María Elena, "Al margen de una cultura marginal" en Trampas de la comunicación y la cultura, N° 23, Marzo de 2004.
- Sarlo, Beatriz, Tiempo pasado. Cultura de la memoria y giro subjetivo. Una discusión. Siglo XXI, Buenos Aires, 2005.
- Schmucler, Héctor, Prólogo a Memoria de la comunicación, Biblos, Buenos Aires, 1997.
- Schmucler, Héctor, Los tiempos de la memoria, en Zigurat Número 3, La crujía, Buenos Aires, 2002.
- Schuster, Federico y Pereyra, Sebastián, "La protesta social en la Argentina democrática. Balance y perspectivas de una forma de acción política." En Giarraca, Norma y otros, La protesta social en la Argentina. Transformaciones económicas y crisis social en el interior del país, Alianza, Buenos Aires, 2001.
- Scribano, Adrián y Schuster, Federico, "Protesta social en la Argentina de 2001: entre la ruptura y la normalidad" en OSAL N° 5, Buenos Aires, 2001.

- Segato, Rita, “Identidades políticas /Alteridades históricas: una crítica a las certezas del pluralismo global” en Anuario antropológico, 1997-1998.
- Steiner, George, En el castillo de Barbazul. Aproximación a un nuevo concepto de cultura, Gedisa, Barcelona, 1992.
- Svampa, Maristella y Pereyra, Sebastián, Entre la ruta y el barrio. Las experiencias de las organizaciones piqueteras, Biblos, Buenos Aires, 2003.
- Svampa, Maristella, (Comp.) “Identidades astilladas. De la patria metalúrgica al heavy metal” en Desde abajo. La transformación de las identidades sociales, Biblos, Buenos Aires, 2000.
- Svampa, Maristella, “Las dimensiones de las nuevas movilizaciones sociales: las asambleas barriales” (segunda parte) en El ojo mocho, N° 17, Buenos Aires, 2003.
- Svampa, Maristella, “Relaciones peligrosas. Sobre clases medias, gobierno peronista y movimientos piqueteros” en El Rodaballo, N° 15, Buenos Aires, 2004.
- Tarcus, Horacio, “La lenta agonía de la vieja izquierda y el prolongado parto de una nueva cultura emancipatoria” en El Rodaballo, N° 15, Buenos Aires, 2004.
- Visacovsky, Sergio, “Cuando las convicciones se derrumban. La organización de las experiencias desorganizadoras en las crisis sociales” en Mal estar- psicoanálisis / cultura, Número 3, Buenos Aires, 2004.
- Williams, Raymond, Marxismo y literatura, Ediciones Península, Barcelona, 1997.
- Zubieta, Ana María, “La cultura popular”, en Trampas de la comunicación y la cultura, N° 23, Marzo de 2004.